Carolina-Dafne Alonso-Cortés

KnoSSoS

CAROLINA-DAFNE ALONSO-CORTÉS

CUENTOS DE INTRIGA TRES

Madrid, knossos, 2024

© 2024, Carolina-Dafne Alonso-Cortés
Diseño de cubierta: Paloma Lázaro

ÍNDICE

El billete
El testamento
La maleta
La camisa
El muestrario
El cirujano
Las botellas
El papá
La visita
El gato
Salvación
Accidente
Iguazú
La aguja
La boda
El gorila
La manta
Los diamantes
La gallina
El amigo
El neceser
Los billetes falsos
Los libros
Error judicial
Los pájaros
El seguro
El hijo
El fuego
El abrigo
El dedo
El incendio
La oposición
La portera
La serrería
Los monos
El botín
Final
La deuda
La fórmula
El libro del guion
La cita
El bolso
El alud
El collar
El pintalabios

EL BILLETE

Era un hombre delgado y alto, con una barba cuidada y bien vestido. Jugueteaba con un bolígrafo rojo y apuró la copa de coñac. El bar estaba lleno, y él alzó la mano.

-Cóbrese -indicó.

El barman lo atendió, él sacó la cartera y le pagó. El barman marcó una cantidad en la caja y le puso la vuelta en un platillo.

-Gracias -le dijo él, dejando unas monedas. Dio un vistazo alrededor y salió a la calle. Fuera, las luces empezaban a encenderse. El barman trazó unos números en una libreta grande, abandonó la barra y se encaminó a la cocina.

Había entrado un grupo numeroso y hablaban en voz alta. Al cabo de un rato, una pareja de rostro bronceado se acomodó junto al mostrador. Eran un hombre joven con un jersey azul chillón, y una muchacha pelirroja.

-Un whisky y una cocacola, por favor -dijo la chica saltando a una banqueta. Llevaba unos pantalones y una chaqueta de un tono gris pálido.

Estuvieron charlando y apurando la consumición. Ahora, un camarero de cabellos canosos atendía a la barra. Después de media hora, la pareja se disponía a irse.

-No me ha dado la vuelta -dijo el hombre. -El camarero lo miró, extrañado.

-¿Cómo le voy a dar la vuelta, si no me ha pagado?

El hombre pareció alarmarse.

-¿Qué dice? Acabo de entregarle un billete de cien. El camarero estaba serio. Tenía el ceño fruncido y movía la cabeza a derecha e izquierda.

-Lo siento, pero no me ha pagado -insistió.

La gente de alrededor pareció interesarse, y sólo el camarero estaba confuso. El dueño del bar se acercó y les contempló con sus ojos grises muy atentos.

-Dice que no le he pagado -le dijo el cliente, con un punto de indignación en la voz La chica intervino, echando hacia atrás su cabello.

-Lo recuerdo muy bien, porque el billete tenía escrita la palabra María -dijo, muy convencida.

-Es cierto -dijo él, tomándola del brazo. -Yo mismo lo escribí. El camarero estaba rojo y el hombrecillo agitaba las manos, nervioso.

-Por favor, abra la caja -le dijo el dueño del local, y él siguió su indicación. Casi le temblaban las manos. Estuvo revisando un montón de billetes, y al fin pudo encontrarlo. Lanzó una mirada al cliente y se pasó una mano callosa por el cabello canoso.

-Pues... sí -balbuceó. Todavía no parecía convencido, y después de dudar puso la vuelta sobre la barra.

-Perdonen -añadió, abochornado.

-Vaya un local -dijo el hombre en tono desabrido. -Deja mucho que desear.

Los clientes ya se habían desentendido del tema, y el dueño presentó también sus disculpas. Su grueso labio inferior temblaba con inseguridad.

La pareja fue hacia la salida, la puerta se cerró tras ellos y se fueron caminando por la acera, que estaba atiborrada de gente.

En la esquina, un hombre se les reunió. Tenía un aspecto elegante y una cuidada barba. Su rostro astuto sonreía.

-¿No os decía yo que era muy fácil? -preguntó, mordaz.

EL TESTAMENTO

El empresario era un hombre bajito y vivo, con unas gafas de montura de oro, impecablemente vestido y con una bonita corbata. Había pasado malos tiempos, pero últimamente había hecho algunos negocios que lo habían favorecido bastante.

Le presentaron a aquella señora en una reunión, y enseguida observó que ella se interesaba por él. Era más o menos de su misma altura y tenía sesenta años, según dijo. A él le pareció que estaba muy bien conservada y resultaba bastante elegante con sus ropas negras de luto riguroso.

Desde el principio le pareció que era una mujer angustiada, como si algo no le fuera bien en la vida. Estuvo visitándola durante unos días y luego salieron al cine o a merendar en alguna cafetería. Poco a poco fueron tomando confianza.

–Mi pobre marido me dejó una buena herencia, pero ciertas dificultades hacen que no pueda cobrarla de inmediato, lo que es un gran trastorno para mí -suspiró ella, mostrándole unos papeles. -Tengo que estar contando cada céntimo y eso, sabe usted, me llena de preocupaciones... ¿No habría forma de que alguien pudiera adelantarme alguna cantidad?

Él dio un vistazo al testamento y se quedó pensativo.

¿Cómo, adelantarle?

-Mire, yo no puedo aguardar, y me conformaría con la mitad si encontrara alguien que me sacara de este apuro. Alguien que se haga cargo de la mitad de la herencia, que es bastante cuantiosa, como puede observar... ¿Conoce usted a alguien que estuviera dispuesto a hacerlo?

-Bueno... no sé... de momento no caigo... -dudó él. -Pero no se preocupe, que ya pensaré algo... -Ella lo miró.

-Como le he dicho, sería la mitad, aunque no puedo decirle la fecha exacta en que pueda cobrarse. -Él movió la cabeza, dubitativo.

-Veremos qué se puede hacer, lo hablaré con varios colegas. -Ella suspiró.

-No puede imaginarse lo que se lo agradezco -afirmó. -Yo veré remediada mi situación, y tendré bastante con mi parte cuando pueda cobrarse.

El hombre lo consultó con la almohada, y se dio cuenta de que era una ocasión única para ganarse un dinero. Así que, sin consultarlo con nadie, tomó la decisión de hacerse cargo él. Un día en que salieron juntos se lo dijo a ella, y en los ojos de la mujer hubo un brillo de agradecimiento.

-No se arrepentirá. Cuando quiera, puede venir a darme el dinero, y le entregaré un documento cediéndole la mitad de la herencia.

Así lo decidieron, y lo hicieron exactamente así. Ambos podían considerarse favorecidos con el acuerdo. El hombre le entregó la cantidad a cambio de un recibo, en el que se especificaba el destino de la cantidad que figuraba en el testamento.

Pasaron dos meses y siguieron saliendo, hasta que un día él se personó en el lugar, y se encontró con que la dama había desaparecido sin despedirse. Trató de ponerse en contacto con ella, sin ningún resultado, en vista de lo cual decidió poner el asunto en manos de un abogado de prestigio.

Le estuvo contando lo ocurrido y le mostró el testamento que ella le había dado. El abogado se sobresaltó.

-¿Qué es esto? -exclamó. -¿Y a cambio de esto ha dado una cantidad de dinero? Para empezar, ese notario no existe en esta ciudad. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer ese cambio? -El empresario estaba atónito.

-¿Pero, qué dice?

El abogado sonrió.

-Le digo que este testamento es totalmente falso. ¿Cómo no me ha consultado con tiempo? Usted ha dado un buen adelanto a cambio de nada.

El empresario aspiró hondo.

-¿Qué me dice usted?

Estaban en un bar y él había pedido una cerveza, pero rectificó y pidió un coñac doble. Luego pidió otro.

-¿No le va a sentar mal? Se va a marear... -Él soltó una sonora carcajada.

-Todavía no me lo creo -dijo. El abogado se encogió de hombros.

-Pues ya puede ir creyéndolo, porque es la verdad. Ha sido víctima de un timo muy bien preparado... Puede decir que se la han pegado bien, amigo mío.

LA MALETA

El avión acababa de despegar. Hacía el vuelo Madrid-París, y había salido a las diez de la mañana, completamente lleno de pasajeros. Entre ellos viajaba una señora muy elegante, que por su figura llamaba la atención de todos. Era la esposa de un diplomático y la acompañaban una hija de doce años, rubia como ella, y un niño más pequeño. Un mozo se había encargado de facturar el equipaje, y una vez dentro del avión se habían acomodado los tres en la zona más exclusiva, ya que su nombre aparecía en la lista de pasajeros de clase especial.

Los equipajes corrientes tenían que ser revisados exhaustivamente por la policía, pero los de las autoridades apenas eran revisados, y pasaban directamente como valija diplomática.

No había hecho más que despegar el avión cuando un muchacho entró corriendo con una maleta en la mano. Tenía el aspecto de un botones, y se plantó ante un funcionario que lo miró de arriba a abajo.

-¿Tanta prisa tienes? -le preguntó. -Si el tuyo era el avión de París no hace falta que corras, porque ya ha salido.

El chico jadeaba, y contestó, mostrándole una tarjeta donde se habían escrito un nombre y unas señas.

-Esta señora ha olvidado una maleta de mano, y venía a traérsela... -El otro movió la cabeza.

-¿Es de la señora del diplomático? -Él asintió.

-La señora va a necesitarla, seguro.

-Pues lo siento mucho -dijo el hombre.

Un funcionario de uniforme los estaba observando, y había oído la conversación. Observó la lujosa maleta roja y se aproximó a ellos.

-¿Dices que es de la señora que acaba de subir al avión? ¿La que llevaba dos niños con ella?

El muchacho asintió.

-Sí, señor. ¿No podrían mandarla en el próximo vuelo?

El funcionario se acercó al empleado y le dijo unas palabras al oído. Él asintió con un gesto, y tendió la mano hacia el muchacho.

Trae la maleta -indicó. -Si es de la señora, saldrá en el vuelo siguiente.

Muchas gracias -dijo el chico, y girando se dirigió hacia la salida.

Como lo había hecho el resto de su equipaje, la maleta pasó directamente al vehículo que las llevaba al próximo avión, que saldría en una hora. El muchacho abandonó el aeropuerto silbando una canción, y cogió uno de los autobuses que llevaban al centro de la ciudad.

Cuando el aparato aterrizó y fueron colocados los equipajes en la cinta transportadora, ya un hombre bien vestido estaba aguardando fuera. La maleta roja tardó unos diez minutos en aparecer, y cuando pasaba por su lado el hombre la alcanzó, la sujetó fuertemente del asa y atravesó el vestíbulo con ella.

El público que salía se cruzó con los pasajeros que se disponían a tomar el avión en el aeropuerto de París. Justo en la puerta de salida, un policía de uniforme llevaba sujeto con una correa un perro pastor alemán.

El hombre de la maleta roja fue a franquear la puerta de salida para dirigirse a su automóvil que lo aguardaba fuera. Pasó por su lado, y el perro comenzó a ladrar. El policía lo acarició.

-Tranquilo -le dijo, pero el perro parecía muy excitado y se había metido entre las piernas del hombre.

-Quita -le dijo él, y lo apartó violentamente. Pero el perro insistía, y empezó a olisquear la maleta, llamando la atención de los que estaban alrededor.

-¿Qué le pasa a este perro? -dijo el hombre, indignado, pero en aquel momento otro policía de uniforme que se había acercado apoyó una mano en su hombro. Él no se volvió apenas.

-Tiene que acompañarnos -oyó.

-¿Cómo?

El perro lo miraba con sus ojos amarillentos. Jadeaba, y movía la cola nerviosamente. El policía le arrancó al hombre la maleta de la mano.

-Haga el favor de venir con nosotros -repitió

-¿Dónde quieren que vaya?

Los dos policías lo cogieron de ambos brazos, y uno de ellos señaló una puerta.

-Es por allí -indicó. -Tenemos que revisar lo que contiene.

El hombre parecía confuso. Ya dentro de una pequeña habitación, uno de los guardias colocó la maleta en una mesa y procedió a abrirla. Dentro, aparecieron cuidadosamente alineadas varias bolsas llenas de un polvo blanco. Los dos policías se miraron, y uno de ellos acarició al perro.

-Bravo, amigo, no se te escapa una... -Luego, se volvió al hombre.

-¿Pensó que iba a pasar desapercibido? -rio. -No conoce usted a nuestro perro. -El compañero asintió.

-Es un animal acostumbrado a descubrir narcóticos -dijo. -Él ha hecho que nos fijáramos en usted.

-No es la primera vez que pasa -siguió su compañero. -¿Por cierto, de dónde sacó el nombre que lleva escrito la maleta? ¿De la lista de pasajeros?

Él no contestó. El policía pronunció despacio, sonriendo:

-¿Sabe? Ya utilizaron antes el nombre de un obispo para pasar un maletín de droga, y también los pillamos. -Su compañero asintió.

-Lo hubieran conseguido, si no es porque nuestro perro está acostumbrado a descubrir narcóticos. Por eso, hoy se ha fijado en la maleta...

.

LA CAMISA

Un caballero entró en el portal de una lujosa casa de vecinos. Era un hombre bien parecido, y llevaba en la mano un paquete de folios y un libro. Saludó al portero que estaba en la garita con su esposa, y se dirigió con paso ligero al ascensor. Como estaba en un piso de arriba, apretó el botón y aguardó hasta que la cabina se detuvo en el bajo. Luego entró en el ascensor y la puerta al cerrarse lo ocultó del matrimonio de porteros. Ella movió la cabeza.

-Ya está el novelista visitando a su querida -sonrió. -Hacía varios días que no se le veía por aquí. Míralo, se ha parado en el sexto. -El marido asintió.

-Sí, ya lo echábamos de menos...

No habían pasado diez minutos cuando sonó el telefonillo del piso a la portería. El conserje lo cogió enseguida, y supo que era el novelista el que llamaba.

-Sí, dígame. -El otro parecía alterado.

-Haga el favor de subir -le indicó, nervioso. Él alzó las cejas en un gesto de alarma.

-¿Ocurre algo? -interrogó, pero el vecino no le contestó a la pregunta.

-Suba, por favor.

Él hizo un gesto de fastidio, y murmuró algo en voz baja. Su mujer lo observó, curiosa.

-¿Qué pasa?

-Pues mira, no lo sé. Se ha empeñado en que suba.

Cuando llegó al sexto piso se encontró abierta la puerta del apartamento, y vio al novelista.

-Dígame, ¿Qué es lo que ocurre? El otro lo invitó a entrar y cerró la puerta.

-Acabo de llamar a la policía -dijo, y el conserje pegó un respingo. Se había puesto pálido.

-¿A la policía? Y eso, ¿por qué?

El hombre le contestó muy serio:

-La señora está muerta -le contestó.

-Pero, ¿Qué me dice? Si parecía que estaba muy bien... ¿Cómo es posible? Pero bueno...

El novelista le indicó el cuarto de baño.

Ella... está ahí, y está muerta -señaló.-¿Cuándo la vio por última vez? -le preguntó al portero, y el otro no dudó.

-Esta mañana la he visto salir. Me ha saludado con un gesto, y no me ha dicho nada de que estuviera mala.

Entraron en el cuarto. La bañera estaba llena de agua y la mujer sentada dentro con los ojos abiertos, vacíos.

-Válgame Dios... quién lo hubiera dicho. ¿Quiere que me espere aquí a que venga la policía?

-Sí, por favor, se lo agradecería mucho.

Estuvieron esperando un rato, y aparecieron dos hombres a la puerta.

-Policía -dijo uno de ellos, mostrando la placa. ¿Ha dicho que ha encontrado muerta a la señora?

-Pueden ustedes comprobarlo -dijo él, abrochándose la chaqueta.

En efecto, vieron que estaba sentada en el baño, con la cabeza hacia adelante. Uno de los hombres le tomó el pulso, y asintió. Estuvo haciendo varias preguntas.

-¿Alguno de ustedes es familia? Interrogó el que había enseñado la placa, mientras que el otro más joven apuntaba algo en un cuaderno.

El caballero dio un paso adelante.

-Era una buena amiga, una buena vecina. Aquí el portero se lo puede decir. -El aludido contestó vivamente:

-Desde luego que sí.

El policía observó al novelista, que se remetía los puños de la camisa...

-Cuénteme todo desde un principio -le dijo. ¿Qué relación tenía con ella?

Le estuvo explicando que hacía mucho que la conocía, y que estaba muy afectado. El policía lo observó, y comprobó que era un hombre elegante, con un traje impecable.

-¿Usted la ha tocado? El novelista negó con un gesto.

-No quise hacerlo... Vi que estaba muerta, y pensé que no debía hacerlo. -El policía arqueó las cejas. Estaba pensativo, y tardó unos minutos en hablar.

-Quítese la chaqueta, por favor -indicó. El otro se mostró extrañado.

-¿Cómo dice?

-Digo que se quite la chaqueta -contestó el policía, y el hombre retrocedió...

-¿Qué tiene mi chaqueta que ver?¿Cree que es necesario? -Él afirmó.

-Exactamente, sí, creo que lo es.

El portero arrugó el ceño, como si no entendiera nada. El hombre estaba ahora muy colorado, y parecía indeciso. Se quitó la chaqueta y trató de subirse las mangas de la camisa, pero el policía lo detuvo.

-Usted sí la ha tocado -afirmó. -Y no sólo eso, sino que ha hecho algo más. ¿No es así?

-¿Qué es lo que he hecho, si puede saberse?

Hubo un tenso silencio, y el inspector habló despacio.

-Creo que la ha asesinado también.

-Pero, ¿qué está diciendo? -El movió la cabeza.

-Un truco muy antiguo -dijo, sonriendo. -Usted había decidido deshacerse de su amiga, por el motivo que sea, y hoy ha hallado la ocasión. Ha entrado con su llave en la casa y la ha encontrado en el baño.

-Sí, claro...

-Pero cuando la vio no estaba muerta. Usted tiró de sus pies, y la ahogó. Luego la levantó y la colocó sentada, como está.

-Usted desvaría. -El otro prosiguió:

-Nos llama a nosotros, y después avisa al portero...

-¿Pero qué dice! ¿Qué historias son esas? ¡Vaya imaginación! -saltó el novelista. El policía se acercó y lo cogió de las muñecas.

-Usted tiene las mangas de la camisa mojadas hasta el codo, ¿Lo ve? Eso quiere decir que ha tenido que meter los dos brazos en el agua. Y, ¿para qué, me puede decir?

Hubo un largo silencio.

-Claro, al entrar en la casa se quitó la chaqueta, y se ha mojado las mangas de la camisa, pero no las del traje.

El conserje estaba tan asombrado como si hubiera visto aun fantasma.

-No me lo podía imaginar...

El novelista se dejó caer en una silla mordiéndose los labios. El inspector le hizo una seña a su ayudante.

-Ponle las esposas -le indicó. -este hombre va a venir con nosotros a la comisaría.

Él no opuso resistencia. Se dejó esposar, y salió precediendo a los funcionarios. Cuando estaba fuera se volvió, colérico.

-Al menos, no tendré que soportarla en adelante -masculló.

-¿Cómo dice? -La voz de él había enronquecido.

-¿Saben ustedes? -suspiró. -Esta mujer era mucho peor que una plaga. Me llamaba una docena de veces al día al trabajo, y usaba un horrible perfume...

Los otros lo miraban, incrédulos.

-Y hablaba como una cotorra... -añadió, saliendo.

EL MUESTRARIO

Se quedó boquiabierto a la puerta del piso. Indudablemente, era aquel el lugar en donde había estado ubicada la empresa que lo había contratado. Buscó en vano el letrero, y pensó que se había equivocado de piso, por lo que cogió el ascensor y se detuvo en las diferentes plantas, siempre sin encontrar el letrero. Se volvió con cierta impaciencia y suspiró.

-No entiendo nada -se dijo.

Era un hombre desgarbado y pecoso; era rubio, de veintitantos años. Estuvo dando vueltas, y recordando.

Era un momento de crisis económica y había visto el anuncio en el periódico. Llevaba parado dos años. Y aunque tenía algún dinero ahorrado, no duraría siempre. Además, le habían adelantado algo unos amigos.

Fue en el periódico local donde había visto el anuncio. Se vistió de arriba a abajo para la ocasión, y cuando acudió le llamó la atención lo lujoso del local. Allí, le presentaron al director.

-He leído su anuncio en la prensa -le dijo, y él asintió...

-Necesitamos hombres emprendedores, y les daremos muestrarios a cambio de una cierta cantidad. A cambio les ofrecemos un espléndido sueldo mensual.

Él se irguió en su chaqueta.

-Yo puedo hacerlo -dijo muy seguro. El otro asintió. Una secretaria había entrado sonriendo, y le preguntó:

-¿Tiene usted el dinero? -Él no lo dudó.

-Por supuesto, mañana lo tendré -dijo. El director parecía complacido.

-Deberá viajar fuera. ¿Tiene coche? -le preguntó, y él asintió enseguida.

-Un poco antiguo, pero sí, señor.

Al día siguiente volvió. El director le estuvo enseñando el muestrario de relojes en varios estuches, y él dejó una cantidad de dinero a cambio.

-Puede empezar mañana mismo -le dijo el hombre, despidiéndose.

Entre su esposa y él prepararon el equipaje, y a la mañana siguiente se dispuso a hacer su primer viaje. El niño pequeño lloraba y el mayor lo consoló.

-Papá volverá pronto -le dijo, y ambos lo despidieron con un beso.

-Volveré cuando haya conseguido unos cuantos clientes le dijo a su mujer. -No creo que tarde mucho. Lo necesito, pues hasta he tenido que pedir prestado.

-Todo se arreglará -le dijo ella, abrazándolo.

El viaje duró una semana, y cuando volvió el domingo a casa lo aguardaba su esposa.

-¿Qué tal?

-Muy bien -contestó él. -Me han hecho un contrato ventajoso, ahora veremos los frutos. -Ella asintió.

-Estaba segura de que lo lograrías.

El lunes por la mañana se dirigió al lugar donde estaba la empresa, tomó el ascensor y subió. Pero al no hallar el letrero, pensó acudir a la portería. El portero movió la cabeza.

-Han venido muchos -le dijo. Él se mostró asombrado.

-¿Cómo, que han venido muchos?

-A todos les digo lo mismo -dijo el portero cachazudamente,

-¿Qué dice? -Él hizo un gesto vago.

-Para mí que era una empresa de pacotilla -afirmó despacio. -Hace nada que se instalaron aquí pero, como usted ha podido comprobar, la empresa ha desaparecido.

Él estaba atónito.

-Pero no puede ser...

-Otras veces dan largas -dijo el hombre-, pero ahora se han marchado de verdad. Estuvieron un par de semanas y vino mucha gente. Luego, vino un camión y se llevaron todos los muebles. Y no es usted solo, todos habían dejado una señal. Y no creo que vuelvan.

Él se quedó parado.

Ahora lo veía claro el timador se había hecho con el dinero de unos cuantos incautos, y había desmontado su oficina. El hombre no sabía si reír o llorar. Pensó en su esposa, en la ilusión que ella tenía, y se mordió los labios.

En fin, ya se las arreglaría. Otras veces lo habían pasado peor.

EL CIRUJANO

Era una elegante consulta en uno de los barrios más céntricos de la ciudad. Una pareja aguardaba en la sala de espera, amueblada con un tresillo de terciopelo azul. Había cuadros en las paredes, y una moderna lámpara colgaba del techo, a juego con otra de pie que estaba en una esquina de la habitación. Cuchicheaban entre ellos, hasta que pasado un rato salió del despacho un hombre mayor, y a continuación apareció el cirujano.

-Pasen -indicó desde fuera.

El hombre que estaba en la sala sonrió, y se aproximó unos pasos.

-Yo aguardaré fuera -dijo. -Es mi esposa la que quiere que la examine.

-¿Pero no quiere entrar? -Él denegó.

-No es necesario, esperaré.

-Bueno, pues pase usted -le dijo a ella.

A poco entraron en la consulta dos señoras. La enfermera las condujo a la sala, y tomaron asiento en el sofá. Y había pasado un cuarto de hora cuando se oyó un grito femenino dentro del despacho. Todos miraban hacia allí, y el marido se levantó de golpe, y a largos pasos irrumpió en el despacho. Entró sin llamar, y halló a su esposa de pie, frente al médico que la miraba atónito. La blusa de ella estaba desabrochada, y había en sus ojos una expresión de terror.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó el marido.-Se ha oído un grito en la sala... esas señoras son testigos.

Se detuvo un momento y la miró, alarmado.

-¿Qué te ha pasado con la blusa?

Ella se echó a llorar, y entonces el cirujano se acercó a la puerta, vio a la pareja de señoras y la cerró.

-Pero señora, ¿qué le ocurre?

-¿Cómo, que qué me ocurre? ¿Le parece poco, si ha intentado forzarme? -El esposo fue hacia ella y la abrazó.

-Pero bueno... y que eso haya podido ocurrir, no tiene disculpa. -El médico se había puesto serio.

-Yo no he hecho nada -afirmó, tajante.

La mujer se había echado sobre el hombro de su marido y lloraba silenciosamente, mientras él le acariciaba la cara. En aquel momento sonó el timbre, y a continuación se oyeron los pasos de varias personas. El esposo se había encarado con el médico, que miró la puerta con nerviosismo.

-¿Pero esto es indignante! -dijo. -¿Qué pretendes ustedes?

-Después de lo ocurrido, yo quiero una reparación. -El otro se llevó una mano a la frente. Estaba sudando.

-¿Una reparación?

El caballero sonrió.

-En fin, podíamos sentarnos, si le parece.

-¿Sentarnos, para qué?

-Pues... para hablar de nuestras cosas.

-Nosotros no tenemos nada que hablar -balbució el doctor, y el otro rio abiertamente.

-Eso sería si yo no supiera algo... que le concierne -dijo.-El médico había empalidecido.

-¿Qué?... La mujer se había calmado, pero su compañero parecía crecerse.

-Mire por cuánto, sabemos que ha tenido un juicio por abusos a una menor. -Él casi saltó en el asiento.

-¿A qué viene eso? Pero el fiscal no pudo probarlo...

-¿Qué le parece si por segunda vez le acusan de lo mismo? Se formaría un escándalo, y hasta lo publicarán los periódicos. -el otro se tocó las gafas con nerviosismo.

-¿Pero, qué es lo que quiere? -El hombre tardó en contestar. Dijo una suma, y el médico lo miró, incrédulo, pero él continuó:

-Dado su status, no me parece demasiado. Nos conformaríamos con eso.

El médico habló con voz decidida.

-No tengo ese dinero aquí -contestó, y el otro asintió con la cabeza...

-Volveremos mañana, a esta misma hora -le dijo. Téngalo en cuenta, si no quiere que le suceda algo peor.

***

Al día siguiente, cuando la enfermera abrió la puerta reconoció a la pareja que había estado la víspera. No se sentaron en la sala, porque el médico los aguardaba a la puerta del despacho.

-Pase -le dijo a él, y el recién llegado asintió.

-Esta vez entraremos los dos.

Cuando estuvieron dentro y la puerta estaba cerrada, él preguntó:

-¿Tiene el dinero?

Él médico estaba tranquilo.

No les voy a regatear -pronunció despacio. -Y todo eso, por no haber hecho nada.

El hombre asintió, complacido.

-Pero sólo usted y nosotros lo sabemos. ¿Qué iban a pensar los demás, después de haber sido acusado por algo parecido? -Y ya sabe que lo queremos al contado.

Se oyó un ruido al fondo del despacho, y se abrió una puerta trasera. Apareció en el marco un policía de uniforme, y luego un segundo.

-Pero, ¿qué es esto? -saltó la mujer. Ambos policías habían entrado en el despacho.

-Señores, van a tener que acompañarme -dijo el más alto. -Por calumnias y, por si fuera poco, por chantaje.

Ahora los asombrados eran la mujer y su esposo. Ninguno dijo nada cuando les pusieron las esposas, y fueron hacia la salida conducidos por los dos policías. La enfermera les abrió la puerta.

-Uno no está seguro ni siquiera en su propia casa -comentó en voz baja.

-Y que lo diga -afirmó el doctor, suspirando.

LAS BOTELLAS

La mujer entró en un establecimiento de bebidas. Era una señora de edad, de aspecto venerable, Una vez dentro, se dirigió al empleado.

-¿Tienen teléfono? -preguntó. Él la contempló con curiosidad y le mostró el teléfono, al lado de la caja. El hombre tenía un brillante cabello negro, abundante y largo.

Ella marcó un número, y habló unos segundos. El empleado aguardaba.

-¿Necesita algo en especial? -preguntó. La señora pareció hacer memoria.

-Tres botellas de champán -le dijo. Cerró los ojos y trató de recordar. -Y... deme otras dos de whisky, que sea escocés.

Dio un vistazo al establecimiento. donde resonaban conversaciones y tintineaban las botellas. Le estuvieron sirviendo el pedido, y el dependiente preguntó:

-¿Está segura de que está todo? -Ella dudó un momento y añadió unas botellas más.

-Son 400 euros -dijo el empleado, y la mujer miró su monedero y pareció contrariada.

-Las abonarán a domicilio -afirmó. -Agradeceré que me las llevaran a casa, yo no puedo con todo.

-Dígame el domicilio, por favor.

Le dictó una señas, que él tomó en un cuadernillo. Ella le dio las gracias.

-Yo iré delante -dijo. -Iré avisando a la señora.

Estuvo mirando alrededor y entregó una propina al muchacho del reparto.

-¡Gracias, gracias! -le dijo él.

No tardó ni cinco minutos en salir. Era un chico un tanto obeso, con el pelo cortado a cepillo. Cuando llegó a la casa, la mujer lo estaba aguardando a la entrada.

-Qué fastidio -le dijo, contrariada. -La señora ha olvidado lo más importante. Dos botellas de vermouth Zinzano rojo, ¿podrías traerlas?

-No se preocupe, señora. Ahora mismo se lo traigo. -Ella le dijo unas palabras de agradecimiento y señaló:

-Déjame la mercancía aquí en el ascensor, yo misma la subiré. Y no te olvides, segundo piso, letra A. El chico salió corriendo y tampoco tardó en volver con las botellas. Subió por la escalera hasta el segundo y comprobó el piso y la letra. Puso un dedo en el timbre, y abrió un hombre joven que llevaba en los brazos a un niño que lloraba.

Él le tendió las botellas.

-¿Qué es esto? -preguntó el hombre, extrañado Era alto y delgado, y vestía una bata de casa de rayas azules. -Aquí no encargamos estas cosas. Buena está la vida para estos lujos -rio. -Bastante tengo con comprar botes de leche. -El chico pareció alarmarse.

-Una señora me dijo que lo trajera aquí. Él no disimuló su extrañeza.

-¿Una señora? ¿Qué señora? -dijo, frunciendo el entrecejo. El otro asintió, mientras temblaba su papada.

-Una señora de edad -dijo, muy convencido. El hombre parecía impacientarse.

-Aquí no vive ninguna señora de edad -dijo en tono seco. El muchacho no parecía dispuesto a retirarse, y se pasó una mano por el pelo...

-¿No es éste el segundo piso, letra A? -dijo, muy nervioso. -Señor, tienen que pagarme. -El otro se estaba enfadando.

-Sí, pero aquí no es. No me entretengas, tengo prisa -le contestó, airado.

La puerta se cerró en las narices del chico. Volvió a llamar, y se pasó una mano por el pelo...

-¿No es éste el segundo piso, letra A? -dijo, muy nervioso. -Señor, tienen que pagarme. -El otro se estaba enfadando.

-Sí, pero aquí no es. No me entretengas, tengo prisa -le contestó, airado.

La puerta se cerró en las narices del chico. Volvió a llamar pero nadie contestó.

-No entiendo nada -se dijo, confuso, y comenzó a bajar las escaleras...

Dos calles más allá, un anciano estaba ayudando a su esposa a guardar las botellas en su coche. Llevaba puesta una boina, y una bufanda a cuadros.

-Demasiado peso para mí -resopló ella. El hombre parecía divertido.

-Anda, pasa -le dijo.

EL PAPÁ

La mansión estaba situada en una de las zonas residenciales más tranquilas y alejadas de la ciudad. El edificio era totalmente rural, completo, con un porche que se hundía bajo el peso de un emparrado. La casa estaba completamente aislada, bien construida, y con gruesos cristales instalados en todas las ventanas. Frente a ella se extendía un jardín.

El hombre husmeó un rato por los alrededores. Era un caballero bajo y colorado, de pobladas patillas blancas. Al entrar en la zona boscosa que circundaba la antigua granja, el extorsionador se acercó a la vivienda cruzando un viejo huerto de manzanos.

Continuó por el sendero que conducía a la vivienda, que estaba rodeada de una valla. Observó con atención los alrededores, y le pareció que todo estaba tranquilo. Luego, cruzó una ancha terraza hasta llegar a la puerta de entrada.

Llamó al timbre y esperó.

La criada bajó la escalera, y atravesó deprisa el vestíbulo. La puerta se abrió y descubrió ante ella a un hombre desconocido. Le preguntó qué se le ofrecía.

-Quisiera ver a la señora de la casa -indicó el recién llegado. La criada vaciló un momento. Era una chica joven y bonita.

-¿Con cuál de las señoras? -pregunto, inclinando la cabeza.

El hombrecillo parecía nervioso, y apretó el asa de su maletín negro.

-Con... la que lleva la administración de la finca.

La chica se hizo a un lado, para cederle el paso ante la puerta.

-Aguarde aquí un momento, por favor -indicó, y lo hizo pasar a una amplia sala de lectura.

Él entró en la pieza, arrastrando los pies. Examinó la biblioteca con detenimiento, y pensó que el antiguo dueño la había decorado con un gusto exquisito. Luego tomó asiento.

-Se nota que le sobraba el dinero. Por supuesto, no tuvo que comprar la casa amueblada de cualquier manera, como otros -se dijo a sí mismo con un cierto rencor.

La mujer que apareció en la entrada tendría unos cincuenta años. Sus cejas se levantaron dando muestras de su sorpresa.

-¿Se puede saber qué desea?

El hombre la miró, e hizo una aspiración profunda. Sabía que había familias sumamente sensibles a todo aquello que pusiera en peligro la lograda respetabilidad, y pensaba sacar provecho de ello.

-Yo... quisiera decirle que conozco un aspecto de su padre de usted que seguramente ignora. -Ella arrugó la frente.

-Qué me está diciendo? Mi padre murió hace tiempo, no sé a qué se refiere.

-Pues... digamos que hay ciertos fantasmas familiares que no las dejarían a ustedes muy bien paradas.

-Pero, ¿Qué dice?

El hombre se mordió los labios.

-Digamos... que tengo pruebas de ciertos... pecados ocultos que quizá usted ignore. Pero no por ello menos ciertos. -Una expresión de alarma se dibujó en la cara de la mujer. -Él carraspeó.

-Y no es que sean actos punibles, pero digamos que son... sólo vergonzosos. Y tengo pruebas de ello en estas cartas -añadió, sacando un paquete del maletín. Ella lo miró fijamente. ¿Sería posible que su padre, a quien tenía por un hombre honrado, llevara una callada doble vida?

El hombre carraspeó de nuevo. Sabía que con las ventajas de la posición social crecía la vulnerabilidad de la víctima, pero también su reacción desesperada.

-Señora, estas cartas son muy explícitas y tienen un precio. -Ella se sobresaltó.

-¿Qué precio? Él le tendió una nota, y los ojos de ella se dilataron.

-Pero... ¿Cómo sé yo que está diciendo la verdad? -Él sonrió.

-No tiene más que darles un vistazo, y verá que su padre mantuvo relaciones... digamos amorosas con una mujer que no era su madre, y eso durante casi todo el tiempo que duró el matrimonio.

Ella había enrojecido.

-No sé, todo esto es tan inesperado... De todas formas, yo tendría que poner este asunto en conocimiento de mi hermana. Tengo de decirle que usted me amenaza con revelaciones sobre nuestro padre. -Él asintió vivamente. Sabía que las mujeres de cierta edad eran fácilmente extorsionables, y más si la información se refería a algo tan delicado.

-Señora, mi afirmación no es sólo cierta, sino que es demostrable. Usted sabrá si quiere correr ese riesgo...

Ella miró hacia afuera, y se percató de que la doncella no los escuchaba. A pesar de que era bastante fiel, también era demasiado curiosa. Titubeó.

-Es que todo es tan repentino... ¿Puede dejarme una carta?

Él asintió, y se la entregó. Enseguida vio ella que la letra del sobre era la letra de su padre, sin ninguna duda. Lo que leyó en la carta terminó de convencerla de que el hombre decía la verdad. Él se había puesto en pie, y devolvió las cartas a su sitio.

-No hace falta que me conteste hoy, puede consultarlo con su hermana.

Ella lo acompañó a la salida y penetró en el interior de la casa. Que estaba silenciosa y oscura. Encontró a la hermana mayor en la parte de atrás, en una soleada habitación con puertas correderas de vidrio. La acompañaba la doncella.

-Déjanos solas, por favor -le dijo ella, con un tono de voz autoritario.

Su hermana era baja y menuda, con el ostro pecoso. Ella se sentó a su lado.

-Mira, lee esta carta.

La otra así lo hizo, y no una vez, sino varias. Estaba consternada.

-No paso a creerlo -musitó.

-Pues tienes que pensar que es verdad. Ha venido un hombre amenazando dar a conocer el contenido de las cartas, pues hay muchas más, y mañana volverá para devolverlas, si le pagamos una cantidad de dinero.

La mayor dejó de observar la misiva.

-¿Qué haremos? -preguntó. No podemos pagar, yo olvidaría todo este asunto. -Lo mejor es no hacer caso. Su hermana la observó, severa.

¡De ninguna manera! -dijo, muy alterada. ¿Y permitir que nos ponga en evidencia con nuestros conocidos?

-Entonces, ¿qué hacemos?

-Habrá que pagar. La buena memoria de papá está por encima de todo.

-¿Dónde vive la mujer a la que se dirige? -Ella señaló el sobre.

-Ahí lo tienes, ¿No lo ves? Y, por lo menos en esa época, no estaba muy lejos de aquí.

-Y, ¿cuándo vas a pagarle?

-Ha quedado en volver mañana, tendré que ir al banco y sacar el dinero.

La mayor movió la cabeza.

-Me gustaría conocerlo -dijo, pensativa. La hermana negó vivamente.

-No, es mejor que no. Ay, pobre mamá... -suspiró.- ¿Quién iba a decirlo?

Al otro día, el hombre repitió su visita...

-¿Lo ha consultado con su hermana? -Ella asintió.

-Deme las cartas, y aquí tiene el dinero.

El hombrecillo suspiró, recordando otro mazo de cartas que había conservado en su casa, y sonrió para sus adentros. Eran las cartas que le legó su hermana, recién fallecida. Pero tenía que andarse con tiento, pues si no era prudente podía salir perjudicado, ya que si se encontraba muy desesperada, la víctima podía llegar a denunciar. Era importante saber hasta dónde podría llegar, y que en lugar de recibir la cantidad no iba a ser denunciado a la policía.

-Ha tomado una sabia decisión -le dijo. -Hizo una pausa y rio entre dientes. Era lo único que su hermana le había legado, pero tenía ahí una buena fuente de ingresos. -Nos veremos -añadió, con el objeto de abreviar la entrevista.

Dicho esto, salió de la habitación, dejando a la mujer desatando el mazo de cartas. Cruzó el porche, abandonó la casa sin decir palabra y desapareció.

LA VISITA

Yo estudiaba medicina, y había dejado la casa de mis padres para ocupar una habitación en la ciudad. Cuando salí del pueblo yo era un muchacho lo que se dice formal, pero en la capital me fui maleando poco a poco.

-Espabila, chaval -me decían en la facultad.

Y yo seguí el consejo a pies juntillas, de forma que en poco tiempo estaba a la altura de ellos.

Éramos cuatro estudiantes en una pensión del centro, y la verdad es que nos llevábamos perfectamente.

Todos sabíamos muy bien el camino de la habitación de la criada, y habíamos hecho turnos para dormir con ella.

Así que, mientras el ama dormía, por el pasillo a oscuras íbamos tanteando la pared para no despertar a nadie. Pero nadie se apercibía de nuestras excursiones nocturnas, ya que no hacíamos el menor ruido.

Aquel era mi día, y me estaba preparando desde por la mañana. Me levanté silenciosamente, me puse las zapatillas y en pijama abandoné mi habitación.

No se me hubiera ocurrido encender la luz del pasillo, y no lo hice. La suela de las zapatillas era silenciosa, y cuando estaba cerca de su cuarto me detuve un momento. No se veía luz por debajo de las puertas, por lo que supe que todos estaban descansando.

Miré mi reloj luminoso, y vi que eran las doce de la noche. Esa era la hora mejor. De todas formas, estuve escuchando hasta percatarme de que todo el mundo dormía.

El cuarto de la doncella estaba al final. Me faltaban unos pasos, y tengo que confesar que me latía el corazón bajo el pijama.

La chica era una muchacha bonita, aunque estuviera un poco gruesa, pero tenía bonitos ojos y una tez sonrosada y turgente, como yo no había visto otra. Su recuerdo me hizo estremecer.

Abrí la puerta silenciosamente y me escurrí hacia el cuarto sin hacer ruido.

Busqué a tientas la cama que estaba al fondo, cerca de la ventana, y me encontré pisando la alfombra, por lo que supe que estaba cerca. Así que levanté las mantas y al momento noté un calorcillo humano. Fui a echarme, y procuré que el somier no chirriara.

No había terminado de hacerlo cuando un alarido taladró el silencio de la habitación, y el de la casa. Yo me quedé helado, pues sentía muy cerca la respiración de una persona, que se había puesto en pie de un brinco. Quien fuera siguió gritando hasta que todo el mundo se despertó.

Yo quise dar la luz, pero no atinaba con la llave. En esto se encendió la del pasillo, y al abrir la puerta la habitación quedó iluminada.

Al lado de la cama gesticulaba una señora oronda y gruesa, y al mismo tiempo jadeaba. Yo me quedé de piedra, pensando quién sería. Gastaba camisón de franela y tenía los rizadores puestos.

-¿Qué pasa en esta fonda? -chilló, y en ese momento apareció la dueña, también en camisón. Se quedó mirando la escena como si no entendiera nada, y tardó en reaccionar. Luego me miró fijamente.

-¿Qué hace usted en esta habitación? -me dijo.-Esto es... indignante.

Yo me mordí los labios, porque no sabía qué contestar.

-He salido al baño, y me he equivocado -farfullé. -¿Por cierto, quién es esta mujer?

La dueña parecía furiosa. No obstante, contestó:

-Es una pariente de mi difunto esposo, que se ha quedado esta noche en la ciudad. -Movió la cabeza. -Y como ésta es una buena cama la he puesto a dormir aquí.

Yo la miraba alelado, y ella prosiguió:

-La chica ha dormido esta noche en el sofá del salón.

Vi que la aludida aparecía en el pasillo, y asintió.

-Claro, claro, en el salón.

Dos de mis compañeros también se habían aproximado.

-Calma, calma. ¿Qué ocurre?-dijo uno de ellos, aguantando la risa.

El ama estaba muy seria y me miró de frente.

-Y usted... no tiene perdón. -Se detuvo un momento, muy colorada, y habló con voz ronca.-Vamos, haga sus maletas y salga de aquí.

Yo no le respondí y volví a mi cuarto ante la mirada de todos, avergonzado y pensando qué demonios podía hacer.

Ni que decir tiene que aquella noche tuve que pedir abrigo en casa del conserje que vivía en el bajo.

EL GATO

La mujer llamó a la puerta de su vecina. Siempre le ocurría lo mismo, se olvidaba de comprar algo necesario para las comidas, pero la vecina era bondadosa, y siempre la ayudaba. Ésta era una mujer enferma, padecía una grave diabetes, pero era muy amable. Ahora vivía el matrimonio solo, porque se habían casado los dos hijos varones.

Se detuvo un momento ante la puerta barnizada, y aguardó con los brazos cruzados. Después de unos minutos oyó dentro una voz bien modulada.

-¿Quién es?

Ella se acercó a la mirilla, que estaba cerrada, y contestó en voz alta:

-Soy su vecina. Perdone que llame tan temprano.

Después de unos segundos, la mujer de dentro contestó:

-Es que estoy sola. Mi marido salió anoche de viaje. Ahora le abro.

Se oyó maullar al gato, y los pasos se acercaron. Extrañamente, luego se oyó un grito, y al mismo tiempo, un maullido. La visitante se sobresaltó.

-¿Qué ocurre? -dijo a través de la puerta, y vio que nadie le contestaba. No oyó ninguna voz, pero le pareció que había caído un cuerpo al suelo.

Empezaba a ponerse nerviosa. Estuvo llamando de nuevo sin ningún resultado, así que entró en su casa y fue derecha a pedir ayuda. Marcó un número de teléfono y sonó una voz grave.

-¿Qué pasa? -dijo un hombre. -Está llamando a los bomberos. -Ella suspiró.

-Precisamente, sí, creo que necesito su ayuda -dijo. Llamo... bueno, no es para mí. Es mi vecina, que no me abre la puerta. Ha debido desmayarse, porque he oído el ruido de una persona al caer. Y ella está sola...

-¿Está segura? ¿No hay nadie con ella? -La mujer denegó.

-Me ha dicho que el marido está fuera, y luego la he oído caer. Y no abre, por mucho que he insistido. Vengan, por favor, creo que le ha ocurrido algo malo.

-Está bien, dígame las dirección.

Ella así lo hizo, y el hombre tomó nota.

-Iremos enseguida, espero que tenga razón, y no sea una falsa alarma.

Ella dejó su puerta abierta, y estuvo aguardando a la llegada de los hombres. No tardaron en acudir, y vio que habían subido sólo dos.

-¿Es usted la que ha llamado?

Ella asintió, y salió al descansillo. La puerta de la vecina estaba enfrente, y en la casa no se oía a nadie. Los bomberos abrieron la puerta y hallaron a la mujer en el suelo. Enseguida trataron de reanimarla, pero uno de ellos, que parecía el jefe, le había tomado el pulso y movió la cabeza a ambos lados.

-Esta mujer ha fallecido -afirmó.-¿Y estaba sola? ¿No hay nadie más en la casa?

La vecina temblaba como una hoja. Suspiró.

-Me dijo que el marido estaba fuera, y luego la oí caer... y no contestaba, a pesar de que insistí varias veces.

-Bueno... tendremos que llamar a un médico -dijo el hombre. -Aunque no creo que pueda hacer nada, está muerta. Y hay que avisar a la policía.

El jefe dio un vistazo a la habitación, bastante sencilla. La ventana del vestíbulo estaba abierta y dentro no se veía nada que llamara la atención.

El compañero se había agachado, y la mujer vio que el gato estaba también en el suelo.

-También parece muerto -dijo el hombre. -Qué raro.

-Pobre animal -dijo la mujer. -Lo quería tanto, y lo mismo el gato a ella... Siempre lo tenía en brazos. -El otro se enderezó.

-Qué cosa tan rara, los dos muertos a la vez.

Aguardaron en el descansillo a que llegara la policía, y en cuanto entraron estuvieron reconociendo a la mujer.

-Habrá que avisar al juez para que levante el cadáver -dijo el inspector. -Y habrá que hacer la autopsia, esto no lo veo nada claro.

Se llevaron a la difunta en una camilla, y al gato con ella. Cuando ya la policía y el juez se habían ido, la mujer entró de nuevo en su casa. Estaba muy nerviosa, y estuvo recogiendo los cacharros del desayuno. Luego siguió con las labores de la casa.

***

Al día siguiente, cuando el marido volvió de su viaje, encontró que un policía lo estaba aguardando. Él se mostró muy sorprendido, y preguntó por la causa de su presencia allí.

-¿Qué pasa?-preguntó, alarmado. El inspector se había acomodado en una silla, y ahora se puso en pie. Era un hombre de unos cincuenta años, y llevaba puestas unas gruesas gafas.

-Eso le pregunto yo a usted.

-¿A qué se refiere?

-¿Cuánto tiempo lleva usted fuera, si se puede saber? -El hombre se encogió de hombros.

-¿Eso es tan importante? ¿Puede saberse dónde está mi mujer?

El inspector habló con voz grave.

-¿No sabe que su esposa ha muerto?

El hombre dio un fugaz vistazo a la ventana. Luego miró el picaporte, y el policía se adelantó un paso.

-Queda detenido -afirmó.

-¿Qué dice?

El otro sacó unas esposas.

-Quería observar su reacción -le contestó. Y ha sido la que esperaba.

El recién llegado parecía furioso.

-¿A qué viene eso?

El policía mostró un pequeño trozo de cable desnudo, y el hombre palideció.

-¿Qué me dice de esto? -El otro se mordió los labios pero no dijo nada.

-Lo siento -dijo el inspector con parsimonia. -Ha asesinado a su esposa conectando la corriente eléctrica con el tirador de su puerta.

-Pero, ¿qué está diciendo? -El policía no perdía la calma.

Enseguida nos llamó la atención que también el gato hubiera muerto. Estuvimos atando cabos, y...

-¿Qué me dice? El otro sonrió.

-Se ha visto en la autopsia, su mujer ha muerto electrocutada, y usted lo sabe de sobra. Ella solía llevar al gato en brazos, y la corriente también lo mató.

Él parecía derrotado. Aspiró hondo, pero no opuso resistencia. El policía siguió hablando despacio.

-La muerte se produce en unos segundos, y eso le ha pasado a su mujer. Con la descarga, el hilo se funde y suele desaparecer pero no ha sido así... ya lo ve.

El hombre estaba ahora muy colorado, y farfulló unas palabras sordas.

Vamos, acompáñeme -le dijo el policía, y ambos comenzaron a bajar la escalera.

SALVACIÓN

Era un hombre muy conocido en la ciudad, y apreciado por todos. Tenía cincuenta y nueve años y su esposa sólo veintiséis. Él era ingeniero, no era mal parecido y se conservaba bien, pero la mujer, que trabajaba como arquitecto, era muy bella y tenía fama de alegre y despreocupada..

Cuando se prometieron, hacía cuatro años, sus amigos más próximos opinaron que se trataba de una unión un tanto desigual. Pero él estaba muy enamorado y no atendió a ningún consejo.

-Es una mujer maravillosa -fue su respuesta. -Yo ya no puedo tardar más en casarme, y he encontrado en ella todas las cualidades que siempre he soñado.

En un principio, el matrimonio pareció marchar bien, y se les veía muy compenetrados. La bonanza duró más o menos unos dos años, pero luego poco a poco se fueron distanciando. Él volvió a salir con sus amigos, y pocas veces lo hacían los dos juntos. Lo que en un principio parecía una unión ideal, acabó en forma tormentosa. Incluso, se sabía que ella lo había engañado con otro hombre.

-Él no se merece eso- se comentaba.

Así pasaron los meses, y llegó un momento en que la convivencia se hizo imposible, y ella le pidió el divorcio. Él estaba tan afectado que incluso su trabajo se había visto perjudicado.

Hasta que ocurrió la tragedia. Fue la doncella quien lo encontró, y enseguida llamó al médico de la familia.

-Por favor, venga enseguida, el señor se ha cortado las venas.

-¿Cómo dice? ¿Es posible? ¿No está la señora? -Ella habló nerviosamente.

La señora no está. Lo he encontrado caído sobre la mesa, desmayado, y está sangrando mucho.

Cuando llegó el médico, el espectáculo que encontró era dantesco. La mesa estaba llena de la sangre que brotaba de su muñeca, e incluso escurría hasta la alfombra.

El médico actuó sin pérdida de tiempo: le hizo un torniquete en el brazo, y le pidió a la chica que lo ayudara a llevarlo a la cama.

-Hemos de llamar al hospital, es la única forma de salvarlo. Y aún así...

La ambulancia tardó poco en llegar, y dos enfermeros lo bajaron en una camilla. La muchacha subió a la casa, y el médico entró en el coche con el moribundo.

-Vamos, deprisa -indicó. -Ya ha perdido bastante sangre.

En el centro sanitario todo estaba dispuesto para la operación. Lo metieron en el quirófano, y el equipo de cirujanos se dedicó a toda prisa a suturarle la muñeca.

El hombre se estuvo debatiendo unos días entre la vida y la muerte. La esposa le hizo una visita rápida, y luego se disculpó:

-Creo que no consigo nada quedándome, sé que está en buenas manos. -Uno de los médicos se le acercó.

-El doctor que es amigo suyo le ha salvado la vida de milagro. A no ser por él, se habría desangrado. Gracias a él hemos podido salvarlo.

***

Un mes más tarde, el médico amigo estaba en su casa, donde vivía con su hija, cuando llamaron a la puerta. Él abrió, y un muchacho le entregó un paquete. Él lo tomó en la mano y asintió:

-Sí, gracias, es para mí.

Le dio una propina al chico y entró en su despacho. Miró el remitente, pero venía sin él, y arrugó la frente, extrañado.

-Vamos a ver qué es esto -pronunció en voz alta.

No había hecho más que abrir la caja, cuando algo le estalló en la cara. Fue un ruido fuertísimo, y la metralla alcanzó al doctor de plano. No tardó en acudir la hija, y quedó consternada.

-Padre... pero... ¿Qué ha ocurrido?

Después de un rato, cuando el humo lo permitió, se acercó a la mesa, que había quedado destrozada. Vio a su padre en el suelo, y distinguió a su lado un papel chamuscado.

Cogió el papel en la mano, y pudo leer una nota escrita con bolígrafo rojo. Todavía incrédula, la leyó con trabajo:

-Lo siento, doctor -decía. -Usted me salvó la vida, pero yo nunca podré perdonarlo...

ACCIDENTE

Era un día lluvioso de noviembre, y los vecinos más tardíos del pueblo estaban terminando de almorzar. El pueblecito estaba situado en la sierra, y las casas parecían derramadas sobre la ladera. Era zona de frutales, y los árboles ya habían adquirido una tonalidad rojiza. Tan sólo un pinarcillo destacaba con su verde húmedo e intenso.

Un pastor estaba guardando un rebaño de cabras alejado del pueblo, y no lejos del pinar. Era un chico de dieciséis años, y llevaba puesta una boina, y una zamarra verde, que parecía más oscura por haberse mojado. Un perro amarillento lo seguía de cerca, olisqueando el camino.

De pronto el chico permaneció quieto, y elevó la mirada hacia el cielo, en el que apareció la silueta de una avioneta de tamaño mediano, que viniendo del valle se dirigía hacia las montañas cercanas. El perro comenzó a ladrar.

Algo no debía marchar bien, pues la silueta, que iba agrandándose por momentos, parecía perder altitud. El muchacho siguió caminando, llamó al perro y sacó un bocadillo de una mochila que llevaba a la espalda. El ruido del avión era cada vez más fuerte, hasta que de pronto se oyó un gran estruendo: se había estrellado en un lugar cercano al pinarillo.

El primero en acudir fue el pastor. que estaba espantado. El aparato se había partido en dos y, al parecer. el piloto había salido despedido, cayendo de bruces contra el suelo fangoso.

-Ha tenido que matarse -se dijo en voz alta el muchacho. En efecto, cuando se acercó pudo ver la enorme herida en la cabeza del hombre, y no necesitó ni siquiera inclinarse para estar seguro de que estaba muerto.

Sin saber qué hacer, reunió a las cabras ayudado por el perro, y se dirigió rápidamente al pueblo.

No había avanzado mucho cuando vio a varias personas por la carretera, procedentes del lugar. No tardaron en llegar varios hombres, que habían oído la explosión, y también se acercaron al avión siniestrado. Pudieron observar que la cabina del piloto y toda la parte delantera estaban de un lado, mientras que las alas y la cola aparecían en otro. El pastor estuvo mirando, pero no halló a nadie más que acompañara al piloto. Todo el correo había quedado esparcido en una zona fangosa, y algunos paquetes se habían reventado por causa del impacto.

En cuanto oyó la explosión desde el pueblo, enseguida el alcalde estuvo haciendo varias llamadas desde el teléfono del ayuntamiento, y así dio parte a los bomberos y a la policía.

-Vengan enseguida -dijo, muy alterado. -Una avioneta acaba de estrellarse aquí cerca.

Salieron juntos el alcalde y el médico, seguidos de un grupo de chiquillos, y pronto muchos curiosos estaban merodeando por allí. Incluso, unos gitanos trashumantes que pasaban se sumaron al espectáculo. El médico no tuvo necesidad de hacer muchas averiguaciones. Se pasó la mano por los cabellos canosos.

-Vaya, pobre piloto -exclamó.

El alcalde afirmó con un gesto. Era un hombre de estatura mediana, moreno, y su piel mostraba el bronceado del pasado verano.

-Ya he llamado a las autoridades para comunicarles lo ocurrido -dijo. El médico asintió.

-No he querido tocar el cadáver, ya que son el forense y el juez quienes pueden hacerlo.

Entre los paquetes esparcidos podía verse algo del contenido de los que habían reventado, pero nadie pareció interesarse por ellos, y poco a poco fueron todos abandonando el lugar.

Por fin llegaron los bomberos y la policía, que estuvo reconociendo el lugar, y a continuación acordonó una extensa zona alrededor de la avioneta.

-Tenemos instrucciones de que nadie se acerque -dijo el inspector, y el alcalde movió la cabeza.

-A buenas horas -comentó, mordaz. -Todo el pueblo ha pasado ya por aquí.

-Bueno, de todas formas. Al parecer, una compañía de seguros está interesada en comprobar los restos del correo.

-¿Una compañía de seguros?

-Sí, ha habido una llamada diciendo que no se acerque nadie, que el personal viene para acá, y hasta su director con ellos. -El alcalde frunció el ceño.

-Vaya, estos de los seguros no pierden el tiempo.

Dio un vistazo alrededor, sobre los paquetes y le pareció advertir que entre ellos había numerosas piedrecillas.

Cuando se detuvo el automóvil de la compañía, cinco hombres salieron y cruzaron la línea acotada. Pronto, todos se estaban agachando para recoger algo del suelo y guardándolo en bolsas.

El alcalde los miraba, y al cabo se encogió de hombros.

-No me lo explico- comentó. -Todo el mundo ha estado aquí, y a nadie se le ha ocurrido agacharse para coger nada.

Tardaron un buen rato, hasta que el director les hizo seña a dos de ellos.

-Ustedes vengan conmigo, que sus compañeros seguirán recogiendo.

Antes de volver al automóvil se acercó al alcalde, que sonreía.

-¿Se han cansado ya de rebuscar piedrecitas? -preguntó éste, mordaz. -El otro lo miró de frente.

-¿Estas piedrecillas le parecen piedras corrientes?

-¿Pues qué, si no? -El hombre habló despacio.

-Son diamantes en bruto -dijo.-Era una partida que viajaba camino de Holanda, donde se dedican a tallarlos.

El alcalde lo miraba atónito, y él prosiguió:

-Su aspecto vulgar hace que se confundan con piedras corrientes, pero valen una fortuna -terminó diciendo. -El otro tardó en reaccionar.

-Es increíble dijo, pensativo. ¿Es posible? -El director afirmó con un gesto.

-Los más gruesos pueden valer millones -contestó, dirigiéndose al coche, y el otro movió la cabeza.

Menos mal que nadie se lo ha imaginado, porque algunos del pueblo hubieran hecho su agosto...

IGUAZÚ

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan optimista. Había un extraño brillo en sus ojos grises, tan claros que contrastaban con el intenso bronceado de su piel.

En aquella ocasión llevaba puestos pantalones tejanos, una camisa deportiva de color azul pálido, y una chaqueta de pana azul oscuro de aspecto barato.Él era muy joven y la mujer que lo acompañaba parecía mucho mayor. Era una rubia de cara larga y labios gruesos, con el pelo corto. Llevaba una blusa blanca de encaje, y unos pantalones brillantes, de color rojo oscuro.

Se habían casado hacía un mes, después de un corto noviazgo un tanto conflictivo, y ni siquiera discutieron el lugar donde acudirían en el viaje de novios.

-No hay como las cataratas de Iguazú -dijo él, y ella preguntó:

-Y, ¿dónde está eso?

-Pues mira, quedan entre Brasil, Argentina y Paraguay. Son fantásticas.

-A mi vuelta, podré presumir de lo lindo-se dijo ella, alborozada. Al principio se sentía un tanto cohibida, pero ahora había tomado confianza. Poco a poco, se había entregado más y más a él. Y, la verdad, no le resultó difícil.

Pasaron unos días viajando, y por fin llegaron a Iguazú.

Ella estaba radiante.

-Todo lo que se diga es poco -afirmó, agradecida. -Después de todo, tengo que agradecértelo a ti. -Él sonrió.

-Es la segunda vez que las visito, pero ahora estoy mejor acompañado -le dijo, besándola en una mejilla.

Lo que no dijo fue que en el mismo lugar había estado antes con su primera mujer, de la que luego se había divorciado.

-Lo siento -le había dicho ella, pero no te aguanto. -Crees que te lo mereces todo, y no eres más que un muerto de hambre.

Él sintió crecer en su pecho una llama de odio, pero ahora se desquitaría. No podía fallar. Miró alrededor de la lancha en donde navegaban, allí donde caía la cascada como una inmensa cortina de plata.

-¿Eres feliz? -le preguntó, y ella lo besó en los labios.

-Claro, me haces completamente feliz -afirmó.

Después de un rato, el hombre estaba tenso. Tenía que deshacerse de ella, lo había planeado todo con precisión, pero no veía el momento adecuado, porque otra lancha los precedía. La otra embarcación giró por fin, puso rumbo contrario y desapareció de su vista.

Fue un simple movimiento. Ambos estaban de pie, y apenas tuvo que empujarla, porque la mujer perdió el equilibrio y cayó al agua con un gran

chapoteo. Aguardó unos momentos, mientras la gran corriente del río la engullía, y se sintió aliviado.

Suspiró y alzó la cabeza, y entonces la sangre se retiró de sus venas. Arriba había una pareja de muchachos, y en sus rostros se reflejaba el horror por lo que habían contemplado.

Salieron corriendo, y enseguida dieron parte de lo ocurrido.

-El hombre la empujó hacia el río, estoy seguro. Lo vi con claridad, porque estaba justo debajo del lugar donde estábamos asomados nosotros. -Su compañero asintió.

-No ha sido un accidente, porque no hizo lo más mínimo para rescatarla del agua. Lo puedo asegurar, porque lo he visto con todo detalle.

Abajo, en el río, el hombre trataba de escapar en la lancha, pero ya en la orilla lo estaban aguardando un grupo de personas.

Un pájaro chilló, y le pareció oír la risa de su esposa. Luego otro ave pareció contestarle, al otro lado de la inmensa cortina de plata.

LA AGUJA

-No me gustan los cotilleos de mujeres -dijo él. Se puso en pie, empujando su silla tan bruscamente que casi la tira al suelo. Era podólogo, y se disponía a salir hacia la consulta. Acababan de desayunar, y ella término de quitar las tazas del desayuno.

-También vosotros murmuráis -afirmó, convencida. Ella era una mujer delgada. Su frente y su nariz se pelaban, a causa de una recientes quemaduras del sol. Llevaba puestos pantalones tejanos, una camisa deportiva de color azul pálido, y una chaqueta de pana azul oscuro de aspecto barato. El marido sonrió.

-No es lo mismo. -dijo. Ella se quedó indecisa.

-A propósito, me han dicho que ha muerto aquella señora mayor que venía a hacerse los pies. ¿Recuerdas? Aquélla regordeta que venía con su nuera. -Él asintió.

-Ya lo sabía. Lo han dicho ayer tarde en el café. -Cogió un sombrero de la percha y se lo encajó. Ella lo miró fijamente.

-¿No te parece raro? -dijo, moviendo la cabeza.

-¿Por qué me va a parecer raro? Era una anciana, y todos tenemos que morirnos... -Ella lo interrumpió.

-Yo la vi muy bien la semana pasada -dijo, chasqueando la lengua, y él se mostró sorprendido.

-Puede que no estuviera tan bien -contestó, disponiéndose a salir. Ella le cerró el paso.

-Te digo que ella gozaba de buena salud. Tenía buena cara, y no se quejaba de nada.

-Vamos, déjame salir o llegaré tarde a mi trabajo. -La mujer insistió tercamente.

-¿Quién la heredará? -preguntó despacio, y él se volvió un momento a mirarla.

-La nuera, por supuesto. O al menos, eso creo. Es la única familia que tiene... -Su esposa se apartó por fin.

-Ah, vaya.

-¿Por qué dices, “ah, vaya”? -le preguntó él, y ella tardó en contestar.

-¿Es que no puedo decir “ah, vaya”?

-Bueno, mujer, no te enfades -le dijo él, besándola en la mejilla, pero ella prosiguió:

-Yo le haría la... ¿Cómo se llama? El hombre rio abiertamente.

-¿La autopsia? Pero qué cosas dices. -La mujer afirmó con viveza:

-Sí, le haría la autopsia. También es posible que no ha muerto de muerte natural.

Él consiguió salir por fin, y ella estuvo toda la mañana haciendo las labores de la casa.

A eso de la una entró en la cocina y estuvo limpiando pescado menudo. También cortó en trozos unas verduras, preparó la cazuela para hacer un pisto y estuvo friendo los boquerones en racimos. Eran las dos y media cuando la puerta se abrió y entró el marido. Parecía muy alterado, y ella lo miró con los ojos muy abiertos.

-¿Qué pasa? -le dijo, y él movió la cabeza.

-No puedes imaginártelo. Me ha dicho un vecino suyo que le han hecho la autopsia.

-¡Vaya, no me digas! -exclamó la mujer. -¿Y eso cómo?

-Al parecer, el médico sospechó algo y creyó que tenían que hacerla...

Ella parecía satisfecha, por el hecho de que hubiera sido cierto su comentario.

¿Y qué ha resultado? -El hombre se había quitado el sombrero y lo puso en el perchero.

-Al parecer, tenía perforado el estómago.

-¿Y eso?

-Le habían atravesado el estómago con una aguja de hacer punto.

-¿Una aguja de hacer punto? -dijo ella, asombrada.

Al parecer, la policía entró en el dormitorio, y encontró una bolsa con ovillos de lana y un jersey a medio hacer.

-¿Y qué?

-Pues... que una de las agujas tenía todavía restos de sangre seca. ¿Te lo puedes creer? Así que han detenido a la nuera, acusándola de haberla asesinado.

-Vaya...- musitó la mujer, secándose las manos en un paño. No me dirás ahora que lo mío eran murmuraciones... -El marido sonrió.

-Pues sí, a veces las murmuraciones resultan acertadas -tuvo que admitir.

LA BODA

Era el día de la boda, que sería a las doce. La iglesia estaba muy adornada, con ramos de flores blancas y una gran cantidad de luces encendidas.

-Es el hombre más guapo que he conocido nunca -les había dicho ella a sus amigas el día que lo vio por primera vez.

Y la verdad es que lo era. Alto y fornido, tenía grandes ojos oscuros y un hermoso cabello castaño.

-Has tenido mucha suerte con él -le decían las amigas.- Y es tan agradable...

Ella también había sido muy guapa, tenía fama de ello. Era esbelta, de cabello rubio y ojos azules, y vestía muy bien.

-Hacéis una pareja estupenda -les decían todos.

Estuvieron saliendo unos meses. Luego habían intimado, de tal forma que acabaron prometiéndose. Parecían ambos muy enamorados.

-Su único defecto es el de ser un poco distraído -comentaba ella. -Pero es muy eficiente, él se está encargando de todo.

En efecto, habían hablado del tema y ambos estaban de acuerdo en todo.

-Estoy a punto de recibir una herencia -le había dicho él- Por eso, si no te importa, puedes adelantar el dinero, que en cuanto pueda te lo devolveré.

-Está bien, tú dirás cuánto necesitamos.

La verdad es que a ella no le importaba demasiado, porque era una mujer rica, ya que su primer marido lo había sido. Su prometido actual no quería vivir en el pueblo, y para ello había comprado un piso en la capital.

-Prefiero que no lo veas todavía, está pendiente de algunas reformas -objetó él. -Sé que va a ser de tu agrado, ya lo verás, te he preparado una sorpresa.

Por fin fijaron la fecha de la boda. Según dijo él, las obras en el piso iban muy adelantadas.

-Estoy deseando de verlo -dijo ella, mirándolo a los ojos. -Me tienes en ascuas.

Él mismo había querido organizar la ceremonia, y tenía interés en contratar a la mejor orquesta. Había hablado con un hotel para la celebración y, en fin, parecía muy seguro de los resultados.

Llegó el día de la boda. No eran las doce todavía, y ya había acudido la novia del brazo de su hermano, y con dos pequeñas sobrinas que le llevaban la cola. Como era pronto, no les extrañó no encontrarlo a él todavía. Pero eran las doce y el novio no se había presentado. Los invitados empezaban a alarmarse, y más lo estaba el hermano de la novia, que era el padrino.

-Es verdaderamente distraído -había dicho ella. -Pero no creí que lo fuera tanto...

Un reloj de pared había dado las doce campanadas, implacable, luego las doce y media, y los invitados se mostraban ya casi indignados.

Esto es imperdonable -había dicho después el padrino, -Por cierto, ¿dices que teníais un piso? -Ella asintió.

-Sí que lo tenemos, aunque todavía no lo he visto...

-Veremos qué explicación nos da. Pienso que debemos irnos, no podemos esperar más.

Pero el día estaba pasando y él no apareció, y lo mismo ocurrió al día siguiente. Preguntaron en varios restaurantes, y en ninguno sabían nada de la boda. También se pusieron en contacto con la policía, y lo mismo hicieron en el hospital del pueblo. Pero nadie sabía nada de él, de forma que el padrino empezó a sospechar. De pronto, una idea lo hizo palidecer:

-¡El piso! ¿Tienes la escritura? -le preguntó a su hermana, y ella denegó, muy confusa:

-No, todavía no... Al parecer, faltaba algo en el notario... Quedó en darme una copia dentro de unos días. -Los ojos de él mostraban una gran sorpresa.

-Pero, ¿es posible? ¿Y has adelantado el dinero? No puedo creerlo.

Ella bajó la mirada.

-Sí, así es... -Él soltó una carcajada agria.

-¡No me digas! Pues ¿sabes lo que te digo, hermanita? Que puedes ir despidiéndote del novio, del piso... y lo mismo de tu dinero.

EL GORILA

Eran las nueve de la mañana cuando la asistenta llegó a la peluquería unisex. Era una mujer de unos treinta años muy morena, con el pelo negro y rizado. Llevaba en la mano un delantal, y un pequeño bolso negro bastante desgastado.

La peluquería hacía esquina, y en su puerta había un cartel con el horario: “Días laborables de diez de la mañana a siete y media de la tarde”. Y aunque la puerta estuviera cerrada, ella sabía que el amo estaría dentro ya que, o había llegado temprano, o había dormido allí. Según decía, su esposa se quejaba de que él la desvelaba, porque no paraba quieto en la cama.

De todas formas había sacado la llave del bolso y abrió. Lo hacía así a diario, porque en ocasiones el peluquero se hallaba en el cuarto de aseo, algunas veces afeitándose. Efectivamente, la peluquería estaba vacía, y vio que, como solía ocurrir, había algunos cabellos por el suelo esperando a que ella los barriera, y en una silla un montón de toallas usadas de color azul oscuro... Había cuatro sillones giratorios tapizados en gris, y a juego con ellos media docena de sillas. Las paredes estaban en gran parte cubiertas de espejos, y ella tenía a gala que estuvieran siempre bien limpios.

Iba a haber cogido las toallas para llevarlas al aseo y cambiarlas por otras limpias, pero lo pensó mejor y no lo hizo, pensando que estaría ocupado por el dueño. Pero tampoco allí había nadie, y ella se extrañó. No obstante, se imaginó que éste se había sentado en la trastienda a leer el periódico, y allí se dirigió.

De momento, lo único que llamó su atención fue que la habitación estaba revuelta, pero tampoco vio a nadie. Tuvo que entrar bien dentro para percatarse con asombro de que el jefe estaba tumbado en el suelo boca abajo, al parecer sin conocimiento, junto a una cama plegable que tenía las sábanas revueltas. El hombre era menudo, vestía unos pantalones grises, y no se había puesto todavía la bata blanca de trabajo. Vio que había un gran charco de sangre en el suelo, y se dio cuenta de que no lejos había una mesa caída, junto con varios tarros de productos que normalmente estaban sobre ella.

La mujer se inclinó, alarmada, pensando que seguramente estaba muerto. Lo tocó en el cuello y, efecto, notó que no latía. Al mismo tiempo alzó la mirada, y vio que una pequeña caja de caudales que había al fondo de la habitación estaba abierta. Normalmente no estaba al descubierto, porque la ocultaba un cuadro de mayor tamaño, pero ahora la pintura se hallaba en el suelo, apoyada en la pared.

Pensó en llamar por teléfono a la esposa del dueño, pero luego dudó si aquello sería lo más adecuado, y por fin decidió que lo más razonable era avisar a la policía.

-Sí, en la peluquería que hace esquina en la plaza -dijo muy nerviosa. -Por favor, vengan cuanto antes, hay un hombre muerto, Le han debido dar un buen golpe, porque ha sangrado mucho.

En efecto, la policía acudió enseguida, y acto seguido llegaron el juez y el forense.

-¿Qué ha ocurrido aquí?

Ella les estuvo explicando con voz temblorosa todo lo que sabía. En efecto, el médico pudo comprobar que el hombre no vivía.

-Hagan lo que tengan que hacer -les dijo a los otros.

Había tres policías, uno de ellos de uniforme y estuvieron haciendo fotografías, y llevando a cabo un reconocimiento exhaustivo del local, así como del baño y la trastienda. En ésta, además de la mesa volcada no había un solo mueble en su sitio, lo que parecía indicar que la víctima había ofrecido una fuerte resistencia.

En ese momento llegó una ambulancia. Salieron de ella dos enfermeros con una camilla, entraron en la peluquería y entre los dos recogieron el cadáver.

-¿Quién tiene llave del local? -preguntó el inspector, y ella contestó enseguida:

-La tenemos el señor y yo. Él es el primero que suele llegar por la mañana, y a veces se queda aquí a dormir, Luego llego yo, y abrimos a los ayudantes antes de que empiece a entrar el público.

El inspector movió la cabeza.

-¿Cuántos ayudantes hay?

-Pues mire... son tres. Llevan aquí tiempo trabajando, antes de que yo llegara de asistenta.

-Entonces, él mismo tiene que haberle franqueado la entrada al ladrón.

-¿Cómo podremos localizar a los ayudantes? -preguntó el policía más alto, y ella contestó:

-No hace falta, estarán al caer.

Llegó primero un hombre de estatura media, con cabello abundante y vestido con un traje marrón un poco tazado. Se movía nerviosamente, y los policías le hicieron pasar a la trastienda y estuvieron hablando con él un buen rato. Él se mostró muy afectado y habló de su amistad con el dueño.

-Lo conozco desde que éramos jóvenes, cuando abrimos la peluquería. Es increíble que esto haya podido suceder...

A continuación llegó el segundo, más joven y con un aire un tanto afeminado. Llevaba puestos un pantalón muy ajustado, azul eléctrico, y una camiseta deportiva. Era rubio y bien parecido, y el inspector se fijó en sus cuidadas manos. Llevaba la muñeca derecha vendada. Cuando le dijeron lo que había pasado se puso a temblar, y faltó poco para que se desmayara.

-¿Qué le ha pasado en esa muñeca? -Él se puso muy colorado.

-Yo... no es nada, una torcedura.

-¿Y eso?

Él hizo un gesto ambiguo.

Ha sido jugando al tenis, ¿sabe usted? Es de ayer por la tarde...

Cuando llegó el tercer ayudante eran ya las diez. Era un hombre rudo, de grandes manos. Le interrogaron igual que a los otros, y él juró y perjuró.

-¿Qué... qué es esto? Pero bueno, no pensarán que yo lo he matado...

El policía se le quedó mirando. Tenía el cuello ancho, y sus puños parecían los de un peso pesado. Un golpe de aquel hombre tenía que dejar a su rival fuera de combate. El inspector se quedó pensativo. Se dirigió a los dos primeros.

-Ustedes me van a acompañar a la comisaría -ordenó, volviéndose. -Usted puede marcharse.

El hombre rubio lo miró.

-¿Qué ocurre? ¿Va a dejar suelto a ese orangután? -El comisario estaba pensativo.

-A usted eso no le incumbe, amigo.

-Pero, ¿Cómo puede ser? -siguió el otro, muy colorado. -Todo esto es absurdo.

Los dos policías de paisano se acercaron, y pusieron a los dos primeros las esposas, a pesar de sus protestas. La asistenta también parecía asombrada.

-Señores, yo tampoco lo entiendo. ¿Piensan que ellos son los ladrones?

Los cinco hombres fueron hacia la puerta. Fuera, se había unido otro coche de la policía. Salieron varios hacia la comisaría, pero el inspector volvió sobre sus pasos. La mujer lo abordó.

-De verdad, que no entiendo nada. El policía le habló en voz baja.

-No son dos los ladrones y asesinos, tiene que ser uno de ellos. Pero eso lo veremos.

¡Uno de ellos? ¿Y se los llevan a los dos?

-Cualquiera de los dos puede haberlo hecho, pero no los dos juntos.-Ella seguía sin comprender.

-¿Y eso?... ¿No puede ser el otro? -El policía sonrió.

-Señora, tenemos muchas horas de vuelo y no se nos puede engañar. Me he dado cuenta de que su jefe era menudo. Hay demasiadas evidencias de pelea, y con uno tan superior en fuerza no había señales tan claras de haberse mantenido una lucha. -Ella lo miró con la boca abierta.

-Ah... ya, si usted lo dice... -Él le hizo un gesto con la mano.

-Adiós, y no se ausente, por si necesitamos localizarla, ¿Entiende?

-Sí señor, entendido...

LA MANTA

El hombre apareció muerto en su cama. Era un anciano de noventa y dos años, y vivía solo con una mujer que lo había servido durante mucho tiempo. Tenía la criada sesenta, y alguien en el inmueble sospechaba que él la había nombrado heredera. Fue ella quien avisó a los vecinos, y tan alterada estaba que tuvieron que obligarla a sentarse. Le dieron un vaso de agua y pareció calmarse.

-Padecía una bronquitis crónica -explicó, entre hipos. -Debe haberle fallado el corazón -comentó tristemente, moviendo la cabeza a ambos lados.

Los vecinos pudieron comprobar que estaba muerto, y avisaron al médico de cabecera, que se presentó allí al cuarto de hora. Era un hombre delgado y canoso, y llevaba un traje muy usado y una corbata negra, como si estuviera de luto. Los vecinos lo rodearon.

-Sí, está muerto -corroboró él, después de haberle tomado el pulso.

Era un día seco, pero muy frío. El hombre gastaba sábanas de hilo, y su colcha era blanca con rayas azules.

-¿Tienen calefacción?- preguntó el médico, y la mujer asintió.

-Sí que la tenemos, claro.

El médico se mordió los labios, pensativo.

-No es raro, pues fuera está helando...

Comprobó que no había en la cama más que una colcha ligera, encima de las sábanas, y le pareció que éstas estaban algo húmedas...

-¿Cómo lo tiene tan desabrigado? -preguntó, y ella contestó enseguida.

-Le acabo de quitar la manta, pero la ha tenido puesta toda la noche. -El doctor la miró fijamente.

-¿Y eso?

Ella había salido y trajo otra manta más gruesa que le echó al muerto por encima. El médico sonrió entre dientes.

-Me parece que ya da lo mismo -dijo. Ella se dirigió a la cocina.

-¿Quiere tomar un café?, le preguntó -Acabo de hacerlo, y está caliente todavía.

Se lo agradezco mucho -dijo él. -Estoy muy destemplado.

Mientras la mujer le servía el café, él estuvo dando un vistazo por la cocina, que estaba limpia y ordenada. Se acercó a la ventana, y se quedó mirando el tendedero.

-¿Y esa manta? -Ella se sobresaltó.

Ah, esa...

-¿Esa no se la ha puesto? -preguntó. -Parece una manta muy buena.

Ella se asomó también, y habló nerviosamente.

-Pues es verdad, no se me había ocurrido...

Él se mantuvo en silencio unos segundos. Luego pareció interesarse, abrió la ventana y tiró de la garrucha. Cuando alcanzó la manta notó que estaba húmeda y le extrañó, porque no había llovido.

-Pero ésta no es una manta corriente -indicó, tirando de ella. ¿No es una manta eléctrica?

-Sí claro...

-Y, ¿por qué ésta humedad? -Ella pegó un respingo.

-Ah, pues no lo sé...

El médico se quedó pensativo, y luego habló con voz grave.

-Hay algo que no comprendo, todo esto me parece muy raro.

-Muy raro, ¿por qué?

Él estaba muy serio, y habló muy despacio...

-Me parecía extraño, pero voy comprendiendo el por qué.

¿Cómo dice?

-¿No será que usted humedeció la manta eléctrica cuando estaba puesta en la cama? -Ella se había puesto pálida.

-Pero, ¿qué está diciendo?

-Vamos no lo niegue. Ya se sabe que una manta eléctrica no se puede mojar, porque transmitiría la electricidad y podría resultar mortal...

Se detuvo un momento, y su voz cambió de tono.

-Usted la ha humedecido, y este hombre ha tenido que morir en el acto.

-Ella abrió mucho los ojos. Su rostro, antes pálido, se había ruborizado.

Yo no...

-Haga el favor, no intente engañarme. Por la causa que sea, usted ha querido acabar con su vida. Habrá que hacer la autopsia, y el forense demostrará que digo la verdad.

-Pero su corazón estaba débil... -Él se irguió, al tiempo que cogía el maletín que había dejado a los pies de la cama...

-Él no ha muerto de su enfermedad, sino electrocutado -afirmó, tajante. -Ha sido la corriente eléctrica la que lo ha matado, haciendo que se le parara el corazón.

LOS DIAMANTES

Se estaban produciendo robos de piedras preciosas en la sala de subastas, y los empleados eran registrados a la salida, incluso sus bocas. Pero nunca pudieron dar con ellas.

-Es increíble -dijo el director. -Y ya van varias veces, nos las roban en nuestras narices.

-Sí que es raro -contestó su ayudante.

-Pues sí que lo es -dijo un hombre bajito y delgado. Era un empleado antiguo, muy apreciado por sus superiores, y estaba fuera de toda sospecha.

-Hay que mantener la vigilancia, no hay duda -añadió, moviendo la cabeza, y siguió fumando parsimoniosamente en su pipa.

-Esto no puede seguir así -asintió el director lanzando una mirada al vigilante, que estaba nervioso.

-Desde luego, señor.

Aquel día había terminado la subasta de piedras preciosas, y aún no se habían revisado los lotes.

Se habían reunido todos a la salida, y antes de que salieran el vigilante los acompañaba.

Era un hombre alto y fuerte, con gafas doradas, y andaba a grandes pasos. En su camino empujó al empleado, haciendo que en el encontronazo su pipa cayese.

-Perdón -dijo.

El empleado se agachó a recogerla, pero el movimiento del vigilante había sido más rápido. El hombre la agarró en su mano, sin soltarla, y vio que en su palma brillaban varios diamantes.

Todos parecían atónitos, y el guarda lanzó una risita sardónica.

-Mira que me lo imaginaba... -El director lo miró.

-¿Qué ocurre con la pipa? -Él movió la cabeza.

-Ha sido una corazonada -asintió. -Esto me daba mala espina.

Él fumador mostraba una gran alarma en su rostro.

-Yo... -empezó a decir, ante el asombro de todos los presentes.

El vigilante se volvió, mostrando la mano.

-Muy inteligente -rio. -Usted usa dos pipas. Una la usa sólo a la salida, y en ella se lleva las piedras... Le he visto cambiarla, y eso me ha hecho sospechar.

Todos lo miraban, entre aliviados y asombrados, y él añadió:

-Sólo faltaba que en una de éstas se hubiera fumado las piedras...

LA GALLINA

El pueblo estaba solitario, ya que era la hora de la siesta cuando un hombre llamó a la puerta de una de las casas. Era alto y desgarbado, con una frente amplia, y llevaba una gallina en la mano.

A poco se le unió un muchacho de unos veinte años, con el cabello escaso y claro. Sus facciones no eran correctas, pero tenían un cierto encanto.

Aunque parecían adormecidas, también se oía cloquear a otras en los corrales del pueblo. Las viviendas eran bajas, de un solo piso, y un sol de castigo abrasaba los campos cercanos. Las gentes estaban descansando, y tan sólo se oía a algún perro ladrar, el zumbido de los moscones y el chirriar de las chicharras.

Al cabo de unos minutos, una señora abrió la puerta. Era una mujer madura y llevaba un vestido sencillo, de color terroso, con unos botones cilíndricos negros y brillantes. Tenía los ojos pequeños, y una nariz de caballete. Debido al mucho calor, invitó a los recién llegados a pasar al corral cubierto que había dentro de la casa.

-Yo quería venderle esta gallina -dijo el tipo, mostrándola. -Es de una buena raza, y pone muchos huevos. -La mujer lo miró con interés.

-¿Es eso cierto? -dijo con el ceño fruncido. -No me vendría mal...

Con el sonido de la conversación, algunas gallinas se habían alborotado, y salieron corriendo por la puerta abierta. Al mismo tiempo él soltó la que llevaba, que se unió a la algarabía de todas las demás. La mujer, alarmada, pegó un brinco y las siguió hasta la calle tratando de alcanzarlas, precediendo al más alto, que la seguía a dos pasos.

De pronto el hombre se agachó, y tomó en las manos a la suya. Tal fue el barullo que se había organizado, que acudieron a ayudar a su amiga varias vecinas, seguidas por un guardia. Entre todos lograron reducir a las rebeldes, con no poco esfuerzo.

Cuando volvieron a la casa la puerta seguía abierta. Entró al vestíbulo la dueña de la casa, pero el muchacho había desaparecido. La mujer estaba atónita, mirando alrededor.

-¡Me han robado! -chilló. Había un bolso encima de esa silla, estoy segura de que lo dejé ahí. -le dijo a una joven que apareció con cara de sueño. La muchacha bostezó con fuerza. Estaba sin maquillar y con los cabellos revueltos.

-¿Estás segura? -preguntó, incrédula. La otra la miró enfadada.

-¡Claro que estoy segura!-insistió. Detrás de la chica había aparecido una niña delgada, con unas grandes ojeras y una sonrisa triste.

-¿Qué pasa, mamá?

El hombre alto trató de escabullirse, y el guardia le cortó el paso poniéndole la mano en el hombro...

-Éste quiere robarle una gallina -le dijo a la mujer. Él protestó airadamente.

-Esta gallina es mía- afirmó. -Tiene rota una pata, ¿lo ven?

-¡Cómo que es suya! Suéltela ahora mismo. -Ella negó con la cabeza.

-Esa es suya -indicó. -Quería vendérmela. -El guarda parecía confuso.

-Dispense, -dijo, avergonzado.

-Es el otro, que ha aprovechado la ocasión para robarme el bolso -afirmó ella, y el hombre se encogió de hombros.

-Yo no sé nada -rio. -No conocía al otro tipo, llegamos juntos por casualidad...

EL AMIGO

El hombre había aparecido maniatado en la azotea común de su vivienda, junto a un extenso invernadero. Era un hombre de unos sesenta años, bastante robusto y vestía un traje gris de invierno. Estaba caído de bruces sobre un suelo de losetas amarillentas, y alrededor de su cabeza se extendía una gran mancha de sangre. También la camisa y el traje estaban manchados.

El portero había subido a revisar unas macetas de dama de noche que cuidaba en el invernadero, y acababa de atravesar un pequeño pasillo que daba a la azotea, cuando distinguió al hombre. Se aproximó, alarmado, y pudo comprobar que tenía un tiro en la cabeza. No tuvo necesidad de acercarse mucho para ver que estaba muerto. Tembló, y miró con temor por encima del hombro.

Por supuesto que lo conocía, porque habitaba uno de los pisos de la casa. Contuvo la respiración, aguzando los oídos. Estuvo observando los alrededores y no vio a nadie, pero cualquiera podía haber subido antes, ya que el lugar era común a todas viviendas, y la mayoría de las veces la puerta permanecía abierta. A continuación abandonó el lugar y bajó la escalera como una flecha.

-Vaya, es tremendo, con cinco niños pequeños que tiene... -se dijo en voz alta. -Es increíble, vaya.

En efecto, aunque era un hombre de edad se había casado tarde con una mujercita menuda, y habían tenido varios hijos, todavía pequeños. Ella era delgada, desgarbada y pecosa, pero estaba muy enamorada y era una buena madre para sus hijos.

Por supuesto, al conserje le faltó tiempo para acudir a la portería y llamar a la policía por teléfono.

-Vengan por favor, han matado a un vecino en la azotea...

Escuchó un momento, y luego asintió:

-Sí, he sido yo quien lo ha encontrado, y he procurado no tocar nada. Además, he cerrado la puerta de la escalera con llave, para que nadie pueda subir antes de que vengan ustedes.

Luego colgó suavemente el teléfono. No tardaron en llegar dos hombres de uniforme que acompañaban a otro mayor, que llevaba un maletín en la mano. Vestía de oscuro y llevaba gafas con montura dorada. Se volvió a los otros, y dijo:

-Hay que avisar al juez, yo no puedo hacer nada. Además, tengo que hacer una visita en una zona alejada. Y, ¿Dicen que la familia del muerto vive en esta casa? Habría que avisarles de lo ocurrido, pero que nadie más suba aquí -indicó.

-Uno de los policías, que tomaba notas y comprobaba los datos, afirmó con la cabeza:

-Sí el portero ha dicho que se encargaba de eso -dijo con voz áspera. -No me querría ver en su lugar... -El médico suspiró.

-Desde luego que no.

En el piso segundo, el conserje estaba hablando con el cuñado de la víctima. La esposa había salido a recoger a los niños del colegio, con lo cual él se ahorró explicaciones.

-Bueno, yo me voy. Usted se encarga de decírselo a su hermana, va a ser muy duro. La policía ya ha avisado de que nadie puede subir hasta que no levanten el cadáver.

El cuñado estaba confuso, como si todavía no hubiera encajado los hechos. Habló con voz opaca:

Descuide, trataré de decírselo de la manera más suave, aunque no sé cómo lo haré... Todavía no me creo lo que ha sucedido.

-Ya, es algo increíble, también lo digo yo...

***

Todos en la casa estaban consternados. Había muchas personas en el edificio, pero nadie oyó nada. Nadie se explicaba lo ocurrido, ya que la víctima era una persona pacífica, y apreciada por todos los vecinos. Nada de aquello tenía sentido. Naturalmente, la viuda estuvo al borde de un ataque al saberlo, y fue necesaria la presencia de una psicóloga para ayudarla a sobrellevar la dolorosa experiencia. Los más pequeños, de tres y cuatro años, no eran muy conscientes de la pérdida, pero las dos niñas mayores, y el mediano, estaban completamente destrozados. Su tío los obligó a sentarse, y las niñas se echaron a llorar.

Se practicó la autopsia, como era de rigor, y no hacía falta ser muy entendido para saber que la muerte se debía a un disparo en la cabeza, casi a quemarropa.

-Ha sido bestial.

Después de la autopsia, el funeral congregó a todos los habitantes de la casa, que no dejaban de comentar con cierto miedo aquel crimen horrendo.

-No, si yo ya he dicho muchas veces, que esa puerta tenía que estar cerrada. La gente es muy descuidada, y luego ocurren estas cosas.

La viuda no asistió a las exequias. Estaba de tal modo afectada que hubo que recetarle calmantes, de modo que permanecía somnolienta, cuando no estaba dormida. La mujer de su hermano se hizo cargo de la casa, y la doncella que tenían se trasladó también, para hacer las labores, guisar y acompañar a los pequeños a la escuela.

En general, todos los vecinos se volcaron, poniéndose a disposición de la familia en todos los sentidos. En el funeral nadie habló. Había viejos, mujeres con niños y algún adolescente. El cuñado había hecho una breve visita a la funeraria, y se ocupó de todos los gastos. Alguien dijo que pasaría mucho tiempo antes de que olvidaran la tragedia ocurrida en la azotea.

El hermano había permanecido día y noche pendiente de ella, e incluso había pedido un permiso en su trabajo para acompañarla.

De todas formas, aquel hombre nunca había tenido buena suerte. El hecho de cuidar a su madre había originado la tardanza para su casamiento, así que tenía los cincuenta cumplidos cuando acompañó a su novia al altar. Sus trabajos siempre fueron precarios, y últimamente se le veía taciturno, como si algo en los negocios no le fuera bien. Ella, quizá ni lo había notado, y menos los hijos, sobre todo los más pequeños.

En medio de todo no le faltaban buenos amigos, que en ocasiones le habían aconsejado y, en ciertos casos, incluso ayudado económicamente. Entre ellos, un antiguo compañero de estudios había gozado más que nadie de su amistad. Eran amigos desde niños, tanto que algunos los consideraban hermanos.

-Yo hubiera hecho cualquier cosa por él -habían comentado ambos en alguna ocasión. Los dos conocían todos los detalles de la vida del otro, y no era extraño, porque cuando salieron del colegio se matricularon juntos en la Universidad, e incluso tenían amistades comunes.

Luego, en la vida, no ocurrió lo mismo: mientras que los asuntos del amigo iban viento en popa, la mala suerte lo acompañó a él. Aparte de haberse casado tan tarde y haber tenido tantos hijos seguidos, todo parecía salirle mal.

Afortunadamente, ahora la familia había cobrado un elevado seguro, que pareció ser su única gestión afortunada.

-Este dinero le permitirá a ella vivir sin estrecheces, y al mismo tiempo mis sobrinos podrán seguir los estudios que quieran -decía la cuñada.

El día del sepelio, el amigo de la infancia iba vestido con un excelente traje negro. Observó brevemente al niño más pequeño, y lo tomó de la mano.

-Tu papá te quería mucho, más de lo que nunca sabrás -le dijo en voz baja.

Quiso quedarse a solas con el muerto, cuando todos se fueron.

-La familia debe descansar -comentó el párroco, saliendo. -Han sufrido todos demasiado, y ahora nadie puede hacer nada. ¿Usted no se va? -preguntó sorprendido.

-Yo quisiera acompañarlo un rato más -le dijo el amigo. -Nunca me acostumbraré, lo echaré muchísimo de menos.

Tocó su piel pálida y fría, le arregló la corona de flores y permaneció de pie junto a la caja, como si rezara. Muchas cosas empezaron a dar vueltas en su mente. Notaba un extraño sentimiento de paz, y pensó que el muerto parecía sonreír.

-Nunca lo hubiera hecho, si tú no me lo hubieras rogado, y no hubieras estado en la ruina -musitó. -Y no ha sido fácil, ya lo sabes, pero esto es lo que tú querías. No creas que no me ha costado hacerlo, y sobre todo apretar el gatillo. Y no sabe tu familia el sacrificio que has hecho por ellos...

Su voz se había convertido en un débil murmullo. Sus ojos eran grandes, oscuros, transparentes, y estaban llorosos, aunque se sentía orgulloso de su comportamiento.

EL NECESER

El avión había partido de Sudáfrica en dirección a Londres. La mujer que ocupaba una silla de ruedas era de edad madura, pero llena de vida. Tenía unas facciones delicadas; su blanco cabello era muy abundante, y lo llevaba recogido en la nuca en un moño bajo. Llevaba puesto un vestido gris de lana y un collar doble de gruesas perlas, y a la cabeza anudado un pañuelo de diferentes tonos de azul. Su cuerpo era redondeado, y sus ojos azules eran hermosos todavía. Algo en ella revelaba una gran personalidad.

Ocupaba en el avión un lugar cercano a la salida, y junto a ella había una chica de expresión serena, con grandes ojos castaños. Vestía un traje de azafata impecablemente cortado, azul marino y con las insignias de la compañía de vuelo.

-Me alegra mucho que esté aquí -le dijo a la señora. -Ya estoy tan acostumbrada a verla...

-Es verdad que viajo a menudo -afirmó ella, y añadió: -A mí también me alegra verte, siempre tan alegre. No me gustan nada las caras sombrías. -Ella se echó a reír.

-Bueno, no siempre es así. Con algunas personas no me río tanto, no crea. No todos los que pasan por aquí son como usted.

La mujer se echó atrás en el asiento, y la miró.

-No me lo creo, hijita -dijo moviendo la cabeza. -Y no es que tus compañeras no me gusten -añadió. -A todas os conozco, y todas me agradan. ¿Qué sería de mí sin ustedes, volando tantas horas? En cambio, hacéis que mis viajes sean como una fiesta. -Suspiró hondamente y añadió: -Es difícil que en muchos lugares se encuentren chicas tan amables y tan bien preparadas...

-No es nada lo que hacemos -dijo la muchacha. -Es natural que ayudemos a los pasajeros, sobre todo si lo necesitan como usted.

Habían sobrevolado el canal de la Mancha y el avión iba perdiendo altura. Otra azafata de vuelo recomendó:

-Abróchense los cinturones, por favor. Vamos a tomar tierra. Y no se muevan del asiento mientras estamos en el aire.

Se oyó un murmullo general. Los viajeros obedecieron, y nadie se movió. Un muchacho delgado y alto, también de uniforme, se dirigió a la concurrencia:

-Les agradecemos que hayan viajado con nosotros -pronunció en voz alta.

La chica dio un vistazo rápido a la señora, y calculó que debía tener unos sesenta años. Le encantaba, era tan dinámica pese a su invalidez... No tenía pereza para viajar hasta Inglaterra, donde tenía a su familia.

-¿Su hijo está bien? -le preguntó, y ella asintió vivamente.

-Desde luego que sí. Ahora me pasaré unos días en su casa de Londres, con el matrimonio y los nietos.

-Estarán encantados de verla. -Ella asintió.

-No tanto como yo de verlos a ellos. De todas formas, no me gusta perturbarlos, cada uno tiene su vida y sus obligaciones.

-Así es -dijo la azafata.

Sabía que a la dama no le gustaba molestar. Por ello se hospedaba en los mejores hoteles, y cada día se trasladaba un rato para visitar a la familia. Por causa de su invalidez en todas partes, fuera donde fuera, contaba con una ayuda especial. En cuanto al aeropuerto, una de las azafatas la acompañaba siempre empujando la silla y llevando su equipaje de mano. Hoy la señora le había tendido a la chica un voluminoso maletín neceser.

-Ya he avisado para que una compañera salga a recibirla -le dijo ella amablemente, y la mujer arrugó el ceño.

-¿No vienes tú? -le preguntó, y ella denegó con un gesto.

-No, señora, hoy no puede ser. Pero descuide, la dejo en buenas manos.

-Bien, pues hasta la vista -dijo ella. -Y gracias por todo.

-No hay de qué darlas, que tenga buena estancia -le contestó la chica, alzando la voz.

El avión había aterrizado, y los viajeros comenzaron a salir. Un par de mozos se encargaron de trasladar a la señora, y en tierra aguardaría una compañera para sustituirlos. Una muchacha se había aproximado, y tomó el neceser de manos de un mozo.

-Trae, yo lo llevaré.

Era alta y esbelta, de cabellos rojizos. Sus facciones eran pequeñas y graciosas, y su cuerpo vigoroso y grácil. Llevaba una melena corta, con flequillo. Parecía muy joven, y la dama la conocía de vista, de haber coincidido con ella en otras ocasiones.

-Ah eres tú -le dijo. -Me alegro de verte.

-Yo también me alegro -dijo ella.

El mozo le había cedido el maletín pensando que la chica se haría cargo también de la silla pero, por el contrario, ella recogió el neceser, dio media vuelta y se alejó corriendo.

Fue tan rápida que nadie reaccionó, y en un momento estuvo lejos del alcance del grupo. La señora parecía atónita. Siguiendo a la muchacha con la vista, gritó:

-Pero, ¿dónde vas? ¿Qué haces con mis cosas?

En un momento, había desaparecido de su vista. Uno de los mozos se dispuso a acompañar a la dama hasta el interior del aeropuerto, pensando que allí recuperaría el maletín.

La señora se había quedado pálida y miraba nerviosamente a todos lados, sin despegar los labios. Seguramente, pensó, la azafata la esperaba dentro con sus cosas.

Pero la chica se había esfumado. No la vieron arriba, ni tampoco en la llegada de equipajes, donde el acompañante se hizo cargo de una maleta de color verde claro.

-¿Es ésta? -preguntó, y ella asintió enseguida:

-Sí, esa es.

De nuevo dio un vistazo alrededor, con el mismo resultado de antes. Él, que se había percatado de todo lo ocurrido, le aconsejó:

-¿Sabe? Yo iría a la policía a denunciar el hurto.

La señora se mordió los labios.

-Sí... sí. Eso pienso hacer, pero no ahora mismo. Ya me encargaré de eso más tarde.

Él pareció extrañado, pero siguió llevando a la señora y a su silla en dirección a la salida, donde ya un empleado del hotel estaba aguardando con una amable sonrisa.

-Venga conmigo -dijo. -Yo la llevaré.

Antes de salir a la calle aguardaron un rato, pero la chica seguía sin aparecer, y la inválida se mostraba cada vez más nerviosa.

-No puede ser, no puede ser -pronunciaba entre dientes, al tiempo que se retorcía las manos.

Al llegar a la calle les aguardaba un lujoso automóvil con chófer, y el empleado se acercó.

-Llévanos al hotel -indicó, y cargó la silla y la maleta en el coche.

La dama ocupó la parte izquierda del asiento trasero, y los dos hombres la ayudaron a acomodarse y se situaron delante. Ella estaba a punto de echarse a llorar, pero se contuvo, y sus ojos azules parpadearon.

¿Cómo le iba a explicar a la policía que transportaba lingotes de oro en un sencillo neceser? ¿Que estaba de acuerdo con las azafatas para que la ayudaran a esconderlo?

Suspiró hondamente, y se acomodó en el asiento. Era la primera vez, entre muchas, que la estratagema le fallaba. Se había quedado sin su oro, y sin posibilidad de denunciarlo.

Se imaginó a la fugitiva reuniéndose con algún compañero, y celebrándolo juntos, y aquella idea le revolvió el estómago. Al cabo de un rato llegaron al hotel, donde fue recibida por el propio director del centro. Era un hombre vestido de negro, con el cabello gris peinado hacia atrás.

-Espero que ha tenido un buen viaje, y le deseo una estancia feliz -dijo, besándole la mano.

Al día siguiente le entregaron una carta que alguien había dejado en recepción.

Abrió nerviosamente el sobre con su nombre, y leyó:

“Vaya, ya me parecía que el neceser pesaba algo más que otras veces. Puede decirse que he tenido suerte. Desearía que este contratiempo no hubiera roto nuestra antigua amistad. Pero tengo disculpa, y es que yo también tengo derecho alguna vez a darme buena vida”.

LOS BILLETES FALSOS

El encargado de los grandes almacenes estaba preocupado.Era un hombre corpulento, que en otros tiempos había sido gordo. Una pérdida brusca de peso hacía que su traje le quedara un poco ancho. Tenía un rostro curtido, una mandíbula cuadrada y los ojos azules.

Era por la mañana, y el establecimiento no estaba muy concurrido todavía. Unas vendedoras charlaban, y varios empleados se dedicaban a ordenar los estantes o a consultar los ordenadores. Todas las luces estaban encendidas, y se reflejaban en los mostradores de cristal, multiplicando los reflejos.

El encargado se mordió los labios, y fijó la mirada en uno de los dependientes, que estaba solo y aguardaba de pie, abstraído. Le hizo una seña, y él se aproximó.

-¿Qué hay? -le preguntó.

Él tenía un fajo de billetes en la mano, y se lo mostró.

-Son falsos -dijo. Y es la tercera vez que sucede. -El hombre pareció asombrarse.

-¿Cómo que falsos? ¿Qué me estás diciendo? ¿De dónde los has sacado?

Él movió la cabeza a ambos lados.

-¿De dónde quieres que sea? Los han entregado en una caja ayer por la tarde. -El otro lo miró, confuso.

-¿Y dices que no es la primera vez? No lo sabía. -El encargado asintió despacio.

-La primera no le di importancia. La segunda ya me preocupó, y ahora...

-¿Siempre ha ocurrido en la misma caja? -él negó con un gesto.

La primera fue en la sección de mobiliario. Luego en electrodomésticos, y ahora en joyería, una buena cantidad...

-Eso se evitaría si se comprobaran los billetes grandes -dijo el empleado, El otro lo miró...

-Sí, claro, pero no suele hacerse, y nunca había pasado esto.

-Lo imagino -dijo el hombre, confuso.

-Bien, nos ocuparemos del tema. Ahora hay que saber cómo ha ocurrido, si alguien sospecha algo.

Los empleados fueron interrogados uno a uno en las tres secciones, pero nadie recordaba haber notado nada extraño...

Todos coincidieron, menos una dependienta de la sección de joyería...

-No estoy segura -dijo, -pero yo he atendido ayer a una señora baja y gruesa... sí, que se llevó unos pendientes de diamantes. Tenía buen aspecto, por eso no desconfié.

Una compañera asintió vivamente.

-Sí, aquella señora que vino a media tarde...

La chica estaba nerviosa, pero el encargado la tranquilizó.

-No se preocupe -dijo. -Pero procure recordar, porque voy a notificarle lo ocurrido a la policía. -La muchacha aspiró hondo, se quedó pensativa y afirmó:

-Sí, yo creo que fue ella -indicó, más segura. Una señora baja y gruesa, muy bien vestida y peinada de peluquería... Le pregunté si quería pagar con tarjeta, pero lo hizo con dinero.

-Claro está -sonrió el encargado.

Pusieron en marcha la denuncia, y ante el asombro de todos se supo que en otras ciudades había ocurrido lo mismo. Por si fuera poco, ya habían detenido a una señora baja y gruesa, que estaba en la cárcel.

El comisario jefe se había percatado de que la reclusa no había podido llevar a cabo el último delito.

-Es imposible. Nos hemos equivocado, ella no puede ser. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Pasaron los días pero los hechos no se repitieron. Aquello sirvió para que la acusada fuera puesta en libertad, y no tardó en buscarse a un abogado que pidió una compensación por daños y perjuicios.

***

Era uno de los hoteles de más lujo en Suiza, y estaba situado al borde de un extenso lago.

Una dama salió del edificio, se acercó a la gran piscina, y desplegando una tumbona se quitó el albornoz y se quedó en un traje de baño negro y de una pieza, que sostenía sus voluminosos pechos.

La mujer se arrellanó en su asiento. Extendió las gruesas piernas y sonrió ampliamente, mirando a lo lejos, con sus brazos cruzados ante el busto. Llevaba una cinta negra de terciopelo que le sujetaba el cabello, formando delante una pequeña lazada.

Abajo, el lago parecía un espejo azul lleno de puntos brillantes. Por encimase extendía un cielo luminoso, aunque surcado por algunas nubes.

Cerró los ojos, y aguardó. Un camarero alto y rubio apareció con una bandeja en la mano, y le sirvió el refresco que ella había pedido antes en el bar.

-¿Desea algo más? -le preguntó con una inclinación, en un castellano casi sin acento. Ella abrió los ojos, deslumbrada.

-No, gracias, está bien -le dijo, y deslizó en su mano un billete.

-Puede quedarse con la vuelta -le dijo.

-Es usted muy amable -dijo el camarero.

De vuelta a la cocina, iba pensativo.

-Estas viejas ricas -musitó. -No dan ninguna importancia al dinero...

LOS LIBROS

El profesor de historia acababa de asistir a una exposición arqueológica en Egipto, y estaba viajando en avión en dirección a España. Era un hombre de unos cincuenta años, enjuto y de cabellos negros, algo cargado de espaldas, con unas gruesas gafas de montura dorada. Iba vestido de manera informal, pero con mucha corrección. Tenía una especie de tic, y de cuando en cuando se llevaba la mano derecha a las gafas.

Ocupaba uno de los asientos delanteros, junto a un matrimonio de tez morena, seguramente egipcio. Una azafata rubia y espigada se le aproximó.

-¿Desearía tomar algo? -le preguntó, y él dijo que no con la cabeza.

-No, gracias, no quiero nada por ahora.

-Está bien, si desea alguna cosa no tiene más que pedirla.

-Gracias, gracias.

Había facturado su maleta, que hubo de pasar la aduana, y llevaba a mano tan sólo una bolsa de deporte con ropa. Como el viaje no era muy largo, apenas se había movido, hasta que un muchacho de uniforme indicó a los viajeros que se abrocharan los cinturones.

-Vamos a aterrizar en Madrid.

Él obedeció la indicación, y no había pasado mucho tiempo cuando el avión tomó tierra, y todos los viajeros bajaron.

Una vez en el aeropuerto, él se dirigió a la salida de equipajes. Estuvo aguardando un buen rato hasta que vio llegar una maleta y la cogió.

-Vaya, menos mal, creí que no llegaba.

Tuvo que pasar nuevamente por la aduana, y cuando el policía abrió la maleta, se le quedó mirando.

-¿Es esto lo que lleva?

El miró distraídamente el interior, y se sorprendió al ver que en lugar de libros contenía unas bolsas de plástico llenas de un polvo blanco. Estaba asombrado.

-Pero... oiga, esta maleta no es la mía. -El otro arrugó el ceño.

-No me diga...

-Le digo que no es mi maleta -insistió él. La mía llevaba libros. -El policía se mordió los labios.

-Entonces, ¿por qué la ha cogido? Él se encogió de hombros.

-Yo qué sé, creía que era la mía, porque es idéntica.

-Qué casualidad... -Él pestañeó.

-Pues sí, mucha casualidad. Y además, ¿sabe lo que le digo? Yo soy profesor en la Universidad, y necesito esos libros. El policía movió la cabeza.

-Bueno, bueno...

Cerró la valija y llamó a un compañero:

-Lleva esto dentro -le indicó. -Allí nos veremos...

El otro asintió, la cogió del asa y se fue andando deprisa… El oficial se volvió hacia el viajero:

-Venga conmigo -indicó.

Se dirigió a una de las puertas, que estaba cerrada, la abrió y le hizo seña al hombre de que pasara.

Él no salía de su asombro.

-Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde vamos?

-Usted pase, y hablaremos.

Al fondo del pasillo había varias oficinas, y al entrar en una de ellas casi tropezaron con el compañero, que venía de soltar la maleta.

Allí los recibió un hombre grueso con bigote, que carraspeó.

-Por favor, pasen -les dijo.

El hombre dio un vistazo alrededor. Era una habitación pequeña, con un fichero y varios armarios con carpetas. La maleta estaba en un rincón.

-Yo soy el comisario -se presentó el hombre grueso. -Veamos, usted trataba de introducir esta maleta, ¿no es así?

-Pues... no...

El comisario frunció el ceño.

¿Cómo que no? ¿Es suya, o no? -él aspiró hondo.

-Eso creía yo, pero la mía tenía libros. Y los necesito urgentemente para esta tarde...

-Bueno, vamos a ver...

El hombre grueso le estuvo haciendo preguntas, y él se mantuvo en sus trece. Su mente, de ordinario analítica, estaba ahora obnubilada. Se veía a la sombra por algo que no había hecho, y se estremeció.

-Tiene usted que comprender...

-No tengo que comprender nada -dijo el otro, tajante. -Aquí no hay libros, sino marihuana, por lo que queda usted detenido. Él se llevó la mano a las gafas.

-Tengo que dar mi clase -dijo, en tono suplicante. Mis alumnos me están aguardando.

-Usted no va a dar ninguna clase porque va a ir a la cárcel desde aquí.

No valieron explicaciones. La cabeza del hombre era un torbellino.

-Pero, ¿Cuándo voy a poder ir a mi casa? Mi mujer me está aguardando. -El otro se levantó de su asiento.

-Puede llamarla por teléfono -le dijo, y él soltó una carcajada amarga.

-¿Para decirle qué? -El comisario sonrió.

-Bueno, eso es cosa suya. Siéntese ahí mientras vienen a recogerlo unos compañeros.

Él suspiró. No podía llamar a su esposa para decirle que estaba detenido, el remedio era peor. Decidió armarse de paciencia, mientras se solucionaba aquel lío. Tendría que llamar a su abogado para explicarle la situación. Todavía no se lo creía.

Varias personas entraron en el despacho, pero no para hacerse cargo de él. El comisario hablaba a ratos por teléfono. El profesor estaba adormecido, y pensó que había pasado una eternidad desde su llegada. De pronto se irguió en el asiento.

-Tengo la prueba. -dijo. -El otro lo miró, extrañado.

-¿Que prueba? Sí la tiene, demuestre que esta maleta no es la suya.

El hombre se puso en pie de un salto.

-Quiero que pesen la maleta -dijo.

-¿Para qué? ¿Qué cree que va a conseguir con eso? De hecho, ya la hemos pesado.

Al profesor le había cambiado la cara. Estaba radiante. Metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera, y de ella un papel doblado. Empezó a desdoblarlo; parecía un resguardo, y se lo tendió al comisario.

-Aquí puede ver que mi maleta llevaba exceso de peso cuando la facturé -indicó, triunfante. -Contenía, además de los libros, material de laboratorio, todo muy pesado. Compárelo con el peso de ahora.

El policía tomó la nota y la leyó con atención. Parecía asombrado.

-¡Me cree ahora? -preguntó el profesor, y luego se ajustó las gafas.

-¿Sabe? Me siento muy perjudicado. Voy a poner una denuncia, y la compañía aérea tendrá que abonarme una buena indemnización. Y ustedes me presentarán sus disculpas, espero.

ERROR JUDICIAL

-Todo tiene remedio en la vida, siempre lo digo -afirmó el abogado.

Estaba caminando junto a un sujeto de unos sesenta años, con el escaso pelo canoso, unos ojos cansados y un gesto de disgusto. El hombre se detuvo, y se volvió en redondo.

-¿Por qué dice eso? ¿Es que ha habido alguna novedad?

Ambos marchaban en dirección al despacho de abogados, por la acera de un parque, y las hojas caídas del otoño formaban en el suelo un tapiz amarillento y húmedo.

El abogado carraspeó un momento. Lo que tenía que decir era algo muy importante, y había estado preparándose desde el día anterior para una reacción violenta del cliente. En realidad no se trataba exactamente del cliente, que estaba en la cárcel, sino de su padre, un hombre tímido que trabajaba en una entidad bancaria.

El hijo había sido acusado y condenado por robo. Trabajaba en una joyería, y se había echado de menos una colección de diamantes, todavía sin montar.

Fueron interrogados los empleados, y declararon que habían abandonado la joyería a la hora de cerrar, todos menos él, que se quedó ordenando algunos estantes.

-Él se encargó aquella tarde de cerrar la reja de los escaparates, y de la entrada del local -habían afirmado.

También habían interrogado al dueño de la joyería, que parecía muy seguro.

-Al día siguiente, los diamantes que se guardaban en un cajón habían desaparecido -declaró. -Fui yo quien notó su falta a primera hora de la mañana.

El abogado defensor parecía demasiado ocupado, y en más de una ocasión había llegado tarde a los juicios. Pese a que sus honorarios eran muy elevados, el padre del sospechoso lo había contratado para defender al muchacho, habiéndose visto obligado a pedir un crédito en el banco donde trabajaba.

El sospechoso fue detenido. Las pruebas eran circunstanciales, pero la acusación había actuado de forma brillante, y el tribunal se inclinó a su favor. Todos los testigos habían coincidido, y por su parte el abogado no había actuado con contundencia, como si estuviera preocupado por algún otro caso que le hubiera interesado más.

Se cursaron las órdenes pertinentes, y el muchacho terminó en la cárcel.

El padre todavía no se había recuperado del golpe. Se consideraba una personas con poca cultura, y no entendía cómo había podido suceder aquello. En realidad, su hijo nunca había tenido problemas con la ley. Era un muchacho pacífico, y todos sus vecinos lo apreciaban.

Tuvo que comunicarle lo ocurrido con mucho tiento a su mujer. Ella estaba enferma y padecía crisis nerviosas, con lo cual la noticia hubiera podido hacerle

un daño irreparable. El hijo también era impresionable, y durante el juicio estuvo a punto de perder los estribos. Últimamente había adelgazado mucho.

Los dos hombres habían llegado al edificio de oficinas, y el abogado marcó una clave, abriéndose con un chasquido la puerta que daba a la calle. La empujó y la sostuvo, haciendo seña a su acompañante de que entrara primero. Subieron en un ascensor que se detuvo en la segunda planta, y él cruzó el descansillo y abrió la primera puerta con una llave plana. Habló en tono apagado.

-Le he citado porque tengo que hablarle... -comenzó a decir, y el otro arrugó el ceño.

-¿No pudo decírmelo cuando me llamó por teléfono? -Él denegó con un gesto.

-No, quería hablar con usted en persona.

-¿Sí? Usted dirá.

Habían entrado en una habitación amplia, que tenía las paredes cubiertas de estanterías, y en ellas libros gruesos de color claro, muy bien encuadernados, con las etiquetas en rojo.

-Siéntese, por favor. -El hombre obedeció.

-Vamos, ¿de qué se trata?

El abogado movió la cabeza y tardó en contestar. Pensaba en el chico, que llevaba ya dos años en la cárcel.

-Bueno, verá... todo ha sido un tremendo error -afirmó, bajando la mirada.

-¿Cómo dice? -Él aspiró hondo.

-Ejem... la casualidad ha hecho que se haya sabido la verdad en el asunto de aquéllos diamantes... -El hombre estaba atónito.

Pero, ¿qué me dice?

Él empezó a relatar lo ocurrido. En un registro hecho por la policía en casa de un comprador de objetos robados, había aparecido íntegra la colección de diamantes. Preguntado el hombre por la identidad del vendedor, había mencionado a una persona completamente ajena al condenado. A su vez, esta persona declaró haber recibido las piedras de un tercero, que las habría robado en la joyería. Se había buscado a aquel sujeto, pero debía haber salido del país después de vender la mercancía.

-Bajo estas circunstancias, se ha demostrado la inocencia de su hijo, así que el juez lo pondrá mañana mismo en libertad.

El hombre no sabía qué pensar. ¿Cómo había podido ocurrir algo así? Recordó que había pedido el crédito sin decírselo a su mujer, y le indignaba que los hechos se hubieran aclarado por casualidad. Sintió que una ola de indignación lo ahogaba.

-Ustedes mismos pueden ir mañana a buscarlo a la prisión -terminó el abogado bajando la mirada.

***

El matrimonio aguardaba en la sala de espera de la cárcel. Les habían indicado que se sentaran mientras avisaban al muchacho, y ambos lo hicieron en dos asientos del fondo de la sala.

Un funcionario se había aproximado a la celda del preso, y lo llamó en voz alta, pero nadie contestó. Los de las celdas vecinas escuchaban atentos, pero el silencio se alargaba. La celda estaba a oscuras, y él se dirigió a la reja y la abrió con la llave. Entró dentro, y pestañeó. Al venir de un sitio soleado no veía casi nada, pero le pareció distinguir la sombra de unas piernas, y luego un cuerpo que pendía de arriba. Se le heló la sangre en las venas.

-¡Qué es esto! -exclamó.

Conforme su vista se iba acomodando veía con más claridad, y distinguió el cuerpo del muchacho colgando de una tira de sábana, que estaba atada en una cañería del techo.

Inmediatamente fue a llamar al director de la prisión. Él acudió, acompañado del médico, y éste mandó descolgar el cuerpo. Después de reconocerlo, afirmó:

-Apenas hará dos horas que ha fallecido. Aún así, hemos acudido demasiado tarde.

Se había hecho un silencio absoluto. Nadie en toda la planta se atrevía a levantar la voz, mientras el médico decía:

-Hay que avisar enseguida al forense, y al juez que tendrá que levantar el cadáver.

El director masculló una orden, y el funcionario asintió en silencio.

-Sí, señor, yo me encargaré.

Salió de la celda y atravesó el corredor a largos pasos, desapareciendo detrás de una puerta.

Los dos hombres permanecieron quietos, sin decir nada más, y un murmullo sordo llegó desde las celdas de los presos. Todos comentaban ahora lo ocurrido, y cada cual daba su opinión. El médico se sentó en la cama revuelta, y dirigió la mirada alrededor. Había en las paredes varias fotografías, y le pareció que se trataba de actrices de cine. Pero una cosa llamó su atención: había una gran pizarra negra al fondo, y en ella una frase que el recluso había escrito con tiza. Se puso sus gafas de lejos, y pudo leer:

“No todo tiene remedio en la vida”.

LOS PÁJAROS

Era sábado, y había llovido desde por la tarde. Un grupo que celebraba una despedida de soltero había llegado al restaurante sobre las nueve de la noche, y era ya de madrugada, pero ninguno de ellos parecía tener prisa.

-Vayan pensando en terminar, si no les importa -le dijo al novio el dueño del local. Él lo miró, divertido.

-¿Tanta prisa tiene?¿Es que tiene que coger algún tren? -Él movió la cabeza.

-Mañana hay una boda, y tendremos que abrir muy temprano -contestó, disculpándose.

Habían estado bebiendo todo el tiempo, y se oían grandes risotadas entre una música que sonaba a todo volumen.

El novio estaba sentado, tenía una copa en la mano y se bebió el licor de un trago. Agregó:

-Vamos, hombre, no sea cenizo.

-El dueño sonrió débilmente, pero no dijo nada. Él se levantó y fue hacia la barra, donde pidió otra copa.

-Hay que fastidiarse -pronunció en voz baja.-Vaya un tipo raro.

Cuando por fin dejaron el local, tanto el novio como sus amigos apenas podían sostenerse en pie. El dueño casi tuvo que echar a empujones a alguno, y por fin pudo conseguir que todos se fueran. Les hizo un gesto de despedida con la mano y suspiró, aliviado. Habían salido en pequeños grupos, cada uno en una dirección, y algunos iban a buscar sus coches en un aparcamiento cercano.

Dos hombres habían partido juntos de los últimos, y se dirigieron a la parada del autobús, que ya había recobrado el horario de por la mañana.

Uno de ellos era bajito y menudo. Se dedicaba a adiestrar perros de compañía, y había sido uno de los más ruidosos. Llevaba puesto un traje gris con una camiseta verde debajo, y su voz chillona se alzaba sobre las otras en el local. Su compañero, más alto y fornido, llevaba unos pantalones vaqueros y un jersey granate de punto. Poca gente sabía a qué se dedicaba, pero el de traje gris conocía sus tejemanejes, y él era consciente de ello.

Ambos se detuvieron en la parada y se sentaron a aguardar.

-¿Vamos a alguna parte? -preguntó el de gris, con todo el aspecto de no dar por terminada la juerga. El otro se echó a reír.

-¿No te parece hora de volver a casa? -Su amigo hizo un gesto ambiguo.

-Aunque no lo creas, yo no tengo dónde ir -se lamentó. El compañero lo observó, extrañado.

-¿Qué me dices? Yeso, ¿Cómo es posible? -El resopló.

-Bueno, podría ir al local donde tengo los perros, pero no me apetece mucho, la verdad.

-Pero, ¿no puedes ir a tu casa? -Él bajó la mirada.

-Pues... verás, hay un inconveniente...

-¿Un inconveniente? -el otro lo observó con malicia. -Pues, ¿qué es lo que ocurre?

-Pues... que mi mujer está furiosa conmigo, y cualquiera la despierta a estas horas. Tú no la conoces... -El amigo se echó a reír.

-¿Tanto miedo le tienes? -Él se encogió de hombros.

-Miedo, miedo... Pues sí -confesó finalmente, y se quedó con los ojos cerrados.

-Vaya, ¿Esas tenemos? -comentó el otro, divertido. -Pues mira, si no puedes volver a tu casa, podíamos ir a la mía. Sabes que vivo solo, y nadie controla lo que hago.

-Esa suerte que tienes -dijo él.

La calle estaba mojada, y las pocas luces se reflejaban en mil puntos brillantes. Se oyó el ruido de un motor, y por fin apareció el autobús al final de la calle.

-Pues no se hable más -dijo el del jersey. -Vamos.

El autobús iba vacío, y ellos subieron, tambaleándose. El conductor les lanzó una mirada muy expresiva.

-Tengan cuidado de no caerse -les aconsejó con una risita.

Se sentaron juntos, en silencio, y dejaron pasar varias paradas hasta que el hombre alto se puso en pie y pulsó el botón. Saltaron a la acera y caminaron silenciosos un rato. El hombre menudo seguía los pasos de su compañero, que tomó una bocacalle en dirección al río.

-Es por aquí -señaló.

Siguieron andando hasta llegar a una plazoleta, y él la cruzó y se detuvo.

-Bueno, ya hemos llegado.

Estaban frente a un edificio de ladrillo, con terrazas corridas todo alrededor. Las luces de todas las ventanas estaban apagadas. Él sacó un manojo de llaves y abrió una puerta de madera clara.

-Vamos, pasa -indicó.

Ya dentro tomaron el ascensor, que se detuvo en el tercer piso. Se sacó de nuevo las llaves, abrió con cuidado la puerta de un piso y empujó.

-Pase usted delante -se inclinó, bromeando.

Entraron en un lugar oscuro y cálido El vestíbulo era reducido y tenía pocos muebles, pero conducía a una habitación mucho más grande, con una terraza que daba prácticamente sobre el río. Aquí los muebles eran más recargados, y

una gran pantalla de televisión ocupaba gran parte de la pared central. Por una puerta corredera se entraba en el pasillo, de allí a los dormitorios, un aseo y un baño, y al otro lado estaba la cocina. El ambiente estaba caldeado, y se advertía un ligero olor a tabaco.

-Bueno, habrá que acostarse -comentó el dueño de la casa. -Pero primero quiero enseñarte algo.

Fue hacia la terraza y el otro lo siguió. Fuera empezaba a amanecer, y algunos pajarillos ya lanzaban sus alegres trinos.

-Ven fuera, no te imaginas qué vistas tan bonitas tengo -afirmó, convencido.- Además, muchos pájaros vienen a posarse en las macetas. A mí me encanta oírlos.

Abrió la puerta y salió al exterior, seguido del otro. Éste observó unos momentos el paisaje y afirmó con un gesto:

-Es increíble -admitió. -Nadie lo hubiera sospechado desde el otro lado de la casa.

-Asómate, anda.

Había en los ojos del hombre un brillo especial. Apenas el más bajo había tenido tiempo de inclinarse, cuando sintió cómo una navaja se le clavaba en el costado. En un segundo, casi sin darse cuenta, se había desplomado sobre las losetas rojizas. El dueño de la casa soltó una risita chirriante.

-Esto es para que aprendas a no hacerle chantaje a un amigo -pronunció despacio.

No le costó mucho trabajo lanzarlo al río por encima de la barandilla, y el cuerpo cayó al agua con un sonido apagado y un ligero chapoteo. Las luces del amanecer se habían adueñado de la ciudad, y el río parecía una enorme serpiente brillante.

Él estuvo observando el lugar durante algún tiempo, y luego volvió al salón y cerró la puerta. Fuera, la luz había despertado a los pájaros, que rompían con sus trinos el silencio de la mañana.

EL SEGURO

Él era un hombre de negocios. Dueño de varias cafeterías, estaba siempre tan atareado que salía de su casa a media mañana y volvía tarde, algunas veces de madrugada, y eso si los asuntos no lo obligaban a abandonar durante días la ciudad.

Su mujer se había casado muy enamorada, y en un principio fueron muy felices, hasta que las obligaciones de él comenzaron a hacer mella en su relación.

-Antes no te ausentabas tanto -se lamentaba ella, y él trataba de consolarla.

-Mira, mis negocios van viento en popa, no podemos quejarnos. Estamos pasando una temporada difícil, pero te aseguro que esto no durará mucho, y volveremos a estar como antes.

La esposa había sido bailarina profesional, pero justo antes de casarse había dejado la profesión para dedicarse a él y a su hogar.

-No sé cómo ha sido capaz de dejarlo todo ahora, cuando estaba en lo más alto de su éxito -había comentado una íntima amiga, y otra le contestó, sonriendo.

-Bueno, es el amor...

-Ya, pero podía haberlo hecho compatible.

-No creas...

Para colmo de contrariedades, en un corto viaje que hicieron juntos, alguien había entrado en su casa, había forzado la caja de caudales y se había llevado todas las joyas de la actriz. El disgusto del matrimonio fue enorme. No se salvaron más que las alhajas que ella llevaba puestas.

Denunciaron el robo, y tanto la policía como la agencia de seguros procuraron por todos los medios dar con el ladrón. Pero ni había dejado huellas ni había testigos, puesto que le habían dado permiso a la doncella para estar fuera hasta que ellos volvieran.

Como todos los días, él acudió a una cafetería del centro, la más importante de las suyas. Allí, sobre la mesa de la habitación que le servía de despacho, había varios teléfonos. Uno empezó a sonar, y una mujer madura acudió deprisa a cogerlo.

-Aguarde un momento. Soy la secretaria, ahora mismo le aviso.

Fue hacia la barra, donde el dueño estaba hablando con un empleado, y les cortó la conversación.

–Lo llaman por teléfono, y parece urgente -le dijo. -Es algo del seguro. -Él hizo un gesto afirmativo.

-Ahora mismo voy.

Entró deprisa en el despacho y tomó el auricular.

-Sí, ¿dígame?

Le contestó una voz ronca:

-Le llamo por lo de las joyas de su esposa -oyó al otro lado, y asintió con un gesto.

-Ah, ya.

-¿Es cierto que han desaparecido?

-Han sido robadas -afirmó, tajante. -Ya he presentado la denuncia, y espero que ahora ustedes respondan con el seguro.

Estuvo escuchando con el ceño fruncido, mientras el otro hacía comentarios.

-Exactamente -dijo, tomando asiento en un sillón giratorio. -Eso es lo que reclamamos.

-Es una buena cantidad -oyó, y se mordió los labios.

-No es demasiado, comparado con el valor de las alhajas, y sobre todo teniendo en cuenta lo que ha supuesto su pérdida para mi mujer. El adquirirlas le había costado años de trabajo... -El otro carraspeó.

-¿Tiene las fotografías de las joyas robadas? -El aspiró hondo.

-Absolutamente todas -afirmó. -Las fotos, la denuncia y todo. -El del seguro tardó en contestar, y lo hizo despacio.

-Habrá que indagar a fondo. -Él se pasó una mano por el pelo.

-Claro, lo comprendo -afirmó. -La policía ya está en ello.

***

Un par de semanas después había llamado a su casa y su esposa contestó al teléfono.

-Mira, querida -comenzó. -Me ha surgido algo muy importante, y tendré que salir este fin de semana.

-No me digas. ¿Qué es? -Él contestó sin vacilar:

-Algo ineludible. Mira, ni siquiera pasaré por casa.

-¿Y no vienes a despedirte? -dijo ella. -¿Y el equipaje?

-Ya sé que es un fastidio, querida. Menos mal que guardo aquí un par de camisas, por si acaso.

-Está bien, qué le vamos a hacer...

-Hoy es viernes, sólo será el fin de semana -carraspeó él. -Descuida, que el lunes a mediodía estaré aquí. Luego, iremos a algún sitio que te guste, para compensarte...

Aquella tarde, después de comer en la cafetería principal, salió a buscar el coche. Abandonó el centro de la ciudad y se dirigió a las afueras. Allí, se detuvo ante un bloque de pisos sencillos, pero con los alrededores ajardinados.

Se apeó, se dirigió hacia la puerta más cercana y llamó a uno de los timbres que estaban a la derecha de la puerta.

-Vamos, ¿estás dispuesta? -Se oyó una voz de mujer:

-Claro, ahora bajo. ¿Lo has traído todo? -Él asintió, sonriendo.

-Cómo no, ya lo tenía preparado hacía días. ¿De verdad tienes un lugar seguro?

-Claro, hombre, todo está organizado. Mi amiga se quedará con ellas y las meterá en una caja del banco, como le hemos dicho. Podemos confiar en ella, es como si fuera mi hermana.

-Muy bien, pues baja ya.

Habían pasado unos pocos minutos cuando la puerta del portal se abrió con un chasquido. En el hueco apareció una mujer muy joven, con un vestido rojo descotado y una pequeña maleta en la mano.

-Estás muy guapa -dijo él. -Me gustas más con esta ropa que con el uniforme de la cafetería. -Ella lo besó en los labios.

-¿Es que no estoy bien con el uniforme? Pues muchos opinan lo contrario. -Él se echó a reír.

-Y muy modesta que eres.

Era tan alta como él, tenía el pelo rubio y ondulado, y una silueta perfecta. Unos enormes ojos verdes destacaban en su rostro moreno, apenas maquillado.

-¿Dónde las llevas? -Él sonrió.

-Descuida, mujer, están seguras.

-Sí, desde luego.

Salieron por un sendero hacia el automóvil, y él la ayudó a acomodarse en el asiento delantero, junto al conductor. Luego metió la maleta de piel en el asiento posterior.

A aquella hora, la carretera estaba atestada de gente que abandonaba la ciudad para pasar fuera el fin de semana. Poco a poco se fueron distanciando, hasta que la circulación se hizo fluida y el automóvil rodó velozmente. Hacía un airecillo agradable, que entraba por las ventanillas abiertas, y ella sacó del bolso un pañuelo floreado y se cubrió el cabello, atándolo bajo la barbilla...

Al cabo de una hora tomaron una carretera secundaria que conducía al lugar donde residía la amiga.

-Ya estamos cerca -dijo él, aumentando más la velocidad, y ella le acarició la mano derecha.

-¿Hasta cuándo se las dejaremos? -le preguntó, mirándolo, y él se encogió de hombros.

-No hay prisa -contestó. -Tenemos el dinero del seguro, y vamos a invertirlo muy bien.

Tomaron una curva cerrada hacia un puentecillo, y allí el auto patinó sobre la arenilla. Las ruedas chirriaron y el auto derrapó. Las manos del hombre se aferraron al volante, al tiempo que un camión lleno de troncos se les cruzaba en el camino. Fue todo tan rápido, que el automóvil dejó la carretera y saltó en el vacío, cayendo sobre el riachuelo y dando dos vueltas de campana.

Ambos quedaron apresados bajo el coche. Arriba, el conductor del camión había abandonado el vehículo y se acercó corriendo, saltando sobre los troncos, que habían roto las cuerdas y se habían esparcido con un ruido ensordecedor.

Logró llegar junto al automóvil. Se aproximó y trató de mover los cuerpos, pero enseguida se dio cuenta de que estaban totalmente aplastados.

-¡Dios, Dios!... -gritó, casi llorando.

En vista de que no podía hacer nada, volvió al camión y cogió el teléfono móvil que había guardado en la guantera. Marcó el número de la policía.

-Por favor, por favor, vengan enseguida, ha habido un accidente muy grave.

-¿Un accidente? ¿Dónde ha sido?

Estuvo explicando el lugar, y el hombre que estaba al teléfono carraspeó un momento.

-¿Alguien ha fallecido? -Él estaba temblando, pero consiguió dominarse.

-Me parece que han muerto dos personas -dijo. El otro no tardó en contestar:

-Está bien, iremos enseguida. Por favor, permanezca ahí, pero no toque nada.

-De acuerdo -dijo él.

Estuvo aguardando hasta que oyó a un coche rodar por la arenilla. En un momento, cuatro policías y un hombre de paisano estaban sorteando los troncos. El hombre alzó los brazos.

-¡Por aquí, por aquí!

Tuvieron que llamar a la grúa para que liberara los cuerpos, y cuando habían izado el vehículo permanecieron todos en silencio, mientras el médico se encargaba de reconocer a la pareja.

-Han muerto en el acto -afirmó. -Ni siquiera se han enterado, es casi mejor.

A todos les llamó la atención algo verde que brillaba en la arena. La luz de una linterna se reflejó en las aguas del río, y pudieron ver en la orilla otros brillos semejantes.

-¿Qué es eso? -dijo el conductor del camión.

Uno de los policías descendió, saltando sobre unas ramas, y tomó en la mano uno de los objetos: era un collar de piedras verdes con un cierre de oro. Lo observó un momento, y musitó:

-O mucho me equivoco, o debe ser un collar de esmeraldas...

***

La esposa recibió la noticia de la muerte por la noche. El juez había levantado los cadáveres que portaban sus documentos de identidad, con lo que pudo identificarlos. Llamaron al teléfono y ella lo cogió.

-Sí, aquí es. ¿Qué desea?

-¿Con quién hablo?

-Mi marido no está. Yo soy la esposa, pero él pasará fuera el fin de semana. ¿Quiere dejar algún mensaje? -Una voz firme habló al otro lado.

-Podría hacerle una visita ahora? Es de la policía. -Ella arrugó el ceño, extrañada.

-¿De la policía, a estas horas? Mire, me va a venir muy mal, tengo que madrugar mañana, y ya me he cambiado de ropa. ¿No puede aguardar hasta mañana por la tarde? -el otro chasqueó la lengua.

-Perdone que insista, pero es importante. -Ella pareció alarmarse.

-¿No me puede decir el motivo? -El policía tardó en contestar.

-No por teléfono, lo siento. -se disculpó. Ella se mostró contrariada.

-Bien, si no hay más remedio... pero no me entretenga.

-Descuide, no lo haré.

Eran las doce de la noche cuando la señora entró en la cocina. Iba en bata de casa, y llevaba el camisón debajo. Se dirigió a la doncella, que estaba sentada viendo una serie de televisión en un pequeño aparato sobre una mesa baja. La chica era morena, con el pelo rizado, y llevaba puesto un uniforme a pequeñas rayas azules. Tenía cara de sueño.

-Puedes irte a la cama -le dijo. Mañana necesito que me ayudes temprano. -Ella se puso en pie y apagó el aparato.

-Muy bien, señora. Buenas noches.

La muchacha se dirigió a un corto pasillo de servicio, donde había un aseo y una pequeña habitación. Sin entrar en el baño fue directamente al dormitorio, y cerró la puerta.

La señora se dirigió a la biblioteca de la casa. Acababa de coger un libro de un estante cuando sonó el telefonillo.

-¿Sí?...

-Somos nosotros -dijo la voz de antes. -¿Puede abrir, por favor?

-Sí, les abro. No hagan ruido, la gente está durmiendo. -Él murmuró:

-Desde luego, descuide.

Los aguardó con la puerta entreabierta, oyó el ruido del ascensor y, cuando se detuvo, dos hombres salieron al descansillo. Uno de ellos era joven, bastante alto, y el otro era mayor, con la cara cuadrada, gafas oscuras y unas grandes entradas en el pelo. Ninguno de los dos iba de uniforme, y el de más edad vestía un traje azul marino y camisa blanca sin corbata.

-Pueden pasar -les indicó, y ambos se presentaron, mostrándole las respectivas placas.

-Lamento venir a estas horas -dijo el que parecía el jefe. -Ha sido muy amable al recibirnos. -Ella los condujo a través del vestíbulo a la biblioteca y entró la primera.

-Vamos, siéntense. -dijo, y cerró la puerta.

Si la criada trató de enterarse de algo, no lo consiguió. Las tres personas que estaban dentro hablaron un buen rato, pero todos lo hicieron en voz baja. Cuando volvieron al vestíbulo, la bailarina estaba pálida.

-No saben lo que les agradezco su discreción -les dijo con una amarga sonrisa. -La verdad es que nunca creí que las cosas fueran así...

Les tendió la mano, y el más alto se detuvo un momento.

-Tengo que decirle que siento mucho que hayamos tenido que darle esta noticia. Por otra parte, nos alegramos de haber encontrado sus joyas, aunque lamentamos la forma en que han aparecido. -Ella denegó con un gesto.

-No, no lo lamente, ahora las cosas han quedado bien claras...

Ambos se dirigían hacia la salida, pero ella los detuvo.

-Por supuesto, en cuanto me entreguen las joyas, daré orden para que le ingresen a la compañía de seguros el total de la póliza que había cobrado mi marido.

-Mañana mismo las tendrá, en cuanto el juez nos dé la orden -le contestó el más joven. -Señora, ha sido un verdadero placer conocerla...

EL HIJO

El muchacho aguardaba a pie firme. Había sido detenido como sospechoso de asesinato, y no se había exculpado, sino que admitió la acusación.

Hubo un estremecimiento en la sala. Todos lo observaban, horrorizados, pero nadie comentaba nada.

Un hombre mayor que estaba entre el público, murmuró unas palabras al oído de su esposa

-Era su propia madre, por Dios.

-Es cierto, no tiene perdón.

No hubo ninguna duda, el juez lo declaró culpable, y pidió para él la pena de muerte.

-No hay ningún eximente para un caso así, todo son agravantes.

Antes de ser ejecutado, el muchacho solicitó la presencia de su párroco. Permanecía solo en la celda, vigilado por dos policías, y nadie quiso visitarlo.

Sus pensamientos eran tormentosos, pero por otro lado se encontraba tranquilo.

Tuvo bastante tiempo para recordar aspectos de su vida, y los sucesos más importantes.

Recordaba como si fuera hoy, aquel fatídico día: Venía del trabajo, y esperaba hallar a su madre en la cocina. Ella le preparaba sus comidas predilectas, y nunca tuvo un asomo de queja, pese a no tener ninguna ayuda.

Se había quedado viuda hacía tiempo, pero, aún así, cada día echaba más de menos a su esposo.

Últimamente había adelgazado mucho, y se mostraba débil y triste.

-Hay que ver, el tiempo que ha pasado y no ha podido olvidarlo -decían las vecinas.

-La verdad es que era un marido modelo. Siempre iban juntos, a todos los sitios. Fue una mala suerte que muriera de aquella enfermedad.

-Desde luego. Debió de pasarlo muy mal, con los dolores que tenía. Menos mal que tiene a este chico, al que quiere mucho.

-Y tanto que lo quiere, siempre lo mimó. Nunca le ha faltado de nada.

Él había sido su único hijo. Ahora, él recordaba los tiempos en que vivieron solos en aquella casa. Habían pasado los años y ella iba envejeciendo, pero nunca tuvieron ni una sola discusión.

-Eres mi orgullo -le decía siempre, y hubiera hecho cualquier cosa por él.

En el pueblo todos la apreciaban, desde los más humildes a las familias más adineradas, incluida la esposa del alcalde.

-Siempre ayuda a los necesitados, a pesar de que a ella no le sobra nada. Pero es una buena mujer.

Su prestigio era tal, que los funerales habían reunido a todos los vecinos del lugar.

En efecto, era la presidenta de las mujeres cristianas, y no dudaba en emplear parte de su tiempo a favor de sus compañeras. El párroco acudía a ella a cada paso, siempre que se encontraba en alguna dificultad.

Por eso, ahora resultaba más inconcebible lo ocurrido.

Cuando fue condenado, en todos los ojos se leía una expresión de rechazo, y hubo entre el público un murmullo de indignación. Si hubieran podido asesinarlo con la mirada, no hubiera sido necesario aplicar el peso de la justicia contra él.

Se oyeron pasos en la galería, y un guardia apareció, seguido de un sacerdote anciano. Ambos avanzaron hacia la celda, y entró el párroco solo. No había odio, sino un brillo de ternura en sus ojos.

Me han dicho que querías verme -dijo, posando su mano sobre el hombro del chico. -Tú me dirás...

-Quiero explicarle algo -dijo él. -Al menos, quiero que usted lo sepa. De los demás, no me importa nada. Siéntese a mi lado, por favor.

El cura siguió su indicación, y tomó asiento en una silla, mientras el muchacho lo hacía en el borde de la cama. Ambos comenzaron a hablar en voz baja.

-Vamos, puedes contarme lo que quieras. Sabes que yo te escucho siempre, y que lo que me digas no saldrá de esta celda, pues lo considero secreto de confesión.

-Sí, ya lo sé, y quiero contarle una cosa.

-Te escucho.

Pues... mire. Una tarde había salido del trabajo, y me fui derecho a la casa. Mi madre no salió a recibirme, y tampoco estaba en la cocina. La puerta del baño estaba cerrada, y suponiendo que se hallaba dentro, di unos golpes en la puerta, pero no contestó. Entonces abrí la puerta que no estaba cerrada con pestillo, y allí la encontré...

-Se había detenido, y el párroco carraspeó.

-¿Y...? ¿Estaba allí tu madre? -El chico bajó la mirada.

-Sí, padre. La encontré colgada de la lámpara. -El sacerdote se estremeció.

-Pero, ¿qué dices? -El muchacho cerró los ojos.

Había una nota encima del lavabo.

-¿Una nota?

-Sí, en ella me pedía perdón.

¿Es posible? Y tú, ¿qué hiciste entonces?

Le estuvo contando que la había descolgado con cuidado, y la metió en la cama.

-La estuve velando toda la noche, hasta la mañana siguiente, y no acudí al trabajo. Sobre las diez llamaron a la puerta, y una vecina me preguntó por ella.

-Quería saber si necesita algo del mercado. A mí no me importa traérselo, siempre lo hago.

-Hoy no hace falta -le dije enseguida, y ella pareció extrañarse.

-¿Y eso?

-Pues porque ha muerto -dije yo.

-No es posible.

La acompañé al dormitorio, y ella al llegar fue hacia la cama. Le tomó el pulso a mi madre, y se quedó pensativa.

-Claro que está muerta -susurró. ¿Y tú no has llamado al médico?

-Pues no.

-Pues voy a llamarlo.

El médico no tardó en llegar. La estuvo reconociendo, y confirmó la muerte. Antes de salir, se volvió.

Habrá que informar a las autoridades, es preciso en un caso así. -Yo me asusté.

-¿A las autoridades?

-Así es.

-En efecto, llegó la policía con el forense, y él afirmó que había muerto por estrangulamiento.

-¿Y no dijiste la verdad? -El chico tardó en contestar.

Nunca hubiera podido consentir que nadie supiera que se había suicidado. Yo era el único que había estado con ella, y por esa causa me han juzgado.

-Y te han condenado por asesinato -le dijo el sacerdote, y él asintió.

-No había más remedio, tenía que ocultar el suicidio. Nadie podía saber que había acabado así, hubiera sido un verdadero escándalo.

-Pero yo no puedo... -El muchacho lo cortó con un gesto.

-Usted no ha oído nada, todo seguirá como está... Yo se lo debía -añadió, bajando la mirada.

EL FUEGO

Lo tenía todo planeado, desde poco después de haber conocido a aquella deliciosa mujer.

Él era uno de los médicos más veteranos del hospital. En toda su vida no se había ocupado más que de sus pacientes, y tenía fama de estar entregado por completo a su profesión.

Tenía una villa a las afueras de la ciudad, y allí vivía desde muchos años atrás con su esposa. Se trataba de una extensa parcela en la que, además de la casa, habían construido un cobertizo que ocupaba un extremo.

A ella la había conocido en el hospital, donde ejercía de enfermera. Era entonces muy joven, pero tenía una energía especial y un carácter comunicativo y alegre.

Al principio se habían tratado con frialdad, ya que él no era demasiado expresivo con sus subordinados, quizá por causa de su gran timidez. No obstante, no tardó en darse cuenta de la extraordinaria valía de aquella ayudante, aparte del agradable físico que tenía, y de su cordial relación con los pacientes.

Luego se fueron tratando con más asiduidad, de forma que llegó un momento en que él no hubiera podido prescindir de su enfermera.

Pasando el tiempo, casi sin darse cuenta, él se había enamorado y, lo que era muy importante, a ella no le desagradaba aquel hombre maduro Incluso, su aspecto serio había llegado a cautivarla.

No habían tenido hijos, aunque ella siempre los había deseado. Quizá por esa causa, su carácter se agrió, y poco a poco se fue abandonando.

Se había convertido una mujer amargada, y además era incapaz de gastar un céntimo en nada que no fuera absolutamente necesario, de forma que él a veces se sentía agobiado. No le consentía ningún gasto extraordinario, y tampoco podía cogerse vacaciones, como el resto de sus compañeros.

Conocía al dedillo los ingresos de su marido, y paulatinamente se fue haciendo administradora única de los bienes de ambos. Quizás él hubiera podido evitarlo en un principio pero, como por otro lado le resultaba cómodo, llegó un momento en que se dio cuenta de había perdido toda autoridad.

Ella no se arreglaba como antes, y escatimaba para todo, a pesar de que el trabajo fijo de su marido en el hospital era una garantía de seguridad para ambos.

Se había negado rotundamente a que él comprara un coche nuevo, aunque podían permitírselo, y el que tenían era muy antiguo y a él le daba poca confianza, por lo que prefería coger el tren en sus escasas visitas a su madre viuda, que vivía en la capital.

Menos mal que su profesión le agradaba, y que gozaba del respeto de sus compañeros y pacientes.

Así que, finalmente, él llegó a acariciar la idea de lo feliz que hubiera sido quedándose viudo.

Era un viernes del mes de enero y había nevado mucho durante la semana. Aquella tarde, él comentó en el hospital que se veía obligado a viajar el fin de semana, ya que su madre, que vivía en la capital, padecía de una cardiopatía grave, complicada ahora con una bronquitis, De hecho, la anciana señora había estado en peligro de muerte en varias ocasiones.

Ahora, los muchos años que tenía la habían convertido en una persona muy frágil. Al ser hijo único, a la vez que médico, él se consideraba obligado a atenderla, pese a las quejas de su esposa que criticaba los gastos de tanto viaje.

-Vamos, no creo que sea para tanto -había comentado, mordaz.

Cuando volvió a su casa halló a su esposa disgustada y hosca, y más cuando le dijo que tenía prisa, porque quería coger el próximo tren.

-¿Otra vez?... Ya podrías ayudarme alguna vez a limpiar y ordenar el cobertizo -gruño. -La paja de los animales está mojada y sucia, y habría que dar a las paredes una buena mano de cal.

Él movió la cabeza con disgusto. La mujer criaba dos docenas de gallinas, que le daban huevos para ellos y para vender a los vecinos.

-Claro, con tu empeño de cuidarlas tú sola, no puedes dar abasto. Te he dicho muchas veces que necesitas a alguien que te ayude, que tú no estás ya para estos trotes...

Ella lo miró con el ceño fruncido.

-Tú siempre lo arreglas todo con gastos. Si me echaras una mano, al menos los fines de semana, no necesitaría a nadie más...

Él notó que se le subía la sangre a la cabeza. Su esposa estaba mal vestida, con un delantal oscuro, y el pelo alborotado. Y seguía murmurando:

-Claro, no dices nada... porque sabes que tengo razón.

El médico se mordió los labios. Trató de dominarse, pero estaba demasiado alterado. Casi sin darse cuenta, había cogido una maza que estaba colgada de un clavo, y aprovechó que ella se había vuelto de espaldas para asestarle un fuerte golpe en la cabeza. Y no sólo una, la siguió golpeando hasta que estuvo convencido de que estaba bien muerta.

Acto seguido volvió a colgar la maza del clavo y se quedó mirándola, como hipnotizado. Sintió que el corazón le latía con fuerza. Ni él mismo hubiera sospechado que pudiera hacer esto y, de pronto sintió un gran terror. No era lo mismo tener ideas imprecisas sobre cómo librarse de alguien, que tener a una persona muerta a los pies.

-Yo, no...

Al momento empezó a considerar lo que había hecho, y vio claramente que tenía que tomar con rapidez alguna decisión. Estaba confuso, y tan nervioso que las manos le temblaban. Casi sin querer, distinguió unas latas que estaban en una repisa, al fondo del cobertizo. Una idea le pasó por la mente.

-Tengo que deshacerme de ella, como pueda -decidió.

Tomó las latas que contenían gasolina, aunque no estaban llenas, y esparció el líquido por el suelo. Tardó unos minutos en encender una cerilla.

-Nadie podrá saber lo que ha ocurrido, el fuego lo consumirá todo -se dijo.

Sin detenerse abandonó el lugar. Tenía el equipaje hecho, así que salió de la casa enseguida y se encaminó a la estación, no sin antes comprobar desde lejos que el interior del cobertizo estaba ardiendo, y las gallinas lo abandonaban con grandes aspavientos. Al pasar, lanzó una ojeada al automóvil, que estaba cubierto de nieve.

-Qué cacharro asqueroso -se dijo

Pronto, todo aquello había quedado atrás. Por el camino fue pensando que el fuego no alcanzaría la casa, y esta idea lo tranquilizó. Llegó a tiempo para tomar el tren y entró en el primer vagón.

En el departamento había una mujer gruesa con un bebé en los brazos, que dormía plácidamente con un chupete de goma en la boca. Una niña de unos cuatro años estaba subida al asiento de al lado, y la mujer la amonesto:

-Baja de ahí, o caerás de espaldas. -Luego comentó, sonriendo: -Vaya con esta niña, no puedo con ella...

Él se había acomodado enfrente, y al arrancar el tren cerró los ojos. Estuvo recordando lo sucedido y, cosa rara, se encontró con que había recobrado la serenidad.

Allí se sentía a salvo, y se imaginó que le darían la noticia por teléfono en cuanto llegara a casa de su madre. Al cabo de un rato suspiró: pronto llegaría a la ciudad, y comprobó que sólo faltaban un par de estaciones, Se había vuelto a adormecer cuando lo despertó el chirrido de la puerta.

Abrió los ojos, y vio que dos hombres habían entrado en el departamento. Pensó que no le eran desconocidos: uno era alto y fuerte, y el otro más joven, y bastante delgado. El primero lo miraba fijamente.

-Vaya, qué tranquilo parece...

Él lo observó, extrañado, y vio que el otro se inclinaba.

-Lo siento mucho, pero tiene que despertarse. Otro compañero nos espera en el coche para regresar con nosotros al pueblo, y debe estar nervioso, porque ha tenido que correr lo suyo con la carretera nevada. Se trataba de alcanzarlo a usted antes de que abandonara el tren...

Él pegó un respingo en el asiento.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó, aunque sabía la respuesta. El más alto le mostró una placa.

-Tiene que acompañarnos -le dijo.

Él no se lo creía. Le parecía estar soñando, como si se tratara de una pesadilla.

-¿Qué está diciendo? -murmuró. El otro trató de disimular una sonrisa.

-Está claro, señor. Usted quiso prenderle fuego al cobertizo para ocultar su crimen, pero salió con demasiada rapidez... Se conoce que los nervios no lo dejaban parar, y lo han traicionado.

Había guardado silencio un momento, y luego prosiguió:

-Cuando huyó, no pensó en que la paja estaba húmeda y que, después de haber prendido durante unos minutos, el fuego se apagaría solo. Qué cosas pasan ¿No es verdad?

El médico se estremeció, pero no dijo nada. El otro siguió hablando despacio.

-No ha sido difícil encontrarlo, en el hospital todos sabían que usted se dirigía a la ciudad. Y no están las carreteras ahora para conducir un trasto como el suyo...

EL ABRIGO

Ella era la esposa de un famoso doctor, y entre las amistades tenía fama de gastar mucho dinero en ropas y complementos, más de lo que podía, por lo que a veces tardaba en pagar las facturas. Incluso, se hablaba de que hurtaba algunos de estos objetos por placer, lo que le había causado problemas, y que había estado asistiendo a un grupo de autoayuda para controlar este vicio.

Tenía docenas de bolsos y de pares de zapatos y nunca usaba un vestido dos días seguidos.

Sus abrigos ocupaban toda una pared de armarios en el vestidor, y entre ellos había varios confeccionados con pieles lujosas.

Últimamente, su esposo le había comprado uno muy hermoso de zorros plateados, y enseguida ella había asegurado el abrigo en mucho dinero.

Era martes, y había quedado con algunas amigas a las ocho de la tarde en un céntrico hotel. Término de arreglarse y consultó el reloj.

-Bueno, ellas no habrán llegado todavía -pensó. -Tengo que adelantarme.

Tomó un taxi, le dio unas instrucciones al taxista y el coche se detuvo a la entrada de un lujoso local que tenía un letrero luminoso.

Había mucho público en aquel momento, y ella pasó de largo por el recibidor y se abrió camino hacia el pasillo donde estaban los ascensores.

Tomó uno de ellos y pulsó un botón del último piso, donde estaba situado un exclusivo salón con terraza, que servía para las reuniones sociales. La parte cubierta estaba decorada con mesas de cristal y tresillos de piel, y en la terraza varias estufas procuraban a los clientes una agradable temperatura, y un techo transparente los protegía de la lluvia. Algunas parejas ocupaban los asientos, y ella imaginó que habrían salido buscando más privacidad.

La terraza era grande, y ella fue andando hasta un extremo que estaba solitario. Luego, volvió a entrar en el salón cubierto, y se acomodó en el mismo sofá donde las cinco amigas se sentaban todos los martes a las ocho de la tarde.

A partir de las ocho, con poca diferencia fueron llegando todas, ocupando el resto del sofá y dos grandes sillones de piel. La primera en llegar fue una mujer de unos cuarenta años, muy elegante también, que llevaba el pelo rubio peinado de peluquería, y un bonito vestido de lanilla verde claro, que hacía juego con sus ojos. La saludó muy sonriente, y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

-Has llegado muy pronto -le dijo, y se sentó a su lado en el sofá. -He estado a punto de no poder venir, pero al final todo se ha solucionado.

-Me alegro -dijo ella. -Habría sido una pena que hubieras faltado.

-Ya sabes que para mí esto es prioritario, pero hoy se me habían complicado las cosas... bueno, ya te contaré.

Las dos siguientes en llegar fueron una señora muy joven vestida de rojo, y otra bastante mayor, con el cabello canoso peinado en un moño italiano. Las dos primeras se pusieron de pie, y se acercaron a besarlas.

-¿Cómo estáis? Dijo la más joven. ¿Lleváis mucho tiempo?

-No, llevamos poco en realidad. No hemos pedido nada, esperando que llegarais todas -dijo la esposa del doctor. -Estás guapísima, por cierto -añadió, con una sonrisa. -Te sienta de maravilla ese color. ¿Es nuevo el vestido? -Ella denegó vivamente.

-No, pero hace tiempo que no me lo ponía. ¿Te gusta? Me lo compré en un viaje a Londres.

-Pues es precioso, y te queda como un guante. Te hace un tipo estupendo.

-¿Tú crees?

-Desde luego, te lo aseguro. Se nota que el tejido es muy bueno, y a ti te hace muy bien.

Las dos recién llegadas ocuparon los sillones, y la segunda en llegar les estuvo contando lo que le había ocurrido por la tarde. Al parecer, su hija mayor se había caído al salir del colegio, y tuvieron que llevarla a una clínica donde le curaron una herida en la rodilla.

-Siempre le digo que tenga cuidado, es demasiado impulsiva -explicó. -Estas cosas sólo le ocurren a ella, y nunca a sus hermanas, por más que la reprendo. Por algo dice el médico que es hiperactiva. Además, es tan distraída...

La esposa del médico intervino.

-No digas, es un verdadero encanto. Y es tan inteligente... y tan guapa, además. Todo el mundo la quiere.

-Sí, pero podía tomarse las cosas con más calma... Por cierto, ¿os parece que vayamos pidiendo algo? -La de rojo dijo que no con la cabeza.

-Vamos a esperar a María, ya no puede tardar. He hablado antes con ella, y me aseguró que vendría esta tarde.

En efecto, una dama menuda con el cabello rojizo acababa de entrar en el salón. Fue derecha hacia el grupo, y sus amigas le hicieron sitio en el sofá. Llevaba un traje de chaqueta gris oscuro, y una blusa de seda naranja con un lazo en el cuello, y se sentó en el centro.

-¿No habéis pedido nada?

-Pues no, estábamos esperando que a llegaras tú.

Llamaron al camarero, que estuvo tomando nota de lo que cada una quería de merienda. Una camarera joven les sirvió, y enseguida emprendieron una animada conversación. Se habían visto la semana anterior, pero todas tenían algo que contar, de forma que se les pasó el tiempo sin sentir.

Eran casi las diez cuando la del pelo canoso miró el reloj y se dirigió a sus amigas.

-Bueno, yo me quedaría, pero me temo que no puedo. Esta noche tengo a unos amigos a cenar en casa, y no puedo llegar tarde.

Las otras asintieron.

-Muy bien, nosotras nos quedaremos un poco más -dijo la rubia vestida de verde. -No te importará.

-¿Cómo me va a importar? Soy yo la que lo siento... Aquí os dejo lo de mi merienda -indicó, y dejó un billete junto a la servilleta. Les lanzó un beso con la mano y se puso de pie.

Acto seguido, salió de la estancia, y tomó el ascensor. Desde allí hizo un gesto de adiós, y desapareció de su vista.

Ellas siguieron charlando animadamente, y eran casi las diez y media cuando pagaron la consumición. Luego, todas se pusieron en pie.

-Bueno, nos veremos el martes que viene -dijo la pelirroja de gris, y la más joven contestó:

-Vale. Y si alguna no puede venir, que nos llame y no la esperaremos.

Bajaron en el ascensor hasta la planta baja, cruzaron el salón y se dirigieron al vestíbulo, donde una chica uniformada estaba a cargo del guardarropa, que guardaba numerosos abrigos. Cada una pidió el suyo, que la muchacha les tendió enseguida. La esposa del doctor habló con una gran sonrisa.

-El mío es de zorros plateados, largo hasta los tobillos -indicó. -Yo lo he dejado la primera.

La chica entró en la habitación donde se guardaban las prendas y, después de estar dentro unos minutos, salió con expresión preocupada y se dirigió a la señora.

-¿Está segura? Hay varios de visón, uno de marta y dos chaquetones, pero ningún abrigo de zorros.

-¡Pero bueno! -Ella se mostraba confusa.

Pues mire, no sé. Sólo me he retirado un momento para atender al teléfono, y he vuelto enseguida. No he visto a nadie por aquí... -La señora la observó con extrañeza.

-Pero, ¿qué dices? No eran las ocho cuando entré en el hotel con el abrigo, y lo dejé en el guardarropa...

-Señora, aquí no está.

Se había organizado un pequeño barullo alrededor, y cada una sostenía su punto de vista, sin tener en cuenta a las personas cercanas. Tanto fue así, que no tardó en acudir el detective del hotel.

-¿Qué es lo que pasa aquí?

Varias parejas estaban mirando, y dentro del corrillo estaban la señora y la chica, que tenía los ojos llorosos. Alguien le explicó lo ocurrido, y la señora se enfrentó con él.

-Me han robado mi abrigo -dijo, muy segura. -Me lo han robado -repitió. -¿Cómo es posible una cosa así?

-Señora, es imposible -dijo el detective. -¿Está segura de haberlo dejado?

-Claro que estoy segura -contestó ella, echando fuego por los ojos. -¿Cree que voy a salir a cuerpo de mi casa, con el frío que hace? Y encima está lloviendo. E aseguro que, si no aparece, no tendré más remedio que denunciarlo a la policía -subrayó, y la muchacha se echó a llorar.

-Por favor, no haga caso eso -gimió.

Al oír las voces, todos los que estaban en las mesas se habían vuelto hacia el guardarropa. El corrillo se había agrandado, y varias personas comentaban lo sucedido con asombro. Pero la señora proseguía:

-Era un abrigo de zorros plateados. ¿Sabe lo que es eso? Es el abrigo más caro que hay. Me lo había regalado mi esposo, y apenas lo he usado. ¿Y me dice que no lo denuncie?

-Calma, señora, no se altere, todo se arreglará -suplicó el detective. -Venga a mi despacho, y hablaremos.

-¿Qué quiere que hablemos? Si quiere evitar el escándalo, solicito una indemnización.

Entraron en un despacho de la planta baja, y enseguida el corrillo se dispersó. La chica había entrado en la habitación, y cuando volvió al mostrador parecía más tranquila. La señora tardó un rato en salir, y se volvió hacia el detective.

-Bien, espero sus noticias -le dijo. Él se inclinó.

-Estaremos en contacto -dijo, y ella fue taconeando hasta la puerta.

-Pídame un taxi, por favor -le dijo al portero.

***

Dos hombres acudieron junto al detective, y él les estuvo dando instrucciones. Cada uno salió en una dirección, y él volvió a su despacho. No habían pasado diez minutos cuando uno de los hombres llamó a su puerta. Llevaba una prenda de piel en la mano.

-¿Se puede pasar?

-Sí, pase, pase.

Él entró en el despacho y cerró la puerta. Se dirigió hacia la mesa de caoba que ocupaba el detective.

-He encontrado este abrigo en la acera, alguien ha debido tirarlo desde la terraza. -El otro se había puesto en pie.

-¿Es el de la señora? -El hombre denegó.

-Desde luego que no.

El otro se acercó, y pareció extrañado.

-¿Qué es esto?

Cogió el abrigo y movió la cabeza.

-No puedo creerlo.

Estaba mojado, empapado de lluvia.

-Esto no es de zorro plateado... -El hombre asintió.

Eso me parecía, más bien parece de conejo... o algo así. Estaba en la acera, a unos veinte metros de la puerta. -El otro se mordió los labios.

-Menuda pieza -murmuró en voz baja. -Nunca lo hubiera sospechado...

EL DEDO

La casa estaba rodeada de un extenso jardín con árboles frutales y macizos de flores, que formaban un hermoso conjunto multicolor. La casa era grande, con dos pisos y un bajo, y estaba pintada de un amarillo albero. Las ventanas eran de madera pintada de verde, y todo el conjunto resultaba de una gran elegancia.

Estaba habitada por una señora de mediana edad, que en sus tiempos se había casado con un marqués, y estaba viuda. No tenía más que un hijo, que vivía fuera, y de tanto en tanto venía a visitar a su madre.

Una mañana, el teléfono de la policía sonó. Lo cogió una funcionaria uniformada, y oyó al otro lado una voz masculina.

-Por favor, tienen que venir. Esta mañana nos hemos dado cuenta de que han entrado por la noche y han robado las joyas de la señora marquesa.

-¿Con quién hablo?

-Soy... soy el mayordomo. La señora marquesa está muy alterada.

-Dígame las señas -dijo ella, y las anotó en una libreta. -Está bien -dijo, -procuraremos llegar cuanto antes.

Los perros habían empezado a ladrar. El jardinero era un hombre enjuto, que vestía un mono de faena de color naranja y una gorra negra con visera. Había estado cortando el césped, y ya había hecho casi la mitad del trabajo cuando oyó un claxon fuera de la verja. Fue hacia la entrada de la finca, y vio un automóvil que aguardaba fuera. Lo observó un momento, y oprimió un botón que hizo que se abriera la puerta. Un policía muy moreno le habló desde el interior.

-Mire, nos han llamado desde aquí. -Él asintió vivamente.

-Sí, sí, pueden entrar con el coche. En la casa los están esperando.

Se bajaron del coche dos policías, que llamaron a la puerta del edificio. Una doncella salió a abrir, y los recibió con una sonrisa. Era una chica joven, menuda, con el pelo muy corto. Llevaba puesto un uniforme gris, y encima un delantal de faena.

-Pasen ustedes -indicó.

-Dónde estaban las joyas? -preguntó un policía, y ella habló muy deprisa.

-La señora suele guardarlas en un cajón especial que tiene en su secreter. Esta mañana estaba abierto, y las alhajas habían volado.

-¿Lo tiene en su dormitorio? -Ella denegó.

-No, lo tiene fuera, en una salita. Además, ella está bastante sorda, así que no ha oído nada.

Estaban hablando en el vestíbulo, y vieron bajar por la escalera a un hombre de edad vestido de oscuro.

-Ah, son ustedes, menos mal. Yo mismo les he llamado esta mañana. Suban, suban.

-Vamos a ver -dijo el policía de más edad. -Antes me gustaría saber con detalle lo ocurrido, y qué personas viven en la casa. Él asintió con un gesto.

-Claro, claro. Bueno... estamos la doncella y yo, y además hay una cocinera. El jardinero viene por horas, y está el chófer de la señora.

-¿Podría hablar con todos? -él carraspeó.

-Bueno, sí conmigo, y también pueden hablar con la doncella. A la cocinera la encontrarán en la cocina, está planchando por las mañanas. Y al jardinero podemos llamarlo también. La señora no tardará en bajar, se estaba arreglando.

Estuvieron en el salón interrogando a la doncella y al encargado del jardín, y llamaron a la cocinera, que era una mujer robusta con un delantal blanco y un gorro del mismo color, que ceñía sus cabellos negros, muy rizados. Pero nadie había oído nada.

-No es raro, porque nuestro dormitorio está en el segundo piso, y dormimos con las puertas cerradas -les informó la doncella.

-La cerradura de la puerta no estaba forzada, ¿no?

-No, señor. Ni la de la puerta de la casa ni la del jardín a la calle, que siempre está cerrada también. -La doncella se adelantó un paso.

-Sí que me ha extrañado ver esta mañana que una de las ventanas de la planta baja parecía bien cerrada, que es como las dejo siempre. Pero esta mañana la falleba no estaba echada, debe ser culpa mía.

No habían pasado diez minutos cuando se oyó taconear en la escalera, se abrió la puerta y apareció una señora elegante con el cabello gris y un vestido negro de seda, que tenía los ojos llorosos.

-Buenos días -les dijo. -No saben cuánto les agradezco que hayan venido. Ha sido un disgusto horroroso.

-Ya, nos lo imaginamos.

Estuvieron hablando con ella, y dijo que tenía fotografías de todas las alhajas.

-Puedo entregárselas, si eso les ayuda. -El policía asintió.

-Desde luego que sí. Ha hecho muy bien con tenerlas, eso es muy importante.

-Bien, ¿han hablado con todo el servicio? -interrogó la señora, y el mayordomo denegó.

-Solamente les falta el chófer. Él no está, porque el coche tiene una avería, y la están reparando. Pero no creo que tarde mucho.

-¿El chófer vive aquí?- preguntó el más alto, y fue de nuevo el mayordomo quien habló:

-De ninguna manera, señor. Él vive en su casa con su esposa y familia, pero por las mañanas viene, porque la señora suele salir a diario de compras, o a ver a una amiga, o a la peluquería... -Ella dijo que sí con la cabeza.

-Sí, me gusta salir por las mañanas. Luego por las tardes me quedo, a veces a recibir a alguna visita. ¿Quieren preguntarme algo más? Mi hijo llegará esta tarde, pero él no sabe nada, se lo he dicho yo por teléfono. -El otro se la quedó mirando con cierta admiración.

-No, señora marquesa. Guarde las fotos de las joyas, ya la avisaremos cuando hagan falta.

Unos minutos después llamaron a la puerta, y la chica acudió a abrir. A continuación se oyeron en el vestíbulo las pisadas de un hombre.

-Es el chófer -indicó el mayordomo. -¿Quieren hablar con él?

-Desde luego, si puede ser -dijo el policía más joven.

-Claro que sí -dijo el mayordomo, y enseguida se dirigió al vestíbulo. Estuvo Hablando unos minutos con el recién llegado, y luego abrió la puerta del salón, y entró seguido por un hombre robusto que llevaba una cazadora de cuero, unos pantalones vaqueros. Llevaba un guante de piel en la mano derecha.

-Aquí lo tienen, pueden hablar con él.

El hombre se detuvo a la entrada.

-¿Querían algo? -preguntó. -Estoy a su disposición.

Lo estuvieron interrogando, y cuando supo el motivo se mostró muy asombrado.

-¡Qué me dicen! ¿Que han entrado y han robado las joyas? ¿Cómo puede ser?

-Pues ya lo ve. ¿Usted tampoco sabe nada?

-¿Cómo voy a saberlo? Me acabo de enterar. -Se detuvo un momento, y luego comentó:- Bueno, no es raro, hay bastantes robos en la zona. Llegan pandillas de los barrios bajos, y además hay mucho parado. Luego están las drogas...

-Usted se pone guantes para conducir -indicó el policía, observándole la mano derecha, y él se encogió de hombros.

-Sí, suelo. -El otro insistió:

-¿Sólo en la derecha? -El hombre alargó la mano, y se pudo ver que debajo del guante llevaba un vendaje.

-¿Tiene la mano mal? -Él contestó:

-No es nada, ha sido esta mañana, ayudando al mecánico. Ha cerrado de golpe la portezuela, y me ha pillado un dedo.

-Ah, ya.

El policía se estuvo fijando en la izquierda que no llevaba guante. Era una mano ancha, de dedos cortos, con las uñas cuadradas.

-En fin, creo que hemos terminado -observó. -En cuanto haya algo, los tendremos al corriente.

***

Se despidieron, y cada cual tomó una dirección distinta: la señora salió con el chófer, la doncella siguió limpiando las habitaciones y la cocinera se dirigió a la cocina a hacer la comida.

Eran las dos del mediodía cuando la marquesa volvió acompañada del chófer, que le llevaba unos paquetes. La chica había estado preparando una mesa del salón donde comía la señora sola, y ella al llegar se estuvo peinando y lavando las manos. El resto de la servidumbre había entrado en la cocina, y allí se acomodaron en sillas, disponiéndose a almorzar en una mesa alargada.

En el salón, la chica aguardaba con la fuente de servir en las manos, y por fin entró la señora.

-Estoy muy disgustada -comentó. -Espero que estos policías puedan detener al ladrón, aunque lo dudo mucho -suspiró. -Esas cosas tienen mal arreglo, y sería un milagro que dieran con él.

Después de comer, la señora subió las escaleras para dormir la siesta, y la doncella subió con ella a correrle las cortinas.

Cuando el hijo llegó a media tarde, parecía muy alterado. Abrió la verja de la finca con el mando a distancia, cruzó el jardín y condujo hasta una puerta de metal, que abrió asimismo con el mando.

Al entrar en el garaje para aparcar su coche vio el automóvil negro de su madre, ya que por las tardes el chófer lo dejaba allí hasta la mañana siguiente. Entró luego en la casa con su llave, dio un vistazo al hall y a la escalera, y como no vio a nadie se dirigió a una habitación que estaba en la planta baja. En el despacho encontró al mayordomo, que estaba cambiando el agua y las flores en un par de jarrones.

-¿Pero, qué ha pasado aquí? -preguntó. -¿Es cierto lo que dice mi madre? ¿Es posible que le hayan robado las alhajas?

-Así es, señor. Ha acudido la policía y están haciendo indagaciones, pero de momento no se sabe nada. Nos han interrogado a todos, incluso a la señora marquesa, pero que yo sepa nadie ha visto ni oído nada raro la noche pasada.

-Y, ¿por dónde ha podido entrar el ladrón? Porque nadie le habrá abierto la puerta...

-Claro que no, señor. Lo único que ha podido pasar es que entrara por una ventana de la biblioteca. Al parecer, la chica ha visto esta mañana que la falleba no estaba echada. Ella asegura que las cierra siempre, pero que ayer debió equivocarse y la dejó así.

-¿La señora está arriba? ¿Está dormida?

-Está arriba, pero está despierta. Lo sé, porque ha llamado para que la doncella le subiera la merienda, como hace todos los días.

-¿Qué tal lleva lo de las alhajas?

-Está disgustada, como es natural, pero ya sabe que su madre es una persona muy serena, que no se altera demasiado. Yo diría que los del servicio estamos tan afectados como ella... Sabe usted que la apreciamos mucho, y sentimos que le puedan ocurrir estas cosas. La verdad, espero que se solucione todo cuanto antes. La policía se ha tomado mucho interés...

-Bien, voy a subir a verla -indicó, dirigiéndose a la escalera.

El mayordomo estuvo dudando, y por fin se marchó por un pasillo que daba a la cocina y a otras habitaciones de servicio, como el office y la lavandería. Haría media hora que estaba por allí, cuando de nuevo llamaron a la puerta.

-Yo abriré -había dicho la doncella, pero él se adelantó.

-No, deja, yo salgo. Luego tengo que subir a ver si los señores quieren alguna cosa.

Cruzó el vestíbulo deprisa, y cuando abrió la puerta se encontró frente a frente al jardinero, Llevaba a uno de los perros sujeto con una correa, y vio que el animal jadeaba.

-¿Qué ocurre? -preguntó, y el otro movió la cabeza.

-El perro ha acudido muy nervioso, y lo más extraño es que lleva algo en la boca, pero no sé qué es. Yo no puedo quitárselo, mire si con usted es más dócil.

El mayordomo se agachó, y estuvo acariciando suavemente al perro, que pareció tranquilizarse. Abrió la boca, y el hombre pudo ver algo dorado que brillaba. Siguió acariciándolo, y el animal sumiso le dejó meter la mano en la boca abierta, sin resistirse. Cuando el hombre hubo sacado el objeto, se quedó mirándolo con asombro.

-No puede ser... -murmuró.

-¿Qué es? -preguntó el jardinero, y él le mostró la mano abierta. El otro arrugó el ceño.

-¿Qué es eso? -preguntó, con un gesto de incredulidad. El mayordomo movió la cabeza.

-Pues... si no me equivoco, es un dedo con una alianza.

-Pero bueno... ¿Es posible? ¿De dónde habrá sacado eso?

Era un dedo arrancado, grueso y corto, con una alianza de oro. Tenía la uña cuadrada, y estaba teñido de sangre seca. Los dos hombres miraron a la vez el jardín, y la valla.

-Esto tiene que ser que el anillo del ladrón se enganchó en la valla, y le arrancó un dedo. Ha tenido que ser así -murmuró el jardinero.

-Sí, eso parece.

El mayordomo se dirigió al teléfono y marcó un número.

-Por favor, pásate por aquí. Ha llegado el hijo, y a lo mejor te necesita.

Escuchó un momento, y luego añadió:

-Me parece muy bien.

Salió al jardín, y con el mando abrió la puerta de la verja. Después subió las escaleras, y a poco volvió a bajarlas acompañado del hijo de la marquesa, que se mostraba pensativo. Ambos entraron en la biblioteca.

No había pasado un cuarto de hora cuando llamaron nuevamente, y acudieron los dos recibir al recién llegado. El chófer se les quedó mirando, y dijo sonriendo:

-Bueno, no he podido venir antes, pero aquí estoy, para lo que necesiten.

El mayordomo le mostró lo que tenía en la mano. Él no tuvo casi que mirarlo, y retiró instintivamente la derecha vendada.

-Ya está avisada la policía, y no tardarán en llegar -pronunció el hombre despacio. -Me imagino que tendrás algo que explicar...

EL INCENDIO

El pintor era el vivo retrato de la desolación. Eran las ocho de la mañana de un martes cuando llegó a su estudio, aparcó en la acera y no tuvo más que echar una rápida mirada hacia arriba para percatarse del desastre.

El estudio estaba situado en el último piso de un edificio de tres plantas, en el centro de la capital. Los demás locales estaban ocupados por despachos y oficinas...

Él empezaba a trabajar muy temprano, para aprovechar la luz del día. Había llegado de su finca, como siempre, recorriendo los diez quilómetros que lo separaban de la ciudad, y había dejado el automóvil aparcado en la calle, como siempre hacía, ya que el viejo edificio carecía de aparcamiento. Era un coche grande, de color negro.

Toda la planta alta se había quemado. No sólo el estudio estaba ardiendo, sino que varias oficinas se vieron afectadas también. Por suerte, todas estaban deshabitadas a esa hora.

Varios vecinos de las casas cercanas habían advertido el incendio de madrugada y avisaron a los bomberos. Muchos habían salido a la calle a contemplar el fuego.

-Al parecer, la causa de todo ha sido un cortocircuito -decían.

Cuando abandonó el coche, el pintor permaneció unos minutos recostado en un árbol, con los ojos cerrados, hasta que apareció un hombre con las mangas de la camisa arremangadas. Era el jefe de bomberos, que se le aproximó y le puso una mano en el hombro. Él se sobresaltó.

-Me han dicho que es usted pintor, y que es dueño del ático donde estaba el estudio.

-Así es -dijo él.

-Ha sido tremendo, se ve que había en el estudio materiales inflamables. En la vecindad todos lo conocen y se compadecen de usted. Es terrible, perder todo el trabajo de una vida. -Él alzó la cabeza.

-No es eso lo que me preocupa -afirmó, y el otro lo miró, extrañado.

-Pues, ¿no estaban todos sus cuadros aquí?

-Bueno, por suerte la mayoría los tengo en la finca.

-Vaya, menos mal -dijo el hombre, aliviado. Él giró en redondo.

-Lo extraño es que hoy he venido al trabajo con auténtico mal humor. -El bombero frunció el entrecejo.

-¿Algo así como si se imaginara algún suceso desagradable? -El otro negó con la cabeza.

Bueno... no. Pero hay algo me preocupa.

-¿Algo que le preocupa? ¿como qué?

-Pues verá: hace cosa de un año vino una modelo procedente de un país del este. -Aspiró hondo, y prosiguió: -Pretendía que la contrataran algunos artistas y, en efecto, ahora acudía como modelo, además del mío, a dos estudios de pintura. Y la habían contratado un par de escultores también.

-Eso está muy bien. ¿Tanto vale?

-Pues sí. Es una modelo excelente. Es muy guapa y, sobre todo, tiene una paciencia infinita. Puede posar durante horas sin moverse, igual que si fuera una estatua.

-Vaya, vaya. Pues sí que tiene mérito.

-Lo tiene. La mayoría se cansa enseguida y cambia de postura, lo que es un gran inconveniente. Aquí viene los martes y los jueves -agregó, -yo fui el primero en contratarla. Tengo mucha suerte, la verdad.

-Lo creo. Pero, ¿qué le preocupa?

-Pues... que hoy es martes y no sé nada de ella. La he estado llamando a su casa y no me contesta.

-¿Y eso?

-Yo suelo venir muy temprano a preparar el material, y ella llega después. Pero no ocurre siempre, a veces me la encuentro aquí.

-¡No me diga! -exclamó el hombre, y su alarma fue genuina. -¿Y dice que no da con ella? Entonces, ¿es posible que...?

El dueño del estudio aspiró hondo y cerró de nuevo los ojos.

-No quiero ni pensarlo. ¿Ustedes no han visto nada?

El bombero denegó.

-No hemos entrado en la planta alta, era imposible hacerlo, aunque allí se inició el fuego, sin duda.

-¿Eso es seguro?

-Pues sí. Eso ocurre en todos los estudios de pintor: las pinturas arden, y además suele haber una cantidad mayor o menor de disolventes, que incluso pueden estallar.

Y, ¿cómo pueden averiguarlo?

El bombero se disponía a retirarse, pero se volvió un momento y contestó:

-Ahora que el incendio está controlado, tendrá que haber una investigación, para saber con seguridad la causa. La policía ya está avisada, y no creo que tarden. Descuide, le mantendré enterado de todo.

-Se lo agradezco mucho -dijo él.

-¿Dónde lo podemos encontrar?

Les dio las señas de la finca, y aseguró que no estaba muy lejos.

-Allí pueden encontrarme, no voy a salir en todo el día, y mañana tampoco.

El pintor volvió en coche a su casa, que se encontraba en una barriada de lujosos chalets rodeados de jardines y de setos, que los ocultaban de los transeúntes.

Todavía el olor a quemado se extendía por toda la zona. Los comercios estaban abiertos, y el incendio fue la comidilla de todos.

-Nunca he visto una cosa igual -exclamó una anciana del vecindario. -Y lo peor es que ha muerto una mujer.

-No será la modelo -preguntó una chica con voz temblorosa.

El dueño de la tienda de comestibles asintió con un gesto.

-Pues sí que era la modelo -aclaró. Ella movió la cabeza a ambos lados.

-Pobrecilla, era muy agradable, aunque apenas sabía nuestra lengua, pero se notaba que era una persona educada...

-Desde luego, y era muy hermosa.

-¿Cuánto tiempo llevaba por aquí?

-Un año, más o menos -contestó el dueño de la tienda...

***

Efectivamente, arriba había muerto quemada una persona. Cuando pudieron sacar a la modelo, estaba irreconocible. Su cuerpo sufría grandes quemaduras, sobre todo en el rostro y los brazos. El hombre que la había descubierto pidió una camilla, y ayudado por otros dos colocó en ella el cadáver.

-Qué espanto, vaya muerte -comentó. Su compañero estaba serio.

-Y que lo digas -afirmó en voz baja.

Sacó del bolsillo un pañuelo y empezó a limpiarse el rostro, que llevaba totalmente tiznado. Después miró a la mujer fijamente, sin decir ni una palabra.

-Esto no es cosa nuestra, sino de la policía -comentó el tercero, y el del pañuelo dijo que sí con la cabeza.

-Aquí tienen con qué entretenerse -admitió.

Pronto, el lugar se encontraba rebosante de técnicos en huellas dactilares y demás personal especializado.

Una ambulancia que aguardaba fuera se llevó el cadáver calle arriba, en dirección al tanatorio. Allí estaba aguardando el forense, que se hizo cargo de él.

Como era de esperar, días después el pintor recibió en su finca la visita de dos policías que le estuvieron haciendo preguntas.

-Ya se lo he dicho todo al jefe de bomberos -afirmó, y el agente asintió, pensativo.

-Lo sabemos, pero no es suficiente. Es a mí a quien tiene que contestar.

Estaban de pie, y el dueño de la casa señaló un sofá.

-Está bien, podemos sentarnos. ¿Quieren beber algo?

-No, muchas gracias -dijeron a la vez.

Hablaron un rato, y luego el policía consultó las notas que había tomado.

-¿Cómo es que la modelo estaba en el estudio a una hora tan temprana? -insistió. El pintor movió la cabeza, dudando. Luego le estuvo explicando la causa.

-Ella tenía llave, yo no podía imaginar que estuviera allí a esa hora.

***

Llamaron a la puerta, y el policía dirigió hacia allí la mirada. El dueño de la casa, que había encendido un cigarrillo, se puso en pie, y a paso ligero se dirigió a abrir.

Un hombre estaba junto a la puerta abierta. Era corpulento, y llevaba un traje con camisa, pero sin corbata.

-Soy el comisario -dijo el recién llegado.

Él se le quedó mirando con extrañeza. Lo invito cortésmente a entrar.

-Al parecer, están aquí mis hombres -dijo él. El pintor arrojó una bocanada de humo.

-En efecto, pase -le dijo, pero el otro no se movía.

-Adelante -insistió.

-Tiene que acompañarme. -dijo el comisario secamente. Él lo miró con acritud.

-¿Qué ocurre? -El policía enarcó las cejas, y se dirigió a los subordinados que estaban dentro.

-Ustedes, vengan conmigo -indicó. -Y esposen a este hombre.

El pintor hizo un gesto de asombro. Miró a su alrededor.

-No entiendo nada -dijo con un ligero carraspeó. El comisario aspiró hondo.

-Se ha llevado a cabo la autopsia de la fallecida. Bueno, de su modelo -matizó.

-¿Y?... Él carraspeó.

-No había óxido de carbono en su sangre, ni humo en sus pulmones -dijo con voz gélida. Él dueño de la casa estuvo a punto de echarse a reír, pero el otro lo atajó con un gesto.

-Esa mujer no murió en el incendio, porque ya estaba muerta.

-¿Cómo dice?

-Que había sido asesinada.

El otro se quedó de pronto idiotizado, con la boca abierta.

-¡Pero qué está diciendo! Eso es imposible. -El comisario lo miraba de frente, como si quisiera leer en sus ojos.

-Alguien la ha estrangulado. Tenía rotas las vértebras del cuello.

El pintor dio un respingo, y se puso muy colorado.

-¡Qué locura! Y, ¿qué explica que se haya quemado en el incendio?

El policía tardó en contestar.

-Pues verá, hemos podido comprobar que alguien colocó anoche unas velas en la estantería donde se guardan los materiales inflamables.

El pintor arrugó el entrecejo, y soltó una carcajada chirriante.

-Pero, ¿a quién se le ocurre?¿Quién haría tal cosa?

El otro sacudió la cabeza.

-Muy sencillo. La persona que la ha asesinado, para ocultar su crimen.

Él se quedó suspenso y se llevó el cigarrillo a los labios.

-Vaya, qué prevenido... -El policía apretó los labios.

-Esa persona ha sido usted -dijo secamente. -Usted la ha estrangulado.

El pintor Lo miró a través del humo. Barbotó una observación incoherente.

-¿Cómo sabe que he sido yo? Puede haberlo hecho cualquiera. ¿Cómo puede afirmar eso, con el gran aprecio que yo le tenía? He sido el principal perjudicado...

El comisario lo había agarrado del brazo y, aunque él trató de desasirse, la mano del otro parecía una garra.

-Yo diría que la apreciaba demasiado -sonrió.

Los policías ya habían esposado al acusado, que no ofreció resistencia. El comisario hizo una mueca Su mirada recorrió los rostros de todos los presentes.

-La mujer estaba embarazada, y las pruebas de ADN están en camino -añadió con brusquedad. -Para cuando nos las envíen, estará usted en la cárcel. -Hizo una pausa, mientras que el otro no se atrevía a alzar la mirada, y se embrollaba con una serie de frases sin terminar. Luego, le dijo en tono de reto:

-Pronto se sabrá quién el padre, y tendré mucho gusto en disculparme si estoy equivocado...

LA OPOSICIÓN

En una de las aulas de la Universidad, un numeroso grupo de alumnos ocupaba la totalidad de los pupitres, bien separados unos de otros. Los miembros del tribunal, que habían sido convocados para la oposición del Cuerpo Nacional de Policía, se sucedían para vigilar el examen. Entre otras cosas, cuidaban de que no se cruzaran notas orales ni escritas, ni se intercambiaran folios, bolígrafos ni cualquier clase de material. Eran todos funcionarios de carrera.

Los alumnos estaban convocados para la prueba selectiva de conocimientos, formulada en forma de tests, dado que todos ellos eran licenciados, y ya habían superado las pruebas físicas que eran las que ofrecían más dificultad.

En un momento dado, el presidente consultó su reloj y se dirigió a los alumnos.

-Es la hora -dijo con voz firme. -Deben entregar sus trabajos.

Del examen de hoy dependía la suerte de cada uno, que se reflejaría más tarde en las listas de aprobados, con el consiguiente paso a la entrevista personal. No todos lo conseguirían, y en el ambiente se percibía una gran tensión. Algunos estaban muy nerviosos.

-Es la segunda vez que me presento -le dijo uno en voz baja a un compañero. -Mi padre me va a matar si suspendo.

-Hombre, no será tanto...

-Es lo que tú te crees. No sabes cómo se las gasta...

Eran un porcentaje mucho mayor de hombres que de mujeres, todos con edades superiores a los veinticinco años, y llevaban al menos dos años preparando la oposición. Muchos de ellos habían repetido varias veces.

-Vamos, vamos, no pueden escribir más, dejen los exámenes encima del pupitre.

El presidente era un hombre curtido en la profesión, que había alcanzado el grado de comisario jefe, y contaba con el respeto y el afecto de sus compañeros y subalternos. Era bastante alto y vestía un uniforme impecable, cosa que hacía siempre, como sabían bien todos sus compañeros.

-Es de lo mejor de la profesión -se decía, y pocos de ellos no hubieran estado de acuerdo.

-Y al mismo tiempo es un excelente profesor, lo cual es difícil. Ha formado a varios de los mejores agentes que tenemos.

-Y que lo digas. Tiene fama. Además de estar muy enterado, transmite sus conocimientos de forma clara y sencilla. No se anda con florituras, no las necesita.

En efecto, parecía enamorado de su profesión de policía, y le apasionaba enseñar. Muchos de los consejos que daba se habían hecho populares.

-Nunca les insistiré bastante en que deben fijarse en los detalles más nimios, que no llamarían la atención en cualquier persona ajena al cuerpo -solía decir. -Muchas veces, la resolución de los casos se consigue por un detalle mínimo.

Todos sus alumnos eran conscientes de que tenía razón, ya que lo había demostrado de sobra, resolviendo casos difíciles en varias ocasiones.

-Que nadie se mueva -indicó. -Deben permaneces sentados, con los bolígrafos guardados, hasta que los miembros del tribunal pasen a recoger los ejercicios. Pueden hablar si quieren, siempre que no alcen la voz, y que nadie escriba ni una letra.

Hoy, los alumnos le obedecían, como siempre, y todos estaban en sus puestos. En un momento dado la puerta se abrió, y entró una dama que parecía buscar a alguien con la vista. El comisario le hizo seña de que entrara.

Se trataba de una mujer mayor, con el cabello canoso peinado en un moño alto. Llevaba gafas, y un flequillo le cubría la frente hasta las cejas. Iba vestida de negro, con las mangas largas, y una falda que le llegaba a los tobillos.

-Pase, pase -le indicó él.

Ella se acercó al estrado y, dudando un momento, se aproximó a él y le dijo unas palabras al oído. El presidente le contestó también en voz baja, y hablaron durante unos minutos, hasta que se despidieron dándose la mano. El hombre la acompañó hasta la puerta, y la mujer salió andando deprisa.

El comisario había vuelto al estrado, y se puso a consultar unos cuadernos que sacó de una carpeta azul. De cuando en cuando daba un vistazo alrededor, comprobando que nadie escribía, y que la mayoría tenía los brazos cruzados sobre el pupitre.

Pasaron unos minutos, mientras los miembros del tribunal recogían los exámenes y las conversaciones subían de tono.

De nuevo se había abierto la puerta, y esta vez apareció en ella una mujer joven, con el pelo rubio y rizado. Todos la miraron con curiosidad: llevaba puesto un vestido verde con una minifalda, que dejaba al descubierto sus largas piernas, sobre unos zapatos muy altos de tacón. Pareció quedarse muy sorprendida.

-Ah, perdonen, me he equivocado de aula -se disculpó, y sin pensarlo más giró en redondo y se fue por donde había venido.

No tuvieron que esperar mucho, y por tercera vez la puerta se abrió, dando paso a una policía uniformada que formaba parte del tribunal, y se había ausentado desde el principio. Se dirigió al final del aula, y estuvo terminando de recoger los ejercicios. Al igual que los otros, subió al estrado y los colocó sobre la mesa, sentándose luego.

El comisario se había puesto en pie. Dio las gracias a sus compañeros y se volvió hacia los alumnos, que empezaban a levantarse para dejar el aula.

-Aguarden un momento -les dijo. -No tengan tanta prisa.

Algunos habían salido, y volvieron a entrar. Crecía el rumor de las conversaciones, cuando él alzó una mano, imponiendo silencio. Cuando todos se habían callado, el profesor carraspeó.

-¿Alguien ha notado algo raro, algo fuera de lo común?

Se miraron unos a otros, denegando, y el insistió:

-¿Están seguros? ¿Nadie ha notado nada?

Se detuvo, como aguardando una respuesta, y al no recibir ninguna siguió hablando despacio.

-Han entrado tres personas, al aula, ¿no es cierto?

-Sí, han entrado tres mujeres -oyó.

-¿Todos piensan lo mismo?

-Pues sí... -dijeron varios al unísono, y él se echó a reír.

-Menos mal que hoy me han cogido de buenas, por que si no, por mis muertos que les hubiera largado un suspenso general.

Notó cómo los rostros se alteraban, y prosiguió:

-No me canso de decirles que se fijen en los detalles. ¿Podrían ustedes prestar más atención?

Se oyó un murmullo general, y él hizo un gesto de cansancio.

-No han sido tres mujeres, sino una sola las tres veces, vestida de distintas maneras. ¿Es posible que nadie se haya dado cuenta? Tenían que haberse percatado de que las tres que han entrado esta tarde eran la misma persona, la profesora disfrazada. En esta profesión, una peluca puede ser muy importante para la solución de un crimen...

LA PORTERA

Eran las doce de la noche cuando empezó a sonar el teléfono en la comisaría, y un policía lo cogió.

-Vengan, por favor -dijo una voz de mujer. -Estoy en la portería, y en uno de los pisos está la dueña tirada en el suelo, como muerta...

-¿Cómo dice? -le contestó él. -Explíquese mejor. ¿Qué ha pasado? -Notó cómo ella respiraba hondo.

-Bueno... verá. La dueña del piso me había pedido que subiera a su casa a arreglar una persiana, y cuando he subido la he encontrado en el suelo, y creo que está muerta.

-Dígame la dirección de la casa -dijo él, y tomó nota en un cuadernillo.

-Enseguida vamos, no toque nada.

-No, descuide. En la portería lo espero.

A los diez minutos, un automóvil se detuvo a la puerta de la casa, y tres hombres bajaron. Observaron el número que estaba escrito en el montante de la puerta, y el inspector pulsó el botón de la portería. Al momento, el portón se abrió con un crujido.

Habían entrado en un vestíbulo muy grande y bastante antiguo, con las paredes desconchadas. El policía jefe se detuvo un momento mirando alrededor, y enseguida se dirigió hacia una puerta de cristales con un visillo interior. Llamó con los nudillos y la puerta se abrió, apareciendo una mujer bastante alta y fuerte, de tez morena y cabello muy negro. Llevaba puesto un vestido a cuadros grises y blancos, y calzaba zapatillas de fieltro.

-¿Es usted la portera? -interrogó, y ella asintió con la cabeza. -¿Ha llamado a la policía?

-Pasen, por favor -les dijo ella. -Han llegado muy pronto.

El hombre sonrió.

-Gracias, menos mal. Es la primera vez que me lo dicen.

La luz del portal estaba encendida, y la puerta de la calle se cerró de nuevo. La de la portería estaba abierta, y una luz amarillenta se distinguía dentro.

-Voy a coger la llave del piso -dijo ella, invitándolos a entrar. Los tres hombres la siguieron por un pasillo, hasta llegar a una salita sencilla, pero perfectamente ordenada. Sobre el sofá, unos cojines floreados estaban perfectamente colocados, y sobre la mesa había un tapete de encaje blanco. Todos los muebles estaban muy limpios, tanto que brillaban, reflejando la luz. El suelo relucía.

-No tardo nada -dijo ella, y entró a una habitación que perecía el dormitorio. Fue hacia la mesilla de noche, y de un cajón sacó un manojo de llaves. Con él se reunió con los otros.

Salieron al portal y tomaron un viejo ascensor, que los condujo hasta el piso tercero. Por el camino, ella fue explicando lo ocurrido.

-¿Vive usted sola? -le preguntó uno de los agentes, y ella denegó.

-No, estoy casada, pero mi marido está fuera. Su padre estaba enfermo, y él volverá mañana. Él es tramoyista, pero normalmente se ocupa de la portería.

-Ah, ya.

Según dijo, había subido a arreglar una persiana que se había roto.

-Tengo la llave de todos los pisos, así que cuando he podido, antes de llamarlos a ustedes, he estado en el piso tercero. Pueden figurarse la impresión que me he llevado al ver a la vecina caída en el suelo. Y más, cuando le he tomado el pulso y he podido comprobar que estaba muerta.

-Pues sí, no me extraña -dijo el policía más alto.

-Ella es... era... prostituta -siguió la mujer en voz baja. -Todos en la casa lo saben, pero nadie protesta, porque mientras está en el piso siempre se ha comportado con toda corrección. Incluso, era muy agradable y tenía amistad con alguna vecina. -El inspector se quedó pensativo.

-Si es cierto lo que me dice, es raro que estuviera por la noche en la casa.

-Sí que lo es... ella solía salir sobre las diez de la noche, y no volvía hasta por la mañana.

La portera abrió con la llave y entró, seguida de los tres policías. En efecto, había una mujer tendida en el suelo, y el inspector pudo comprobar por sí mismo que estaba bien muerta.

El hombre se enderezó y miró alrededor. Había un abrigo femenino colgado de un perchero, y todo en el salón parecía en completo orden. Revisó las dos ventanas que daban a la calle y arrugó el ceño.

-No hay ninguna persiana estropeada -comentó, y ella le contestó enseguida.

-Claro, yo la he arreglado. Ella no era muy mañosa, que digamos. Solía llamarnos para cosas así.

El inspector entró en el dormitorio seguido de la portera, y abrió las puertas de un armario empotrado. Había prendas y objetos tirados por el suelo, y sobre el tocador se apilaban un teléfono móvil, un montón de rizadores, mezclados con barras de labios y toda clase de productos de belleza. Algunas cosas habían resbalado y estaban en el suelo. Había una ventana abierta y él se asomó un momento. Daba a un patio interior.

-Es imposible que nadie haya entrado por la ventana de un tercer piso -observó, y ella le dio la razón.

-Claro, tiene que haber entrado por la puerta. Eso quiere decir que ella tuvo que abrirle... -dudó, y él denegó con un gesto.

-Acaba de decir que no recibía a nadie en su casa. O ha tenido mala suerte y una vez que lo ha hecho le ha abierto a su asesino, o no sé...

La cama estaba sin hacer, y había polvo en los muebles y en todas partes . Él se quedó mirando el interior del armario empotrado, y algo pareció atraer su atención.

-Bueno, bueno...

Salieron de nuevo al salón, y hallaron a los dos policías en torno a la muchacha.

-Tendremos que llamar al forense, y al juez -les indicó a sus hombres. -Por supuesto, no vamos a tocar el teléfono móvil. -Luego se dirigió a la mujer. -Usted tiene teléfono en su casa, ¿no es así?

-Claro, puede utilizarlo si quiere. -El policía la miró.

-Bueno, vamos abajo, y ustedes dos quédense aquí, y esperen a que vengan los otros.

Tomaron de nuevo el ascensor y, dentro de la portería, el inspector hizo las llamadas pertinentes. Cuando colgó estaba muy serio.

-¿Dice que ha arreglado la persiana de arriba? -Ella pareció sorprendida.

-Pues claro que sí, para eso subí.

El hombre seguía de pie, y miró alrededor.

-Algo no cuadra -susurró.

-¿Cómo dice? Él estaba más serio cada vez, y empezó a hablar despacio.

-No sé por qué, pero no me convence...

Ella pegó un respingo.

-Bueno, yo... -El hombre se cruzó de brazos.

-Mire, voy a tener que detenerla -dijo secamente, y ella se estremeció.

-¿Que va a detenerme? ¿Por qué?

-Él consultó su reloj de pulsera, sacó unos guantes del bolsillo y empezó a ponérselos. La mujer lo observaba, atónita, y él le dirigió una sonrisa.

-Ahora son las once y media.-pronunció despacio. -Hace un rato usted pensaba que la señorita estaba fuera, como todos los días. Creyó que era buena ocasión de entrar a robarle, pero se equivocó... Debió de llevarse un buen susto.

Ella no dijo nada. Se mordió los labios y se quedó mirando al suelo.

-Usted la ha golpeado, ¿verdad? Pero se ha pasado de la raya, y ahora está muerta. -La mujer se le quedó mirando con ojos brillantes.

-Pero, ¿qué dice? Está usted muy equivocado, yo no he golpeado a nadie -Él hizo un gesto expresivo.

-Bueno, eso va a explicarlo en la comisaría, y veremos lo que dice el juez...

Ella se había vuelto y echaba chispas por los ojos.

-¡Eso que dice no es verdad! Ha sido un accidente... -él asintió despacio.

-Hubo lucha violenta, ¿verdad? -preguntó, y la mujer pareció derrumbarse.

-Pues sí... yo no me esperaba que estuviera en la casa.

-Ya veo. Usted había entrado con su llave, a robar. No esperaba encontrarse con la dueña del piso, y reaccionó de manera violenta. Seguro que llegaron a las manos, ¿no es cierto?

Ella no dijo nada. Miraba al suelo como hipnotizada, y asintió.

-Me amenazó con llamar a la policía -declaró. -Hubiéramos perdido la casa, la portería y todo...

-Ustedes pelearon -dijo él.

Hubo un largo silencio, que rompió en inspector.

-Pelearon, la señorita cayó hacia atrás y se golpeó en la nuca. ¡Fue así?

Ella afirmó con la cabeza. El hombre había cerrado la puerta de cristales y se volvió en redondo.

-Cuando pudo usted comprobar la gravedad del golpe, trató de serenarse y de preparar alguna historia para la policía. Arregló usted el salón, que estaba revuelto, cogió lo que quería y se bajó a la portería. Luego, usted nos avisa, y se inventa la historia de la persiana rota. Por cierto, ¿Qué contenía la caja que robó?

-¿Qué caja? -dijo ella, asombrada.

-En el interior del armario, que como todo lo demás tiene polvo, pude observar una huella cuadrada, como la que dejaría alguna caja, o quizás un joyero. No sé si me equivoco, pero vamos a comprobarlo enseguida, en cuanto yo efectúe el registro de la portería...

Ella se había puesto roja, pero no dijo nada, y él prosiguió con una sonrisa.

-Usted descubre un cadáver, se queda aterrada, ¿y se dedica a arreglar una persiana?¿Así, por las buenas y con toda calma? Vaya, no me lo creo...

-Yo no...

Él terminó de ponerse los guantes, sacó unas esposas del bolsillo y habló secamente.

-Vamos, va a acompañarme mientras mis compañeros vigilan el piso.

-Por favor, no...

El hombre la había tomado de un brazo y en un momento le puso las esposas. Luego aspiró hondo.

-Siéntese un momento, que tengo que comprobar algo -le dijo.

Sin decir nada ella siguió su indicación, mientras el policía entraba en la pieza contigua. Se oyó el ruido de varios cajones al abrirse, así como las puertas del armario, y él apareció en la salita con una caja cuadrada en la mano. Era una caja de madera tallada, con incrustaciones de marfil.

-¿Qué me dice de esto? -preguntó, al tiempo que abría la caja. Ella pudo ver el brillo de las joyas que contenía y agachó la cabeza abatida, pero no contestó. Entonces, él cerró el joyero y lo depositó sobre una mesa baja.

-Lo recogeré después, cuando haya vuelto de la comisaría. Y usted, ¿necesita coger alguna cosa, de momento? Más tarde le llevarán todo lo que necesite.

Ella miró alrededor, y asintió con un gesto.

-Querría llevarme mi bolso... ¿puede llevarlo usted?

-Desde luego que sí. Y, para otra vez, no se moleste en arreglar la escena del crimen.

Ella le lanzó una mirada de odio, pero él la ignoró. Siguió hablando con sorna.

-Enseguida me he dado cuenta de que algo fallaba, y eso me ha hecho sospechar. -La mujer estaba sudando, y él prosiguió:

-Hemos visto el salón de la vecina completamente ordenado, cuando ella debía ser un verdadero desastre, a juzgar por cómo tenía el dormitorio. Había polvo incluso en el interior del armario, tanto que me ha permitido distinguir el lugar donde ella guardaba el joyero.

Él la había tomado del brazo y salieron juntos. Entraron ambos en el coche, que arrancó enseguida. El policía comentó en voz baja:

-Pienso que su marido, cuando vuelva mañana, se va a llevar una buena sorpresa...

LA SERRERÍA

-Ahora mismo vamos -dijo el policía, colgando el teléfono.

Era un muchacho joven y bastante delgado, con los ojos claros y con el pelo cortado a cepillo. Se levantó del asiento y abandonó el despacho, en dirección a un corredor a donde daban varias puertas pintadas de blanco. Se dirigió a una de ellas y pegó con los nudillos.

-Pase -oyó.

Accionó el picaporte y entró en un despacho grande, rodeado de estanterías metálicas y varios ficheros, y a un lado una gran mesa cubierta de papeles. El inspector le daba la espalda y estaba de pie, consultando algo en un fichero antiguo.

-Con su permiso. -dijo él. -Hemos recibido una llamada denunciando un robo en una serrería. -El otro no cambió de postura.

-¿Y eso? ¿Ha tomado las señas? -Él afirmó con un gesto, y leyó una dirección que había apuntado en un papel.

-Sé dónde es -dijo el inspector, dándose la vuelta. Se trata de una zona industrial con muchas naves, unas de almacenaje y otras ocupadas por un gran número de pequeñas industrias.

-Sí, así debe ser. -El inspector siguió consultando las fichas.

-¿Han dado detalles? -Él denegó.

-Bueno, saben que el robo se llevó a cabo de madrugada, pero no saben a qué hora. Esta mañana se han encontrado la puerta forzada, y se habían llevado el dinero que estaba reservado para reformar el local.

-Es un sitio tranquilo. Avise a dos de sus compañeros, y que vayan en cuanto puedan. Que lleven a cabo los interrogatorios y que tomen las huellas, si es que las hay. Y a ver si los perjudicados pueden dar datos más concretos.

-Sí, señor, ahora mismo.

Eran las ocho de la mañana. En efecto, dos policías uniformados abandonaron la comisaría, y partieron en un automóvil negro en dirección al sur, donde se hallaban las zonas más modestas. Era lunes, y algunas pandillas de muchachos ocupaban ya las callejuelas. Atravesaron un barrio de casas bajas y encaladas, y no tardaron en llegar a la zona industrial. Una vez allí, no les fue difícil hallar la serrería.

Detuvieron el coche a la entrada, se bajaron y fueron hacia una gran puerta de metal. Iban a haber llamado, pero enseguida vieron que la cerradura estaba forzada, y apenas tuvieron que empujar cuando se vieron dentro, en un pasillo de obra que daba paso a varias dependencias, separadas por puertas de madera.

Enseguida pudieron percibir el olor a madera fresca, y vieron que todos los rebordes estaban llenos de un polvillo amarillento de serrín. A la izquierda, a todo lo largo del ancho pasillo, había amontonadas varias tablas de pino.

Una de las puertas estaba abierta y vieron aparecer en ella a un hombre corpulento, vestido con un mono de trabajo. El hombre avanzó, secándose las manos en un paño.

-Soy el primer oficial. Pasen, pasen,-indicó con un gesto.

Llegaron al lugar donde debía estar la dirección, una amplia pieza que contenía varias mesas con ordenadores y armarios metálicos. Un hombre de edad, con el cabello blanco y unas gafas redondas y doradas, estaba sentado en un sillón leyendo un folleto.

Al entrar los dos policías, alzó la mirada con el ceño fruncido.

-Vaya, ya están aquí. Mi empleado ha sido quien les ha llamado esta mañana para denunciar el robo -aspiró hondo y prosiguió: -Era el dinero que tenía guardado para pagar hoy a la empresa constructora.

-¿Dónde estaba guardado? -Él carraspeó.

-Lo tenía en ese armario, en una caja de caudales. Hasta se han llevado la caja. -El policía más grueso sonrió.

-Eso no es raro. Siempre digo que esas pequeñas cajas de caudales no hacen más que facilitar las cosas al ladrón. Con llevarse la caja, saben que todo el dinero está dentro. -El hombre lo escuchaba con cara de pocos amigos.

-Es usted muy gracioso -gruñó.

El policía hizo caso omiso al comentario y se aproximó al armario metálico, que también tenía la cerradura saltada.

Había una gran mancha de aceite en una de las baldas, y chorreaba por las otras, hasta llegar al suelo donde había formado un pequeño charco viscoso.

-El ladrón sabía el lugar exacto del dinero -indicó el policía.

-No es raro, aquí ha entrado mucha gente a cobrar, y siempre guardo el dinero en la caja, aunque suele ser en menos cantidad. Lo que se ingresa por la serrería va al banco directamente, pero siempre hay que tener una cantidad para las emergencias.

-¿Nunca ha habido tanto dinero? -El hombre denegó.

-No, desde hace tiempo. Dese cuenta, el constructor ha llevado a cabo importantes reformas en todas las secciones de la serrería.

-Ha tenido que ser a medianoche -dijo el primer oficial. -Tenemos un guarda jurado, y no se mueve de su puesto en toda la noche, como no sea para ir al baño, que está en el edificio vecino. Al parecer la noche pasada se levantó para orinar, y al llegar al servicio vio que la cisterna se había estropeado, y estuvo algún tiempo arreglándola.

-Vaya, qué oportunidad.

-De todas formas, quien fuera debió de entrar a oscuras, quizá con una linterna, pues de no ser así, hubiera alertado al vigilante.

-Claro, claro.

El policía estuvo observando las baldas, donde se apilaban algunos libros de facturas y otros tomos más o menos gruesos. Todos contenían fotografías de muebles de madera, o eran tratados sobre carpintería. Se dio cuenta de que en una de ellas había una lata de aceite, y se debía haber volcado, porque de allí procedía la grasa que manchaba las baldas inferiores. Ahora, la lata estaba de nuevo de pie.

-Se ve que, al intentarlo a oscuras, volcó el aceite sin querer -pronunció en voz baja. -Estaba junto a la caja de caudales, y la lata no debía estar bien cerrada.

Su compañero, más bajo y delgado, estuvo comprobando estos datos, y asintió:

-Vaya desastre -comentó, moviendo la cabeza. -Gracias a que los libros y las facturas estaban en el extremo opuesto, pues podían haber quedado inservibles.

El primer oficial asintió.

-El que fuera debió de mancharse las manos -dijo, muy serio. -No sé si se han fijado en que hay huellas de aceite en una pared el pasillo.

-Claro, si el ladrón salió a oscuras, tuvo que ir a tientas para no tropezar -dijo uno de los policías.

Todos salieron, incluido el dueño, y en el lado libre de tablones, sobre la pared rugosa del pasillo, vieron que había unas huellas claramente marcadas, que llegaban hasta el portón de entrada.

-Aunque no creo que sirvan para nada -dijo el primer oficial, moviendo la cabeza. -La pared es tan irregular que las huellas no han podido marcarse de forma que puedan detectarse.

-Puede ser -dijo el policía.

Las estuvo observando de cerca. Sobre la reseca pared alguien había dejado un rastro grasiento. Siguió las huellas a lo largo del pasillo, hasta la puerta, y se volvió con el ceño fruncido.

-¿No notas algo raro? -le dijo al compañero. -El otro se puso a su lado.

-Bueno, que ladrón se llevó en las manos media lata de aceite. ¿No crees?

Él policía seguía con el ceño fruncido.

-Justo, eso pensaba yo. Y es tan raro...

Todos lo miraban extrañados, y él se mantuvo unos momentos en silencio. Luego dijo, como para sí:

-La pared es rugosa y áspera. No es posible que una mano manchada de aceite deje las mismas huellas al principio que al fin. -El primer oficial se había puesto tenso.

-¿Cómo dice? -Él se volvió despacio.

Digo que estas huellas están amañadas El que las dejó, tuvo que mancharse varias veces las manos de aceite.

-Bueno, no... -saltó el oficial. El otro lo miró fijamente.

-Y es usted quien ha impreso las huellas, ¿verdad?

El hombre se había quedado pálido, y el dueño de la serrería fue quien reaccionó.

-¡Ya lo decía yo! No estaba seguro, porque no pensé nunca que sería capaz de tal cosa, pero ahora que pienso, ninguno de mis empleados salvo él conocían que en la caja se guardara por una vez tanto dinero. Y si ni ellos sabían, menos aún podía saberlo un extraño...

LOS MONOS

El aeropuerto norteamericano estaba en plena actividad, con docenas de aviones de todas las nacionalidades que aterrizaban y se elevaban en un cielo de un azul intenso.

Un viejo avión había tomado tierra hacía una media hora, y su aspecto contrastaba con la del resto de modernas aeronaves. En realidad era más un aparato de carga que de viajeros, y su cabina estaba ocupada por un total de tres hombres de facciones asiáticas.

Lo verdaderamente importante era el compartimiento de equipajes, que transportaba un par de docenas de monos para experimentos de laboratorio, y algunas cajas de madera de tamaño mediano.

Aquí tenéis por fin a los monos -le dijo el piloto a un hombre vestido con ropa de trabajo que, saliendo del aeropuerto, se había aproximado al aparato.

-Ya era hora -dijo con gesto de impaciencia. -La persona que los ha encargado tenía muchísima prisa, y ha pagado una buena cantidad por ellos.

-¿Son todos para experimentos científicos? -preguntó uno de los hombres que había saltado a tierra, y el otro contestó:

-Exactamente, y ya iban tardando demasiado.

El lugar olía que apestaba, y el recién llegado arrugó la nariz.

-Huelen mal, pero son unos animales muy graciosos -comentó. El piloto soltó una carcajada.

-La verdad, maldita la gracia que me hacen a mí, con esa peste que llevan -dijo. -No sé cómo vamos a desprendernos de ese olor, lo llevo ya metido en los sentidos. Esto no hay quien lo aguante.

Una furgoneta se había acercado, y dos hombres se bajaron y entraron en el compartimiento del avión donde estaban los animales.

Los monos fueron descargados, y los cuidadores estuvieron comprobándolos uno a uno, por si alguno de ellos estaba herido o padecía alguna deformidad. Ya estaban en jaulas en la furgoneta, cuando un mono empezó a dar volteretas, como si se hubiera vuelto loco.

-¿Qué demonios le pasa a este bicho? -interrogó el conductor. -Parece que está loco, fijaos lo que hace.

El animal parecía incansable, y los hombres lo sujetaron con dificultad. A uno de ellos le llamó la atención algo que tenía pegado en el hocico.

-Fijaos, se ha manchado la nariz con alguna sustancia, ¿No lo veis?

En efecto, una de las cajas se había roto, y su contenido estaba a la vista.

-Qué es eso? Parece resina o algo así, y viene dentro de esa caja. -El chófer de la furgoneta movió la cabeza.

-Seguramente, es un alimento especial para estos ejemplares -contestó.

El otro se quedó pensativo. Acercándose a la caja tomó un pellizco de su contenido, y lo olió. Sus ojos se dilataron por el asombro.

-¡Por mis muertos, que esto huele a opio! Es un olor inconfundible. Habrá que avisar a los guardias de la aduana para que lo comprueben.

***

El guardia que se había encargado del registro no parecía creer lo que estaba sucediendo. Le transmitió sus sospechas al jefe.

-Han aprovechado el cargamento de monos para enviar opio -le dijo. -Y no es mala idea, ya que el fuerte olor de los animales disimula el del opio. Así que lo intentaban meter de contrabando... -Su jefe asintió:

-Estaba bien pensado, pero no habían previsto la rotura de la caja. Estas cosas pasan a veces, y lo ocurrido les ha invalidado toda la operación. -El otro movió la cabeza, pensativo.

-Desde luego. Y hay que reconocer que algunas veces se descubren los delitos, no por mérito nuestro, sino por pura casualidad...

EL BOTÍN

La policía había recibido un aviso de que por la noche arribaría a cierto lugar de la costa una barca cargada de heroína. Faltaban dos horas para que amaneciera y era todavía noche cerrada cuando los agentes, apostados tras unas rocas, prepararon una emboscada en la playa.

-Han dicho que son tres las personas que traen el alijo -dijo el jefe. -Tenemos que cogerlos por sorpresa, para que no tiren la droga al agua. -Hay que tener mucho cuidado.

Al poco rato vieron llegar silenciosamente una barca de remos, que avanzó hasta haber alcanzado la arena. La playa estaba desierta a esa hora, y en la lejanía se divisaba de tiempo en tiempo la luz de un faro que giraba. El grupo aguardaba, agazapado, y unos bultos oscuros se interpusieron entre ellos y la luz lejana del faro.

Con un suave silbido, el guardia alertó a sus acompañantes para que avanzaran hacia la embarcación. A una señal cayeron sobre los recién llegados, que pronto fueron reducidos.

-Manos arriba, por su bien les aconsejo que no opongan ninguna resistencia.

En efecto, los de la barca se entregaron sin lucha, y fueron esposados. Llevaban puestos unos impermeables azul marino, y unos gorros del mismo color.

-¿Por qué nos detienen? -dijo el más alto. -Nosotros no hemos hecho nada.

-Tienen que acompañarnos -dijo secamente el policía. -Y vosotros, registrad la barca.

Había encendido una linterna, y se quedó mirando a los hombres, extrañado. Al mismo tiempo, uno de los suyos se aproximó y le habló al oído.

-¿Pues no dijeron que eran tres? Aquí no hay más que dos personas. Qué raro.

Estuvieron un rato registrando todos los rincones de la barca, pero no dieron con ningún alijo. La droga no aparecía por ningún lado. También comprobaron si no habrían atado algún bulto y lo habían venido remolcando.

Se hallaban en una hondonada, y el que llevaba el mando hizo un gesto señalando arriba, en dirección a la carretera.

-Vamos, subiremos por ahí.

El grupo remontó el sendero, y en la noche, resonaron sus pasos con un ruido sordo. Los detenidos iban delante y el resto marchaba en fila india, ya que era estrecho el camino que llevaba hasta un bosquecillo de pinos.

Desde allí, avanzando unos metros estaba la carretera, donde les aguardaban tres coches, Antes de entrar en el primero, uno de los detenidos dio un vistazo alrededor. Luego miró a su compañero con una sonrisa, pero no dijo nada. Los automóviles partieron, llevándolos a todos, y pronto se hizo el silencio en el lugar.

***

En el bosquecillo de pinos se había encendido una linterna, y el hombre que la portaba se aproximó a la carretera, que estaba desierta ahora. Acto seguido sacó del bolsillo su teléfono móvil, con el que inició una llamada.

-Soy yo -pronunció en voz baja. -Todo ha salido como lo planeamos, ya podéis venir a recoger la mercancía. Yo os espero donde ya sabéis.

Estuvo escuchando la voz que sonaba al otro lado, y luego dijo:

Por favor, no tardéis, he tenido que meterme en el agua y estoy helado.

-Iremos enseguida -oyó. -¿Cómo ha ido la cosa?

-Exactamente como proyectamos. Antes de que la barca llegara a tierra, yo salté al agua con el alijo y lo escondí detrás de las rocas. Luego, cuando los compañeros fueron sorprendidos, me deslicé en silencio para no llamar la atención.

Se detuvo un momento y luego siguió hablando despacio:

-Sí, sí. Aprovechando la oscuridad me pasé del lado de los agentes, como habíamos dicho, y aunque conmigo eran nueve en lugar de ocho, nadie se percató. Cuando salimos de la playa me puse en último lugar, de forma que nadie se dio cuenta de que estaba allí.

Alguien le dijo algo al otro lado, y él asintió con la cabeza.

-Claro, al llegar al bosquecillo me fue muy fácil ocultarme, y aquí estoy.

-¿El alijo sigue en la playa? -oyó.

-Sí, claro, aguardaré a que lleguéis, y entre todos lo podemos subir. Pero no tardéis, por favor.

-Ya te hemos dicho que vamos enseguida.

.Está bien, está bien. A los otros se los han llevado a la comisaría...

-Ya, ya -escuchó. -No te preocupes, a los compañeros no tendrían más remedio que soltarlos enseguida, ya que no pueden probar que hayan cometido ninguna infracción.

-Claro, eso supongo. Bueno, que las cosas salgan siempre tan bien como hoy...

FINAL

El doctor era un hombre de mediana edad, con el pelo canoso que en tiempos había sido oscuro. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y un pequeño bigote recortado. Era bastante alto, y solía ir elegantemente vestido. Sus manos eran fuertes y grandes.

Se hallaba en el hall de su casa, una habitación extensa y alegre, con techos muy altos pintados de blanco. Los muebles eran antiguos y de hermosa línea, contrastando con los suelos de cerámica brillante.

Una escalera con pasamanos de nogal comunicaba con el piso alto, y se prolongaba en una barandilla alrededor de la habitación. En el techo había gruesas vigas oscuras, y tanto en la planta baja como en la alta se habían colocado macetas de cerámica con plantas de interior. Encima de los bonitos muebles se podían admirar cerámicas floreadas, y en una vitrina acristalada, colgada de la pared, había figuras de porcelana china. La mesa central descansaba sobre una pequeña alfombra china con fondo amarillo y motivos de flores. Los sillones y el sofá eran de caoba, torneados, y estaban tapizados en terciopelo gris. En la puerta que daba al jardín, así como en la ventana, había cortinas lisas y amarillas.

Se incorporó y abandonó el sillón donde estaba leyendo un libro de anatomía. Miró la hora en su reloj de pulsera y suspiró. Se acercaba la hora fatídica en que había de enfrentarse con aquel problema que oscurecía su vida.

Con el libro en la mano se aproximó a la ventana. A través de los cristales cuadrados se divisaba el jardín, y se detuvo unos minutos mirando hacia afuera, sumido en profundos pensamientos.

El doctor estaba orgulloso de su casa, que había obtenido a base de mucho trabajo y esfuerzo. Era una magnífica finca, donde con mucha habilidad se había logrado recrear un ambiente campestre natural, en el centro de una moderna urbanización.

Aquella mañana había asistido al trabajo en el hospital con auténtico mal humor. Al volver a su casa, su esposa ya lo estaba esperando para almorzar. Observó un momento la mesa, donde estaban servidos tres cubiertos, y miró a su mujer.

-¿No ha venido María? -preguntó, y ella negó con la cabeza, al tiempo que ambos ocupaban sus correspondientes asientos. Era una mujer menuda y nerviosa, que desde por la mañana se mostraba completamente arreglada y peinada, luciendo siempre alguna joya.

-No, tenía algo en la Universidad -contestó, mirándolo. -Le pasa lo que a ti. Con eso de hacerse médico, hay días enteros en que no aparece por casa. Y hoy es uno de ellos.

-Vamos, no te quejes. Es muy trabajadora, y llegará muy lejos en su profesión.

-Sí, ya...

La hija se parecía a su padre y era una auténtica belleza. Era alta y esbelta, con cabellos oscuros y pómulos altos. Estaba soltera, y parecía no tener ninguna prisa por casarse.

-No sé en qué está pensando -comentó la madre, cabizbaja. -Trabajo, trabajo... ¿Es que no existe más que eso? Me parece que voy a morirme sin tener ningún nieto. -Él colocó una mano sobre la suya.

-Vamos, mujer, no exageres. La chica es muy joven, ya tendrá tiempo para eso.

-Bueno, si tú lo dices...

Una doncella uniformada les sirvió la comida. Ambos comieron en silencio, y después de tomar los postres él volvió a consultar su reloj de pulsera, un rolex de oro que su esposa le había regado por sus bodas de plata.

-Lo siento, querida, pero tengo muchas cosas que hacer esta tarde. Pero descuida, que volveré a casa con tiempo para ir a ese concierto que te gusta... -Ella asintió, sonriendo.

-Te lo agradeceré. Es mi pianista preferido, y desde hace un año no venía por aquí. No estará más que hoy y mañana...

Él se había puesto en pie, se acercó a su esposa y la besó en el cuello. La doncella estaba recogiendo la mesa, y la señora la miró.

-Por cierto, si viene hoy la señorita, dile que volveremos a las diez, que nos espere para cenar.

El médico dejó el comedor y atravesó deprisa el extenso hall, en dirección a la puerta de salida. Comprobó que llevaba las llaves del coche y bajó los pocos escalones que lo separaban del jardín. Se volvió un momento, hacia el muro encalado donde se extendían los vástagos de una frondosa parra. En las ventanas del piso bajo había unas macetas de barro con geranios de distintos colores, y al otro lado de los árboles podía verse la gran extensión de césped. La mesa del jardín era una losa de piedra blanca, sobre un pie central de piedra también.

-Cada vez me gusta más mi casa -se dijo, satisfecho, y andando deprisa dejó a un lado la verde explanada, así como un arroyo artificial que corría bajo un puentecillo de troncos.

La finca estaba rodeada por un alto seto de ciprés, que ocultaba el jardín de las miradas indiscretas. Tomó un camino de losas irregulares, que conducía al garaje donde había sitio para varios automóviles.

Accionó con el mando la puerta, que se deslizó hacia arriba suavemente, dejando ver un deportivo rojo que pertenecía a su mujer, y su grande y moderno automóvil negro con los cristales ahumados. Al fondo había un espacio libre, que era donde su hija dejaba su coche.

Antes de proseguir, llevó la mano al bolsillo como si comprobara algo. Luego, entró en el coche y lo condujo hacia una verja de hierro pintada de un verde oscuro, que abrió asimismo con el mando.

Ahora, como todos los años, tenía que llevar a cabo aquella operación odiosa, que desde hacía días le quitaba el sueño.

Hacía años que pagaba religiosamente, y cada vez la presión aumentaba, de forma que se había convertido en una auténtica pesadilla.

Él era un hombre muy respetado por sus pacientes y sus compañeros. La idea de que aquellos sucesos, ya tan antiguos, interfirieran en su plácida vida, era más de lo que podía soportar.

Por supuesto, su familia no estaba al corriente de nada, y ante los amigos y conocidos su honorabilidad aparecía intachable. El hospital había sido como una casa para él, y ahora compartía el trabajo con su hija, que siempre lo había apoyado. Y había hecho feliz a su esposa.

Siempre había quedado con aquel hombre en un sitio aislado, para evitar que los viertan juntos: algún bosquecillo, una casa derruida o a la orilla del mar. Hoy el automóvil se dirigía a una playa apartada, a varios kilómetros de la ciudad. Dejó el coche a una distancia considerable y escrutó los alrededores, sin ver a nadie.. De pronto le vino una ráfaga de aire marino y la aspiró con fuerza, sintiéndose aliviado.

Tomó asiento en una roca, y al rato oyó el zumbido de una motocicleta que se aproximaba. Levantó la cabeza, y distinguió al sujeto, que lo había visto, y había aparcado a cierta distancia.

Él no se movió. El otro se aproximaba, caminando despacio, y en unos minutos él revivió de nuevo aquellos sucesos que siempre trató de olvidar, y que cada año parecían regresar al presente.

Por entonces él era todavía soltero, y en una reunión de amigos que celebraban algo en un tablao flamenco conoció a la muchacha, y se quedó prendado de ella, con todo el ardor de su juventud. Ella lo había correspondido, y pronto fueron inseparables.

El solo recuerdo lo hizo estremecer. Parecía que la estuviera viendo, bailando sobre aquel tablao, acompañada de su hermano y de varios parientes que los jaleaban.

Pero aquello tuvo consecuencias: él no había terminado la carrera cuando la muchacha se quedó embarazada, y enseguida vieron que era imposible que tuviera el bebé.

-No te preocupes, conozco a alguien que lo arreglará todo.

-¿Cómo puede ser? -le preguntó ella con voz temblorosa.

Él intentó tranquilizarla. La besó suavemente en los labios, y dijo:

-Se trata de un compañero médico, que ha efectuado muchas veces esa operación. No temas, estarás en buenas manos.

Pero no todo fue como pensaban. La operación se complicó, ella sufrió una gran hemorragia, y entre los dos no pudieron conservarle la vida. Le parecía estarla viendo, con los ojos cerrados, tan pálida que parecía de cera.

Y ahora, aquí estaba el hermano. En un principio le había reclamado cantidades pequeñas, ya que él comenzaba a ejercer la medicina y carecía de medios. Pero poco a poco, conforme iba medrando, las cantidades subieron también, y llegó un momento en que aquel chantaje se le hizo insoportable.

El hombre que se estaba acercando era de tez oscura y cabello muy negro. Su frente y su nariz se pelaban, a causa de una recientes quemaduras del sol. El médico no se movía, y él se le aproximó tendiéndole la mano, que él ignoró. En cambio, lo miró fijamente, sin decir una sola palabra. El recién llegado se plantó enfrente, de pie.

-Vaya, encantado de verte, te encuentro muy bien -comentó, sonriente.

El doctor respiró hondo, y dijo con voz gélida:

-Pues yo no me alegro nada de verlo. -El otro lo miró sonriendo.

-Siempre es bueno ver a los amigos, aunque sea de año en año... -El médico se había levantado.

-Está bien, acabemos -dijo bruscamente.

Lo miró con acritud, sacó un sobre abultado, y se lo mostró.

-Espero que sea la última vez... -El otro lo miró con la boca abierta. Su sonrisa se convirtió en estridente carcajada.

-¿Cómo dices? El año que viene quiero que sea el doble -dijo en tono de reto. -Y si no, ya sabes lo que hay.

El médico respondió con un gesto veloz. Fue un disparo sordo, y el de la moto se encogió sobre sí. Parecía confuso, y antes de caer miró al otro con gesto sorprendido.

-Pero, ¿qué?... -El médico habló tensamente:

-Te equivocas, amigo. Esto es el final.

***

Cuando el médico llegó a la puerta de la comisaría, se había levantado un airecillo que hacía revolotear las hojas caídas. No obstante, el hombre iba sudando. Entró en el recinto, y enseguida acudió un policía uniformado.

-¿Qué se le ofrece? -preguntó. Él sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente. Una puerta se abrió, y salió el comisario.

-¿Qué desea? ¿Le ha ocurrido algo?

Él tardó en contestar.

-Es que... acabo de matar a un hombre -pronunció con voz desmayada.

LA DEUDA

Era lunes por la mañana, y desde la noche del viernes anterior, el hombre se mostraba muy preocupado. Había tenido una conversación con su hijo, y desde entonces no había podido conciliar el sueño. En principio pensó no decirle nada a su mujer, pero luego se dio cuenta de que sería mucho mejor tenerla al corriente de todo.

El muchacho era hijo único, y nunca le habían negado los caprichos, aunque muchas veces fueran exagerados. La madre se oponía a veces, pero el padre llegaba a desautorizarla, con tal de asegurarse su cariño.

-Vamos, mujer, si no es para tanto... Al fin y al cabo, sólo tenemos un hijo. Además, ya es mayor y necesita alternar, ¿no crees?

Jugaba en un equipo de fútbol local, y gracias a ello tenía muchos amigos, lo mismo hombres que mujeres, aunque nunca había mostrado predilección por ninguna en particular. Hacía una vida social muy intensa, pero era reacio a comentar nada con sus padres.

Hasta la noche de aquel viernes...

El padre trabajaba de cajero en un banco. Era una persona sencilla, que había dedicado su vida a su esposa y su hijo. Era un hombre muy serio, y nunca se le habían conocido grandes dispendios, y menos amistades dudosas. Su aspecto era agradable, y todos sus vecinos y conocidos lo apreciaban. Había sido un ciudadano ejemplar en todos los sentidos.

-Parece estar siempre de buen humor y es tan servicial... -se comentaba, -La verdad es que se merece lo mejor.

El domingo, antes de comer, el matrimonio había salido a dar una vuelta y a tomar el aperitivo. Estaba ella poniendo la mesa para almorzar los tres, cuando decidió que era el momento oportuno de hablarlo. El hijo no tardaría en llegar, y tenía que aprovechar aquel espacio de tiempo, pues luego la presencia del joven terminaría con su privacidad.

Ella era también una mujer sencilla, pero no carecía de atractivo. Su rostro, sin ser de una gran belleza, tenía una gracia especial, y sus ojos eran hermosos y alegres. Vestía sin lujo, pero tenía muy buen gusto para elegir la ropa, y ella misma la confeccionaba.

Entró en el comedor, se dirigió a su esposa y le puso una mano en el hombro.

-Tengo que hablar contigo a solas -le dijo. Ella lo miró, extrañada.

-¿Y eso? ¿Qué tienes que decirme? -Él la cogió del brazo y la hizo sentar en una silla.

-Tengo que comentar contigo una cosa que me tiene muy preocupado -le dijo, mirándola de frente. Ella le devolvió la mirada.

-Madre mía, me asustas. ¿Qué es?

-Bueno... se trata del chico. -La mujer pareció alarmarse.

-¿Qué ocurre? Vamos, dilo de una vez. ¿Qué ha hecho? -Él denegó con un gesto. Le resultaba difícil relatar la conversación del viernes por la noche y carraspeó.

-Pues... verás. El otro día, después de que te acostaras, yo me quedé haciendo unas cuentas, y era más de medianoche cuando Alberto llegó. Entró a saludarme, y en seguida noté que estaba muy nervioso. Se dirigió a su cuarto y tardaba en salir, por lo que yo me levanté y fui a su habitación.

-Pero, ¿qué ocurrió?

-Bueno, no es que ocurriera nada. Pero lo notaba muy serio, y le pedí que se sincerara conmigo… Y, ¿sabes qué? Me quedé asombrado, porque me dijo que necesitaba una importante cantidad de dinero, y me preguntó si yo podía dárselo.

-¿Qué me dices?

-Pues sí, cuando le pregunté la causa, me dijo que había contraído deudas, hasta el punto de que lo habían amenazado con denunciarlo.

-¿Es posible? -Él asintió.

-Me dijo que le había pedido dinero al entrenador. Al parecer hace bastante tiempo, por lo que le había dado un ultimátum: si no lo devolvía enseguida perdería su trabajo en el equipo, y era muy posible que acabara en la cárcel.

-¡Por Dios!... Ya me había parecido a mí que estaba deprimido de un tiempo a esta parte, pero no podía imaginarme la causa. Pensaba yo que el entrenador era su amigo... -Él bajó la mirada...

-Es natural. El hombre ha tenido paciencia hasta ahora, pero afirma que lo denunciará a la policía si no le devuelve el dinero. Me dijo que, de no pagar, le esperaba la cárcel.

-Qué horror... -Él continuó hablando despacio.

-Estaba verdaderamente abrumado, y me dijo que se mataría si se producía el escándalo. Por eso he decidido que voy a ayudarlo. Sabes que he estado ahorrando durante mucho tiempo, y puedo permitírmelo. ¿Qué te parece a ti? -Ella tardó en contestar, y lo hizo con los ojos llorosos.

-Pues mira, te aconsejo que le des el dinero -se detuvo un momento, y continuó despacio: -Si ha amenazado con suicidarse, ten por seguro que lo hará.

-Sí, es lo que yo pienso. Estaba hablando muy en serio, y ya lo intentó una vez...

-Ni me lo recuerdes, por Dios. Pero comprendo que te cueste hacerlo. En veinte años que hace desde que trabajas en el banco no hemos hecho nunca un gasto extraordinario, y ahora... -Él asintió con tristeza.

-Pensaba haberme jubilado pronto, pero ahora ya no podré hacerlo. Y habíamos hecho tantos planes para el futuro... En fin, no vale la pena darle vueltas.

-Es cierto, nosotros ya tenemos pocas necesidades, y para él este dinero es vital. -Él suspiró.

-Y quizá, si yo me jubilara puede que echara de menos mi trabajo, ¿no crees?

-Sí, es posible que tengas razón. Y si con eso puede librarse de la cárcel...

Todo lo ahorrado lo tenían en el mismo banco donde él trabajaba, en una cuenta indistinta a nombre de su esposa y de él. Así que al día siguiente se encargaría de sacar el dinero.

-Es la vida -suspiró por fin. -Habrá que prescindir de algunas cosas...

-No pienses en eso, olvídalo -le dijo la mujer, besándolo en una mejilla.

-Está bien, no lo pensaré.

***

El único hijo que había tenido el matrimonio no era muy alto, tampoco excesivamente corpulento, pero un buen deportista. Como todos los domingos después de jugar, se había reunido con algunos de sus compañeros y con algunas chicas muy jóvenes. Las chicas eran todas forofas del equipo, y se consideraban con mucha suerte por poder alternar con ellos. Una de ellas era rubia, con los ojos de un azul muy claro, y se consideraba la preferida de Alberto, aunque no pasaban de ser buenos amigos. Aquel día él parecía muy contento. Se reía por todo, y en un momento dado la cogió de la cintura.

-¿Os parece que vayamos al club? -propuso, y todos estuvieron de acuerdo.

Otra chica, algo más alta y muy bonita, se acercó a él y lo cogió del brazo que tenía libre. Era menuda, con el cabello rojizo peinado hacia atrás, en una larga y única trenza que le rodeaba la cabeza. Tenía la piel muy morena por el sol, y llevaba un traje de algodón color de rosa.

-Vamos, no lo acapares -dijo, dirigiéndose a la rubia. -Que yo sepa, no tienes la exclusiva.

Todos se echaron a reír. Iban caminando por la acera y cruzaron la calle en dirección al Club Deportivo, que tenía una fachada muy iluminada y era muy popular entre los jóvenes. Al llegar, otro grupo los recibió con grandes muestras de alegría.

-Vaya, os echábamos de menos -dijo un chico muy alto, que llevaba pantalones vaqueros y una chaqueta negra de cuero. Tenía unos hermosos ojos negros, y todas las chicas lo consideraban el más guapo de todos los amigos.

-Pues ya estamos aquí -respondió Alberto, sonriendo. -Y tenemos ganas de una buena juerga. Hoy no tenemos prisa.

Junto al muchacho alto había una chica muy delgada, con el cabello liso y caído sobre los hombros. Sus grandes ojos castaños estaban ribeteados de negro por un sabio maquillaje, y sus cejas eran finas y bien dibujadas. Tenía la boca grande y unos gruesos labios, y aún así, resultaba muy atractiva.

Juntos entraron todos en el club. Se trataba de un local muy amplio rodeado de espejos, con una larga barra y pequeñas mesas redondas. Al fondo había un pequeño escenario, donde casi siempre había un grupo tocando, y a veces incluso algún aficionado se ofrecía para cantar.

Todos los muchachos y las chicas se habían acercado a la barra, y cada cual pidió su bebida. Sobre el rumor de las conversaciones se alzó la voz potente y bien modulada de Alberto.

-¿Sabéis? Estoy boyante, y quiero invitaros a todos.

Los otros se volvieron, extrañados, y él repitió:

-Vamos, no os cortéis, podéis pedir lo que queráis. -El muchacho más alto se le quedó mirando con aspecto divertido.

-¡No me digas! ¿A qué viene eso, si se puede saber? ¿Has acertado una quiniela?

-No se trata de eso -dijo él.

-Pues, ¿de qué se trata?

Él no contestó, de momento. La chica rubia le había dicho algo, y él le contestó en voz baja. Luego, volvió a alzar la voz.

-Es que... uno es rico por su casa. ¿O qué os habéis creído?

Sacó una billetera que llevaba en el bolsillo, y dejó un par de billetes grandes sobre la barra. El chico alto soltó un largo silbido.

-Vaya, vaya. No me lo esperaba -comentó, mientras que la rubita miraba a su amigo con sus grandes ojos azules muy abiertos.

-Eres fabuloso -exclamó. Vaya con Alberto... ¿Has asaltado un banco?

Él la tomó de nuevo de la cintura y le habló al oído.

-Es un secreto... dijo. -Es el viejo, que ha aflojado la mosca.

Ella se volvió en redondo.

-¿Qué me dices? Vaya suerte que tienes... Él se inclinó y la basó en el cuello. Siguió hablándole en voz baja.

-Le he dicho que tenía una deuda, y que si no la pagaba acababa en la cárcel.

-¿Y te ha creído?

-Claro que me ha creído, lo tengo en el bote.

-¡Y te ha soltado mucho? -Él aspiró hondo.

-Bueno, al menos podremos darnos buena vida durante una buena temporada...

LA FÓRMULA

Por primera vez en la vida había sido afortunado, pero esta vez valía por todas las demás. En principio había dudado mucho de acceder cuando el dueño de una bodega vecina le ofreció aquel número de la lotería de Navidad.

-Basta que yo lo coja, para que os contagie a todos de mi mala suerte -había dicho él, sinceramente...

-Vamos, hombre, no te lo pienses más. Mira, es un bonito número, y sólo me quedan dos billetes... -Vamos, no seas cenizo.

-Está bien, está bien. Y es porque me coges de buenas, que si no...

La noticia había caído como una bomba en el barrio. Bastantes vecinos habían sido agraciados, algunos con pequeñas cantidades al haber cedido participaciones de los billetes. El dueño del bar y muchos otros tenían un décimo premiado, ¡Y él había cogido dos!...

Al principio fue una locura. Él no hubiera nunca hecho pública su suerte, pero fue el dueño de la bodega quien se lo comentó a todo el mundo. Después de las celebraciones, varios amigos le hicieron propuestas variadas de negocios, desde abrir un bar a montar todo un hotel de apartamentos. Pero, después de comentarlo con su esposa, ninguna le llamó la atención.

Había pasado una semana, y acababa de entrar en la bodega, cuando el dueño se le aproximó.

-Hay una persona que tiene interés en hablar contigo -le dijo. Él mostró su extrañeza.

-¿Que quiere hablar conmigo? ¿De qué?

-No tengo ni idea. Mira, está en aquella mesa del fondo, pero me ha dicho que si le puedo guardar un reservado. Le he dicho que no hay reservados aquí, pero que el comedor está vacío, y allí podéis hablar con toda comodidad.

-¿Un reservado? ¿Para qué?

-Creo que el hombre quiere privacidad.

Él observó una mesa en un rincón, y vio a un señor delgado, de muy buen aspecto, con el cabello cano. Estaba sentado leyendo un periódico, y parecía ajeno a lo que ocurría alrededor.

-Es extranjero -explicó el dueño. Holandés, o algo así. -Él arrugó el ceño.

-¿Holandés? ¿Y cómo quieres que hable con él?

No te preocupes, habla correctamente el castellano. Vamos, ven a ver qué es lo que quiere.

Él estuvo dudando un momento, y al fin se decidió. Ambos fueron en dirección al fondo del local, y se detuvieron ante la mesa. Cuando el hombre advirtió su presencia, se puso en pie, dobló el periódico y lo dejó a un lado.

-¿Me buscaban a mí?

El dueño de la bodega se había adelantado, y empezó con las presentaciones.

-Este es Javier Andújar, un gran amigo mío -dijo, señalando al premiado. -Le aseguro que es de toda confianza.

El extranjero extendió la mano.

-Me llamo Manfred Jansen, y quisiera hablar con usted.

Después de charlar unos minutos, el dueño cogió del brazo al forastero y condujo a los dos hombres hacia una puerta acristalada que daba paso a un comedor.

-Aquí podrán hablar tranquilos -les dijo, señalando una mesa. ¿Quieren tomar algo? ¿Les traigo unas cervezas?

-Sí, por favor.

Los dos hombres habían tomado asiento, y estuvieron comentando algo sobre el mal tiempo que había hecho durante los últimos días.

-Las calles están heladas, y son peligrosas -dijo el extranjero. -Estas temperaturas son normales en mi tierra, pero me extrañan aquí.

-Es cierto, hacía mucho que no teníamos tanto frío -asintió el español.

Les habían servido las cervezas, y el camarero abandonó el comedor, cerrando la puerta.

-¿Qué quería decirme?

Pues... verá. Yo he venido de Ámsterdam, donde trabajo con diamantes. Sé que usted dispone de fondos, y quiero ofrecerle algo que le hará multiplicar su dinero en poco tiempo, -El otro lo observó con curiosidad.

-Y eso... ¿En qué consiste? -El holandés tardó en contestar. Sacó de una cartera una pequeña bolsa de terciopelo rojo, y la abrió sobre la mesa. Al fondo de la bolsa, a la luz de la lámpara que había en el techo, se vieron brillar varios diamantes de diferentes tamaños.

-¿Por qué me enseña eso? Sepa que no se me ha pasado por la cabeza comprar joyas, y mi mujer me mataría si lo hiciera. -El otro sonrió.

No se trata de comprar los diamantes, sino de fabricarlos. -Javier arrugó el ceño.

-¿Fabricarlos? Nunca oí que pudieran fabricarse. Pues, ¿no salen de las minas? Es lo que siempre he creído.

-Escuche, yo puedo proporcionarle la fórmula para fabricar estos diamantes.

-¿Es posible eso?

-Se lo aseguro. De hecho, yo me dedico a fabricarlos, y aquí en España hay muy pocas personas que sepan cómo hacerlo.

-¿Usted los fabrica? -El extranjero se echó a reír.

-Está claro que sí. Solamente, hay que conocer esa fórmula. -El otro dudó un momento.

-¿Puedo mirar uno de cerca?

-Sí, cómo no.

Él observó la piedra, como hipnotizado. Aquello le parecía extraordinario.

-Bueno, no sé... tendría que consultarlo con mi esposa.

-Por supuesto, hágalo. Hoy es lunes, ¿verdad? Yo he venido en viaje de negocios, pero estaré aquí hasta el viernes que viene. Ese día tengo que regresar a mi país.

-Y, ¿En qué condiciones me dejaría la fórmula? -El holandés movió la cabeza.

-Bueno, ya hablaríamos del precio. Tenga en cuenta que estará usted capacitado para fabricar todos los que usted quiera. Y nadie podrá distinguirlos de los originales.

-Hum...

-Si no quiere aceptar, no ocurre nada. Estoy al habla con varias personas que estarían dispuestas a firmar. Sólo que pensé que podía interesarle...

El otro se mordió los labios.

-Bueno... depende de la cantidad. ¿Cuánto me costaría? Y otra cosa: ¿podría... podría quedarme con un par de éstos? Es para que mi esposa pueda verlos.

-Pues no faltaba más. Pero tenga cuidado, no los pierda. Y dígale a su esposa que sea discreta, que no lo comente con nadie. Es una fórmula secreta, y una imprudencia puede costarnos cara a todos.

-Descuide, ella es muy discreta y no le dirá nada a nadie. -Y repitió: -¿Cuánto me costaría?

El extranjero sacó una libreta azul con tapas de hule, y abrió una página en que se mostraba la cantidad.

-Es esto -señaló. -Se lo he puesto lo mejor posible, incluso mejor que a alguno de mis otros clientes. -Él se inclinó para leer en la libreta.

-Uf, parece mucho dinero... -El extranjero sonrió.

-Ya sabe, no tiene compromiso. No hay ningún trato, si usted no lo desea. -Él parecía aturdido.

-Lo consultaré con mi mujer.

-Bien... eso está muy bien -dijo el otro.

Le estuvo mostrando fotografías de los talleres donde trabajaba, y varios documentos donde figuraban los detalles del proceso de fabricación de los diamantes.

-Si lo desea, puede venir a mi país. Yo lo guiaré durante varios días para que observe la fabricación paso a paso.

-¿Usted lo haría?

-No faltaba más, eso está incluido en el trato. En realidad, es un sistema muy sencillo.

El holandés se había puesto en pie, y Javier lo imitó. Luego le preguntó:

-¿Cuándo... cuándo nos vemos?

-Por mí, cuando quiera. Pero piense que hay otras personas que desearían cerrar la operación, además de que yo tengo poco tiempo.

-¿Le parece bien mañana por la noche?

-Muy bien, mañana por la noche, a las nueve. Pero es mejor que vaya a visitarme al hotel.

Sacó una tarjeta del bolsillo, y añadió una dirección. Él cogió la tarjeta, y la miró.

-Ah, conozco el hotel. Hasta mañana, pues.

***

Llegó a su casa, abrió el portón con un llavín y empezó a subir las escaleras crujientes. Se detuvo en el primer descansillo, y abrió una de las puertas. Cuando entró en la casa, notó la atmósfera cargada por el humo que llegaba desde la cocina.

No había nadie en el vestíbulo, ni en el comedor. Recorrió el largo pasillo y halló a su mujer, que estaba guisando.

-Hola, llego un poco tarde -Ella se limpió las manos en el delantal.

-Bueno, no tanto. Estaba preparando la cena.

-Ah, ya. -Él se fijó en que el humo procedía de una sartén donde se freía pescado menudo. Se acercó a una mesa que había al lado de la ventana, y tomó asiento en una silla de tijera.

-Ven, siéntate, tengo que hablar contigo.

Ella se quitó el delantal, y se sentó a su lado.

-¿Qué quieres?

Él no contestó. Sacó un pequeño sobre del bolsillo, lo abrió, y dejó caer los dos diamantes sobre la mesa.

-¿Qué te parecen? -preguntó, mirándola. Ella había arrugado el gesto.

-No te habrás gastado el dinero en eso -le dijo, muy seria. Él hizo un gesto negativo.

-No, mujer. Pero, ¿te gustan?

-Pues claro que me gustan, cómo no. ¿De dónde los has sacado?

Sin aguardar contestación, ella se puso en pie y se dirigió hacia la cocina de gas, donde estaba friéndose el pescado. Lo sacó de la sartén con una espumadera y lo colocó en una fuente. Cerró el gas, y volvió a donde estaba su marido.

-Siéntate, mujer.

Ella se sentó, no muy convencida, y él recogió los diamantes de la mesa y se los puso en la mano. Ella observó las hermosas piedras, y luego miró a su marido.

-Pero vamos, ¿me quieres decir qué significa esto?

Él le estuvo explicando con todo detalle lo sucedido, empezando por su encuentro en el bar, y ella se fue tranquilizando.

-Ah, ¿se trata de eso? Y ¿ese hombre es de fiar?

-Tengo su tarjeta, donde figura la empresa donde trabaja. He consultado en internet, y todo coincide, incluso las fotografías. Es una compañía famosa, y me ha invitado a mostrarme todo el proceso. Las piedras, además de grandes son muy puras, y se fabrican en grandes cantidades.

-Y, ¿sólo te lo ha ofrecido a ti? -Él denegó.

-No, hay varios empresarios que están interesados. En realidad, parece un buen negocio.

-Pero, ¿cuánto nos costaría la fórmula esa? -Él contestó con una evasiva.

-Antes no hubiéramos podido. Pero ahora, nos supondrá sólo un pellizco de lo que tenemos.

-¿Lo sabe alguien más en el bar? -insistió la mujer.

-De ninguna manera. Hemos hablado solos en una habitación, y me ha aconsejado que sea muy discreto. Por supuesto, no le he dicho nada a nadie, y tú tienes que hacer lo mismo...

-Bueno, vamos a cenar, que la cena se enfría.

-Claro -dijo él, levantándose.

Él llevó el primer plato al comedor, y ella se encargó del pescado. Antes de sentarse a la mesa, él hombre la tomó de la cintura.

-Los malos tiempos se han terminado para nosotros -le dijo, besándola en la frente. Ella sonrió.

-Sí que es verdad. Creo que en esto tienes razón. Merece la pena invertir una parte de nuestro dinero en una cosa así.

-Imaginaba que te gustaría -le dijo él, abrazándola.

***

Al día siguiente, no eran las nueve de la noche cuando él se bajó de un autobús y se dirigió caminando en dirección al hotel. Lo conocía, porque una vez había visitado allí a un conocido que le traía un paquete del extranjero, enviado por un hermano suyo que trabajaba en Alemania. No era un hotel lujoso, pero sí tenía fama de ser confortable, y sobre todo era conocido por el buen servicio que se prestaba en el comedor.

Preguntó por el holandés, y el recepcionista hizo una llamada telefónica.

-Sí, señor, acaba de venir. ¿Le digo que espere en el salón?

Escuchó unos segundos, y dijo:

-Sí, un botones lo acompañará hasta su habitación.

Llamó a uno de los chicos uniformados, y le dio unas instrucciones en voz baja. El muchacho asintió con un gesto.

-Venga conmigo -indicó.

El botones abrió al ascensor y lo dejó pasar delante. Una vez en la planta, se dirigió a una puerta y llamó con los nudillos. No había pasado un minuto cuando el huésped abrió, y le hizo seña al hombre de que pasara.

-Buenas noches, es usted muy puntual.

-Procuro serlo -dijo él.

-¿Ha hablado con su esposa? -preguntó, y él asintió, mientras entraba en la habitación y el otro cerraba la puerta.

-Sí, hablé anoche mismo.

-¿Y...?

-Bueno, mi mujer ha accedido, está de acuerdo en que lo hagamos. En realidad, las circunstancias han hecho que tengamos que plantearnos algún proyecto... ya sabe.

El otro afirmó con un gesto.

-Comprendo, no tienen más remedio que pensar en alguna inversión. Es usted muy afortunado... y muy inteligente. -Él hizo un gesto vago.

-En realidad, siempre que emprendo algo lo comento antes con mi esposa. Ya sabe, las mujeres tienen un sentido práctico que los hombres no tenemos.

-Bueno, bueno, no todas -sonrió el holandés. -En eso, parece que también ha tenido suerte.

-Y que lo diga... Es una mujer de muchas cualidades.

-Seguro -dijo el holandés. Por cierto, ¿Quiere tomar algo?

-No, gracias, he estado con unos amigos que querían felicitarme. Todo el mundo lo hace, de un tiempo a esta parte...

-Claro, es natural.

Hubo un corto silencio, y el recién llegado carraspeó.

-Bueno, esta mañana he hablado con mi banco para que le hagan el ingreso. Aquí tengo el justificante. -Él lo rechazó con un gesto.

-No hace falta -le dijo. -Sé que es usted un buen cumplidor. Pero siéntese, por favor.

Él tomó asiento en un confortable sillón, y el extranjero abrió un cajón de una mesa y extrajo un sobre abultado. Se lo ofreció, y él lo rasgó nerviosamente. Su cara estaba pálida.

-Lo que le entrego es la fórmula completa, con certificado de garantía fácil de comprobar -indicó con voz firme. -En cuanto al local, usted puede alquilar una nave en las afueras que tenga los metros cuadrados precisos. Todo está especificado ahí.

Él leyó unas líneas, frunció los labios y habló muy despacio...

-Yo... yo no entiendo nada, esto es complicadísimo. -El extranjero se echó a reír.

-No pensaría que iba a ser una fórmula sencilla. Pero cualquier especialista se la puede traducir a un lenguaje comprensible para usted. Alguien que trabaje con diamantes. -Él hizo memoria y asintió con la cabeza.

-Ah, claro -contestó. Bueno, estaremos en contacto, y ya le contaré.

***

Lo habló con su mujer, y pensaron que la persona adecuada era el amigo que les había vendido los anillos cuando se casaron.

-Tienes que llamarlo, y que él te explique todo -le aconsejó ella. -Lo conocemos de toda la vida, y es una persona de toda confianza.

-Es verdad, tienes mucha razón. Le llamaré.

El amigo era dueño de una joyería en el centro. Lo llamó por teléfono y estuvieron charlando un rato. Al final él dijo con un ligero carraspeo:

-Tengo que contarte algo, y hacerte unas preguntas ¿Te viene bien que nos veamos uno de estos días? -El otro asintió.

-Sí, claro. Yo tengo que estar fuera esta semana, pero el lunes de la próxima puedes venir antes de que cierre, y nos tomamos unas copas.

-Estupendo. Hasta el lunes, entonces.

El lunes, antes de las dos, él se presentó en la joyería, y después de abrazarse, el dueño de la tienda le dijo:

-Vaya, me encanta verte después de tanto tiempo. ¿Cómo está tu mujer?

-Ella está muy bien, y me ha encargado que te diera recuerdos.

Después de haber cerrado, cruzaron la ancha calle y entraron en una lujosa cafetería. Ocuparon una de las mesas y pidieron unos aperitivos.

-Bueno, tú me dirás.

-Pues... verás. Lo primero que quiero decirte es que he tenido mucha suerte para empezar el año. El otro sonrió, complacido.

-Hombre, cuánto me alegro. Cuenta, cuenta.

-Es que... ¿sabes? Me ha tocado el gordo de la lotería.

-Pero, ¿qué me dices? ¡Cuantísimo me alegro!...

Le estuvo contando lo ocurrido en vísperas de Navidad, y después de hablar de ello un rato, decidió comentarle el trato que acababa de hacer.

-He comprado la fórmula para fabricar diamantes artificiales -le dijo. En un principio, el joyero se mostró extrañado.

-¿Me estás hablando de fabricar diamantes? -Él asintió.

-Se pueden fabricar, ¿no lo sabías?

-Claro que lo sabía, hombre. Lo que pasa es que... -Él se había ido animando, y explicó:

-Al parecer, con esta fórmula se obtiene una dureza y un brillo mucho mayores que en los naturales. -El joyero parecía confuso.

-Es cierto que existe esta industria -dijo él. -Sé que hay empresas que lo hacen, pero no conozco ninguna en España. -El amigo se había erguido en el asiento.

-Alguna tiene que ser la primera -rio. -El sujeto me ha enseñado fotos de la compañía en que trabaja, y me ha mostrado en internet varias páginas dedicadas a esto. -Además, me ha invitado a visitar la fábrica, y se ha ofrecido a acompañarme.

-Pero... vamos a ver...

El otro lo cortó. Había sacado el sobre, lo abrió y le mostró los papeles.

-Mira, aquí está todo, tú lo entenderás. Quería proponerte que trabajáramos en esto juntos. ¿Qué te parece? Tú pondrías la experiencia, y yo aportaría el dinero... El otro se quedó pensativo.

-Los diamantes se forman en capas profundas de la tierra, con presiones muy altas, y temperaturas superiores a los mil grados, durante millones de años -pronunció despacio. -Él asintió.

-Eso pensaba yo, pero este hombre me ha convencido. Me ha entregado toda clase de pruebas.

-¿Y qué pruebas son esas?

-Esta es la fórmula para crear diamantes a la temperatura ambiente, en cuestión de minutos, aunque aplicando altas presiones -señaló.

-Yo no digo que no... Bueno, estoy de acuerdo, pero...

-¿Pero qué?

-Querido amigo, creo que te han timado. -Él pareció sobresaltarse.

-¿Y en qué consiste el timo, según tú? ¿Es que la fórmula es un engaño? -El joyero tardó en contestar.

-No, la fórmula no es un engaño.

-¿Entonces qué?...

Él tardó en contestar. Por fin, pronunció despacio:

-Es correcto que no hacen falta grandes temperaturas para eso, y que en pocos minutos se puede crear un diamante. Pero, ¿sabes qué?

Hubo un silencio tenso, mientras se oían las campanadas de un reloj. En la cafetería se mezclaba el ruido de las conversaciones con la música suave que brotaba de varios altavoces ocultos. El joyero alzó la voz.

-Mira, todo eso que dices está muy bien, pero hay algo más.

-¿Algo más?

-Sí, cualquier entendido puede confirmártelo: para fabricar esos diamantes hay que aplicar una presión miles de veces mayor que la atmosférica. ¿Tú sabes lo que es eso?

-¿Qué es? -El otro lo miraba, con la risa bailando en los ojos.

-Escucha, para fabricar los diamantes, hacen falta máquinas tan potentes que sólo una compañía importante las puede tener.

El otro parecía asombrado. Se apoyó en la mesa, y sus labios temblaron.

-¿Qué me estás diciendo?...

Un nuevo silencio pareció poner una barrera entre los dos. Por fin, el joyero puso una mano en el brazo de su amigo, y contestó:

-Te digo que, en resumidas cuentas, te resultaría mucho más barato comprar diamantes verdaderos que fabricarlos por tu cuenta...

EL LIBRO DEL GUION

La asistenta llegó a la casa a las nueve de la mañana de un lunes, pensando que la señora estaría en el trabajo, como de costumbre.

Abrió la puerta con su llave, y cuando fue a abrir el cerrojo se extrañó de que no estuviera echado. La señora tenía buen cuidado de cerrarlo cuando salía, e incluso daba varias vueltas a la llave de la cerradura, y vio que hoy no lo había hecho.

-Vaya, qué cosa tan rara.

Dentro de la casa todo parecía tranquilo. Entró en la cocina y la vio completamente ordenada, aunque a diario la encontraba revuelta, y los cacharros de la cena sin fregar.

-Vaya, no está mal por una vez -pensó.

Se estuvo cambiando de ropa y cogió un par de bayetas de un cajón. De un armario sacó la aspiradora, y la dejó fuera para usarla después.

La luz del pasillo estaba apagada, como siempre. La encendió y se dirigió directamente a la habitación de la señora.

-Ni siquiera habrá hecho la cama -se dijo. -Qué calamidad.

Las persianas del dormitorio estaban cerradas, así que sin encender la luz se dirigió a abrirlas. Pero al acercarse, casi a oscuras, algo llamó su atención: la cama estaba deshecha, en efecto, pero en la semioscuridad distinguió la silueta de la señora, sentada en la cama.

-¿Qué...? ¿No se ha levantado todavía?

Enseguida abrió la persiana y vio que la dueña de la casa estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos y la cabeza caída a un lado.

-¿Es que está enferma? -preguntó, sin obtener respuesta.

Se acercó a tomarle el pulso y le pareció que no latía.

-Señora, por favor...

La sacudió por un hombro, y la mujer se desplomó sobre la almohada.

-Por favor, señora, por favor, ¿qué le ocurre? -musitó.

Como ella seguía sin contestar, se dio cuenta de que estaba muerta.

-Ay, Dios, ¿qué ha sucedido?

Tumbó el cuerpo en la cama, y le pareció que estaba rígido.

-Y qué fría está -pensó.

De una forma mecánica estiró el embozo, y se dio cuenta de que un libro había caído sobre la alfombra. Se agachó a cogerlo y leyó en la cubierta: “El libro del guion”.

No le extrañó nada, pues sabía que la señora se dedicaba a escribir guiones para la televisión.

Puso el libro sobre la mesa de noche al lado del teléfono, y se quedó pensativa.

-Tengo que llamar al médico enseguida -se dijo. No conocía el número, pero sabía que en el cajón de la mesilla había una agenda con todos los teléfonos. Tomó la agenda encuadernada en piel y buscó el número del doctor. Él mismo respondió a su llamada.

-Mire, soy Rosa, la asistenta de la señora Verdú -dijo muy nerviosa y él contestó extrañado.

-¿La señora Verdú? ¿Qué le ocurre? -Ella carraspeó.

-Mire, doctor, es preciso que venga enseguida. La señora... parece que está muy mal.

El médico frunció el entrecejo. Aquello era raro, hacía pocos días que la había atendido en su consulta, y la encontró estupendamente.

-Tiene un corazón de quince años -le había dicho sonriendo, y ella rio también.

-Bueno, se lo agradezco, pero ya he cumplido los treinta.

-Lo sé, pero su salud es la de una jovencita.

-Es usted muy galante, doctor.

El médico no tardó en llegar a la casa y lo recibió la asistenta. Lo condujo hacia la habitación.

-Venga, está aquí -indicó.

-El no tuvo necesidad de acercarse para saber que estaba muerta. Aún así, trató de reanimarla sin ninguna esperanza. Luego se volvió.

-Yo no me explico qué ha pasado -pronunció despacio. -Por el estado de su cuerpo, yo diría que lleva muerta casi doce horas.

-Entonces, ¿Qué hacemos? -El médico no dudó.

-Hay que llamar a la policía -dijo. -Yo ya no puedo hacer nada.

***

No tardaron en presentarse cuatro policías, acompañados del forense, un fotógrafo y el juez. Estuvieron tomando huellas en la habitación, hicieron varias fotos de la señora y siguieron luego con el resto de la casa. Ella tenía unas facciones finas y el pelo de color castaño, pero algo en su aspecto la hacía parecer pasada de moda. Tenía la boca demasiado pequeña, pintada de rojo de una manera antigua, y el cabello alborotado hacía su cabeza demasiado voluminosa.

También la cocina la registraron, sin hallar nada de particular. En los estantes del salón había muchos libros, algunos de ellos de arte, y una buena cantidad de manuales de orientación para guionistas.

-¿La señora trabajaba? -preguntó el inspector jefe, y la mujer asintió con un gesto.

-Sí, ella trabajaba para la televisión. Siempre estaban rodando alguno de sus guiones, y a veces hasta dos a la vez...

¿Dice que la ha encontrado esta mañana? ¿Estaba ya muerta? -Ella fue a contestar pero el médico se le adelantó.

-Por supuesto que lo estaba. El forense tiene la palabra, pero yo creo que su muerte debió ocurrir entre las diez y las once de la noche de ayer. -El aludido hizo un gesto de afirmación.

-Estoy de acuerdo, y parece que murió por estrangulamiento, con algo muy fino, quizá una cuerda de guitarra... Bien, una vez practicada la autopsia podré dar más detalles. Por mí pueden llevársela, cuando lo indique el juez. -La asistenta dio un paso adelante.

-Miren... quería decir que sus alhajas han desaparecido del joyero. Antes de que viniera el doctor pude comprobarlo. Sé dónde lo guardaba, porque era tan descuidada que solía dejarlas por toda la casa. Yo las recogía y las metía en el estuche, que tiene guardado sin llave.

-¿Ella confiaba en usted?

-Yo llevaba en su casa desde que era muy joven, porque serví a su madre antes de morir. Además, ¿qué remedio?, alguna vez, si no es por mí, las hubiera perdido...

-¿Y eso, por qué?

-Solía dejar las sortijas y los pendientes en la repisa del lavabo, donde era fácil que se fueran por el desagüe. Yo se lo advertí varias veces, pero era descuidada para todo. -Se quedó callada, y luego agregó: -¿Saben? Hoy me he dado cuenta de que no había cenado anoche, porque siempre deja alborotada la cocina, y hoy cada cosa estaba en su sitio.

-Es razonable -dijo el juez. -Coincide con la opinión de los doctores. En fin, ¿sabe usted quién pudo visitarla anoche? ¿Alguien tiene otra llave de la casa?- Ella se quedó pensativa.

-Pues mire, creo que sí. Yo la tengo, y ella tenía la suya, pero había otra en un cajón de la cocina, y hace cosa de un mes que la eché de menos, pero no dije nada.

-¿Tenía muchos amigos? -Ella denegó.

Yo le conozco pocos. Bueno, algunos compañeros de trabajo... Ella estaba muy centrada en lo suyo, y no tenía muchos conocidos fuera de los de la televisión. Bueno, un día llegó con un hombre cuando yo salía. Ese no era del trabajo, lo hubiera yo reconocido. Para mí que estaban... ejem... liados.

-¿Quiere decir que eran amantes?

-Mire, yo creo que sí.

-¿Sabe su nombre? -Ella denegó.

-Ya le he dicho que sólo lo vi una vez, pero sé que se quedó en la casa aquella noche.

-¿En qué se funda? -Ella había enrojecido.

-Bueno, son cosas que una... es que... bueno, no me encontré en la cama una prenda de hombre.

-¿Una prenda, en la cama?

-Sí, señor, un... calzoncillo.

El policía sonrió.

-Vaya, qué descuidados... -Ella sonrió también.

-Ya se lo digo yo. Debían ser tal para cual. Cuando se lo dije a la señora no me dio ninguna explicación. Me dijo que los echara a lavar y los planchara luego. Yo... no era asunto mío así que hice lo que me mandaba. Luego no volvimos a hablar de lo ocurrido.

-Me imagino que, al ser tan amigos, en algún sitio tendría su señora sus señas, o su teléfono.

-Eso creo yo. Puede consultar esta agenda... -dijo, tendiéndole el cuaderno encuadernado. -Ahí están los nombres y números de los amigos que tenía.

El inspector se puso a hablar con los tres policías. Lo hacía en voz baja, pero luego se volvió hacia los otros.

-De manera que tenemos un robo con asesinato -pronunció lentamente. -Lo que está claro es que el ladrón no pudo entrar por la ventana, es un quinto piso y además, según han dicho ustedes, la persiana estaba bajada.

-Sí, señor, así es. Yo la he abierto esta mañana.

El juez había cogido del perchero su sombrero, y una cartera de piel.

-Por mí, pueden trasladar el cadáver. Allí el forense procederá a la autopsia. Buenos días, señores.

La ambulancia tardó veinte minutos en llegar. A la media hora todos habían abandonado la casa. La asistenta parecía confusa, como si de pronto la vida se hubiera detenido. Pensó en dejar el piso, pero vio la aspiradora en la cocina, y suspiró:

-Vaya, habrá que dejar la casa limpia. Y tendré que que encontrar un trabajo, después de tanto tiempo...

***

El comisario había sostenido una larga conversación con sus subordinados.

-Bien, ya conocen su tarea -indicó. -Tenemos que encontrar al culpable.

El inspector jefe estaba serio. Sacó del bolsillo la agenda.

-Tendré que localizar a todos los hombres de la lista, y tomarles declaración. Menos mal que la agenda parece nueva, por lo que las anotaciones serán todas recientes. Con un poco de suerte, podremos localizar al asesino. Quizá...

-Bien, pueden retirarse. Y espero que me tengan al tanto de cualquier novedad que surja.

-Claro, señor -dijeron varios a la vez.

El policía comió deprisa en un bar cercano. A continuación fue a la comisaría, se sentó en su lugar de trabajo y fue llamando uno a uno a los hombres que figuraban en el cuaderno. Los amigos de televisión estaban todos juntos en las primeras páginas, encabezadas por la nota en rojo “Compañeros”. Entre ellos se encontraban una docena de mujeres.

-Empezaré por ellos -se dijo, pensativo.

A continuación, pasando las páginas, vio que había un nombre y un teléfono escritos con una tinta diferente. Frunció el entrecejo.

-Amigo, aquí estás -masculló.

Aquella tarde no pudo localizar a todos. Al parecer, según le dijeron, era por las mañanas cuando coincidían en el trabajo. Pensó citar a cada uno para la tarde del día siguiente, después de haberles notificado lo ocurrido en el piso.

-Le llamo de la comisaría -les fue diciendo. -¿Sería posible que mañana por la tarde pasara por aquí? Necesitamos hacerle unas preguntas, es algo rutinario.

La respuesta de todos fue de asombro y consternación, y ninguno de ellos se negó. Fue escalonando las visitas, y se dio cuenta de que sería imposible verlos a todos en el mismo día.

-En fin, hay que tener paciencia -se dijo.

Todos mostraron su pesar por lo ocurrido y él supo que eran sinceros, y que todos apreciaban a su compañera. Además, pudo comprobar que entre ellos existía una verdadera amistad. Todos se conocían hacía tiempo.

-No puedo creerlo -fue la común exclamación. -era una persona estupenda.

Después de acabar con los hombres, siguió con las mujeres. Ellas ya conocían el caso, lo habían comentado, y también estaban atónitas.

-¿Tenía ella algún amigo especial? -les preguntaba, y estuvieron de acuerdo en que trataba a todos los compañeros por igual, con gran confianza, pero sin inclinarse por ninguno.

El inspector aspiró hondo. Había dejado lo más difícil para el final, y pensó que no podía demorarse más. Así que, después de consultar la última página de la agenda, se dispuso a marcar un número en el teléfono. Aguardó unos momentos, y al final oyó al otro lado una voz masculina. Miró de nuevo el nombre escrito con una tinta de un azul más claro que el resto, y preguntó por la persona.

-Sí, aquí es. ¿Con quién hablo?

Había decidido no comunicarle la noticia que había dado a los otros amigos. Prefería reservarse para más adelante.

-Según tengo entendido, usted tenía... tiene cierta amistad con la señora Verdú. ¿No es así? -Al otro lado sonó un carraspeo.

-Pues... sí. ¿Por qué me llama?

-Estoy llamando a todas las amistades que figuran en su agenda.

-¿Y eso?

-Ya se lo diré cuando venga.

-No sé qué querrá que le diga...

¿Podría usted pasarse por la comisaría de centro, mañana a las diez? -El otro tardó en contestar.

-A esa hora no puedo. Quizás más tarde...

-¿Le parece bien a mediodía?

-¿A las doce? Me parece muy bien.

-Está bien, le espero a las doce. Pero sea puntual. Necesito hacerle unas preguntas, si no le importa.

-Hasta mañana, pues.

Al día siguiente el inspector estuvo tramitando una serie de expedientes. Consultó el reloj, y cuando vio la hora los guardó precipitadamente. No habían pasado diez minutos cuando un policía entró en su despacho.

-Tiene una visita -le dijo. Él cerró un cajón de la mesa y alzó la cabeza.

-Sí, ya sé quién es. Dile que pase, por favor.

La puerta se abrió y entró el visitante, que mostraba una expresión huraña. Era un hombre de unos veintitantos años, de complexión robusta.

-¿Quería verme? -preguntó. Llevaba las manos un poco separadas del cuerpo, y al inspector le recordó uno de aquellos vaqueros de cine listos para derribar cualquier obstáculo.

-Sí. Pase, pase.

Iba vestido de forma un tanto chillona y tenía unas largas patillas oscuras. Llevaba puesta una cazadora de cuero rojo con cremallera, un pantalón demasiado ajustado y un bolsillo de piel negra colgado del hombro. Su frente, muy amplia, estaba surcada por pliegues horizontales y brillaba por causa de sudor.

-Siéntese, por favor -le dijo el policía, haciendo un gesto con la mano.

-Está bien -dijo él.

Por un momento ambos guardaron silencio. El inspector no tenía prisa. Aspiró hondo, cogió de encima de la mesa una cajetilla y ofreció un cigarrillo al recién llegado.

-Gracias, tengo de los míos -dijo él. -¿Puedo saber el motivo de que me haya citado aquí?

-Pues... verá. No sé si sabe que su amiga ha sido asesinada. -Él saltó en el asiento.

¿Asesinada? ¿Qué me dice? -El policía lo miró.

-Al parecer era una amiga... bastante íntima -le dijo. -Una persona a la que usted visitaba en su casa. Le repito que ha sido asesinada, y necesito que todos sus conocidos me den su opinión acerca del caso.

El otro calló. Rebuscó algo en el bolsillo, sacó un cigarro, y cuando trató de encenderlo su mano temblaba.

-¿Qué quiere que le diga? Estoy muy impresionado...

-Claro, lo entiendo. ¿Hacía mucho que se conocían?

-Pues... no demasiado, entre dos y tres meses. Pero yo la apreciaba...

-Ah, ya.

-Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo? -El policía frunció el entrecejo.

-¿Es lo único que se le ocurre decir? -Él se quedó silencioso. Su garganta profirió un ruido áspero y el inspector prosiguió:

-¿No me pregunta cómo ha sido? -Él alzó la mirada y su voz, fastidiada, se elevó un poco...

-Sí, ¿cómo ha sido?

-Pues... la han estrangulado.

-Los finos labios del hombre estaban tensos. En un movimiento nervioso se llevó la mano izquierda a la patilla.

-¿Sospechan de alguien?

-¿A usted qué le parece? -Él pestañeó.

-En realidad, pudo ser cualquiera, ¿no cree? -El policía se había puesto en pie, y estaba muy serio.

-Pues... sí, tenemos un sospechoso -declaró. -Hemos hallado las huellas de usted en los tiradores de las puertas, en los cajones, sobre todo del dormitorio, y también en el resto de la casa. -Él suspiró.

-No serán las únicas -dijo. El inspector giró sobre sus talones y se le quedó mirando.

-No, claro que no. Por cierto, ¿puede decirme en qué trabaja usted? -El hombre se puso rígido.

-Yo... tengo varios trabajos. -El otro sonrió.

-Vamos, sea sincero. No se le conoce ninguno. -Él estaba cada vez más nervioso.

-Y eso, ¿qué tiene que ver? ¿Por eso tengo que haberla matado? Tenía muchos amigos...

-El policía movió la cabeza.

-Bueno, no tantos. Además, no hubiera recibido a un invitado cualquiera dentro de la cama. Se habría levantado y puesto una bata, ¿no cree? El que entró tenía una llave, y sospecho que usted tiene una. Hace un mes que falta una llave de la casa.

-Pues yo ... -El otro prosiguió despacio:

-¿Dónde estaba usted el domingo por la noche? -El hombre cerró los ojos y aspiró hondo.

-Pues yo... sí, recuerdo que estuve en el cine.

-¿Con quién? -Él se levantó de su asiento.

-Pues mire, yo solo. Y tengo que decirle que es cierto que nos veíamos en su casa, pero habrá de saber que yo la quería demasiado para haberla matado. Usted no puede comprenderme. No me conoce de nada. -El inspector se echó a reír.

-Lo conozco mejor de lo que cree. O, ¿no es verdad que algunas noches se reúne con un grupo de amigos? ¿Que ninguno tiene trabajo, que trapichean lo que pueden, y de cuándo en cuándo se reúnen para interpretar música de jazz? ¿Y que usted interpreta el contrabajo? -El hombre se había puesto pálido.

-Vaya, ¿y le parece un buen motivo para acusarme de asesinato? -El policía se había vuelto a sentar en su sillón, ante la mesa, y tardó un rato en contestar.

-Vamos a dejarnos de bromas, amigo. Sabe perfectamente que a la señora la estrangularon con la cuerda de un instrumento.

-Yo la quería... -dijo él, y el otro sonrió.

-Señor, usted no quería más que sus alhajas...

LA CITA

Ella no compraba casi nunca el periódico. A veces, cuando era día festivo y desayunaba en una cafetería vecina, leía la prensa, que solía ser de la víspera. En la biblioteca tenía demasiado qué hacer, y no podía permitirse el lujo de perder el tiempo leyendo el periódico.

Le interesaban sobre todo los sucesos de la ciudad, y a veces se detenía a leer los anuncios y las esquelas mortuorias.

Era una mujer de estatura media, un tanto rellenita, con el pelo oscuro y rizado cortado en una melena que le alcanzaba los hombros. Ya se había descubierto alguna cana, pero aún no necesitaba teñirse. Sin ser una belleza, sus facciones eran correctas y sus ojos oscuros estaban enmarcados por unas cejas muy bien dibujadas.

Nunca había tenido novio y, aunque no carecía de amigos, todos ellos se habían ido casando, y era de las pocas compañeras de colegio que permanecía soltera. En cuanto a su lugar de trabajo, los únicos hombres que visitaban la biblioteca solían ser estudiantes muy jóvenes.

Aquella mañana estaba aguardando a que le sirvieran un café con churros, y mientras esperaba estuvo revisando los anuncios, que se publicaban al final.

-Aquí tiene -le dijo el camarero, dejando el desayuno sobre la mesa. -¿Desea algo más?

-No, está perfecto -dijo ella, poniendo unas monedas junto al plato de churros. -Muchas gracias.

-¿Quiere un zumo, o un vaso de agua?

-No, está muy bien.

Hojeó la página sin prisa, y pensó que nada de aquello le interesaba: se anunciaban apartamentos y pisos para vender o alquilar, y ella ya era dueña del suyo desde hacía años. Así que iba a devolver el periódico a la estantería, cuando un anuncio llamó su atención.

-Qué curioso -pensó. -Creí que ya no se usaban anuncios así.

Era una especie de propuesta de matrimonio. Un hombre que decía ser español y vivir en París daba su teléfono, y solicitaba la amistad de una mujer española que tuviera entre treinta y treinta y cinco años. Tenía que ser culta, y de buena presencia. Con el tiempo, decía el anuncio, aquella amistad podía derivar en algo más.

Treinta y cinco... -pensó. -Bueno, era la edad que ella tenía, y aunque, en realidad frisaba ya en los treinta y seis, todavía no los había cumplido.

En cuanto a la cultura, además del bachillerato había hecho oposiciones a auxiliar de bibliotecas, y prestaba sus servicios desde hacía más de diez años en la Municipal de un barrio de Madrid.

La biblioteca le cogía cerca, tanto que podía permitirse ir y volver a pie. Había una directora y tres auxiliares, todas ellas mujeres. El trabajo no era demasiado

pesado, y le permitía tener la ocasión de estar al día de las obras que se publicaban.

-Estaría bueno -se dijo, sonriendo. -Creí que esas cosas sólo pasaban en las novelas...

Había apuntado el número de teléfono, que pertenecía a París, y cuando volvió a su casa pensó que era demasiado temprano para llamar. Estuvo haciendo su cuarto y ordenando la casa, y casi sin pensarlo se le hizo la hora de comer.

-Está bien luego llamaré. Le dejaremos que duerma la siesta...

Iban a dar las seis de la tarde cuando ella se sentó en el sofá, al lado del teléfono, y después de dudarlo un poco, se decidió a llamar.

-No pierdo nada -pensó. -Veremos qué dice.

Una voz masculina bien modulada contestó al otro lado:

-¿Oui?

Qué... perdone, yo no hablo francés. ¿Podemos hablar español?

-Por supuesto. ¿Quién es?...

Ella carraspeó.

Pues... verá, he leído el anuncio... -La voz del hombre le sonó nítida y seria:

-Vaya, ¿lo has leído? Y... ¿qué me quieres decir?

-Bueno, exactamente no sé. La verdad es que estoy sorprendida, ¿Usted... tú quieres hablar?

-Pues claro -dijo él. -De eso se trata. Para empezar, te diré que no me gustan las redes sociales para encontrar pareja. Opino que no se deben da ciertos datos privados por internet, ya que te expones a abusos de todo tipo.

-Sí... eso pienso yo.

-Con este sistema te comunicas con una persona concreta, sin necesidad de dar un cuarto al pregonero. ¿No crees?

-Pues... sí. ¿Qué quieres saber?

-Bueno, antes de nada, que me digas tu estado civil. Además, y perdona la pregunta ¿Eres una persona cultivada? Y espero que tengas un aspecto agradable...-Ella tardó en contestar.

-Estado civil... pues bueno, soy soltera -afirmó. -Tengo la edad que dices y, no es por nada, pero me considero bastante culta... por encima de lo normal. En cuanto a mi aspecto... -rio -mira, hay gustos para todo, pero creo que todos en general piensan que no estoy demasiado mal. Al menos, eso dicen...

-Está bien, habrá que conocerse. ¿Vives en Madrid? Espero que tengas un móvil donde la pueda llamar, y comunicarnos por whatsapp. También tendrás correo, ¿no?

-Sí, por supuesto, vivo en Madrid y tengo móvil, y correo.

-¿Y es?...

-Perdona, me gustaría primero saber cuál es el tuyo, y el número de tu móvil. Y, por supuesto, cómo te llamas. Yo me llamo Paloma.

-Claro, es natural. ¿Tienes papel y lápiz?

-Sí, claro -dijo ella, y tomó nota de los datos que le daban. Iba a decir algo, pero él la cortó:

-Ah, y me llamo Claudio -le dijo. -Bueno, ya entraremos en detalles, por eso en cuanto me des el número del móvil, te enviaré alguna foto y algún video.

-Fenomenal, yo haré lo mismo.

Todo empezó como una seda. A partir de ese día se cruzaron mensajes, primero más escuetos, pero cada vez más confiados, de forma que intercambiaban toda clase de videos noticias y fotografías.

Ella se hizo varias fotos, pero ninguna la satisfacía, y optó por enviarle en un mensaje algunas del año anterior, en que estaba muy favorecida. En cuanto a él, la chica pudo ver que se trataba de un hombre delgado, bien parecido y con el cabello canoso.

Además, todas las tardes hablaban por teléfono por medio del whatsapp. Sus temas de conversación eran muy numerosos: hablaban del trabajo -al parecer, él estaba empleado en una sucursal de un banco en París,- de la familia y de sus preferencias en todos los sentidos.

-Es curioso -dijo él. -Ambos vivimos solos, y nos gusta la tranquilidad. Por cierto, las fotos tuyas en la biblioteca me han parecido muy bonitas.

-Cuánto me alegro -dijo ella. -¿Sabes lo que te digo, Claudio? Pues... mira, me estoy acostumbrando a lo nuestro, y estoy ilusionada. ¿Cuándo podremos vernos?

-Por ahora lo veo difícil, porque las obligaciones nos lo impiden. Pero ese momento no tardará, descuida. ¿Te gusta viajar?

-Eso le gusta a todo el mundo -le contestó ella. -¿Por qué lo preguntas?

En lugar de responder, él le hizo una nueva pregunta.

-¿Conoces París? -Ella se echó a reír.

-Pues mira, no. Y es lo que más me apetece del mundo. ¿Tendría que viajar yo sola?

-No, no. Yo iría a recogerte, y podríamos pasar unas vacaciones aquí.

-¡Qué maravilla! Ya lo estoy deseando...

***

Habían pasado un par de meses, y la relación parecía ir viento en popa.

-Bueno, Claudio, yo pronto tengo vacaciones. La biblioteca cierra en agosto, así que todos las cogeremos ese mes. ¿Qué tal tú por ahí?

-Pues... de momento, mira, no puedo... -Ella habló muy deprisa.

-Bueno, de momento yo tampoco, pero estaré libre a primero de mes. ¿Qué te parece si vienes a buscarme? En veinticuatro horas estaré dispuesta para acompañarte. Mira, una compañera se las coge algo antes, y me ha dicho que puedes quedarte en su piso... ¿Te parece bien? Es muy céntrico, y estarás muy cómodo ahí. Ella es de lo más ordenada, y lo tiene todo perfecto. Verás cómo te gusta.

-¿En tu casa no puedo quedarme? -Ella tardó en contestar.

-Es que... en esos días viene mi madre a casa, y no me gustaría que coincidiéramos con ella...

-Está bien, está bien. Ya te confirmaré la fecha, ¿te parece?

A ella le pareció de perlas, y al día siguiente quedaron en que él saldría de París el día primero de mes, con lo cual podrían quedar ese mismo día a última hora, en el aeropuerto de Madrid.

-El avión llega exactamente a las once y media de la noche a la terminal 2- dijo él, y ella asintió, muy satisfecha:

-Estupendo, te esperaré antes de esa hora.

Entonces comenzaron unos días frenéticos de preparación. A la salida del trabajo ella visitaba las tiendas, y gracias al tiempo de rebajas compró varios vestidos veraniegos, con sus correspondientes complementos.

-No llevaré tacones muy altos, por si tengo que caminar mucho. Pero... sí, alguno de vestir, para asistir a algún espectáculo...

Visitó una peluquería muy cara, donde le hicieron un moldeado favorecedor, y la animaron a teñirse unas mechas.

-Tiene un cabello muy bonito, le quedarán fenomenales. No se arrepentirá.

También se hizo con un bonito traje de baño, y con todos los complementos necesarios por si visitaban alguna piscina. Y, por supuesto, una bonita pamela para el sol.

-¿Hace mucho calor en París?

Él le había contestado que podía hacerlo, pero que no estaba de más que llevara un buen impermeable, porque todo podía suceder. En unos grandes almacenes se compró un juego de maletas de último modelo, y hasta pudo encontrar un impermeable de color melocotón.

En su casa, procuró guardar muy bien las compras, y para eso bajó todo a un trastero que tenía en el sótano. Por el camino iba pensando:

-A mamá podría extrañarle la cantidad de cosas que he comprado, y prefiero que no... Bueno, a nadie le importa lo que hago...

Por fin había llegado el día. Desde por la mañana, quizá por causa de la inactividad, estuvo muy nerviosa. Acompañó a su madre a ver a unas parientas que las invitaron a almorzar en su casa, y luego estuvieron haciendo planes para ir al cine y cenar fuera por la noche.

-Lo siento, pero yo no puedo -se disculpó. -Había quedado con unas compañeras, y hemos organizado una despedida. No puedo faltar...

Estaba ya anocheciendo cuando logró salir. Las otras habían insistido, pero ella se mantuvo en sus trece. Cuando pisó la calle, respiró:

-Menos mal que he podido librarme -se dijo.

Cogió un autobús, y cuando llegó eran las diez en un reloj del aeropuerto. Estuvo consultando los letreros luminosos y, en efecto, vio que faltaba una hora y media para la llegada del vuelo. Tomó asiento en una cafetería. Después de tomar un café, se dirigió hacia la salida de viajeros. Como no había asientos libres se sentó en el suelo con la espalda contra la pared.

-Debería haberme traído algún libro... -pensó, pero era demasiado tarde y no tenía ganas de comprarlo. -En fin, habrá que distraerse mirando a la gente...

En efecto, estuvo observando a los que pasaban, y eso la calmó. Parejas de extranjeros con enormes mochilas, cabellos del color de la paja y pieles rojizas por causa del sol.

Viajaban algunas parejas con niños, desde asiáticos a negros, y sobre todo cruzaban chicos con camisetas de colores y pantalones vaqueros mínimos, lo mismo ellos que ellas.

Pasaban los minutos y la hora llegaba. Supo por los altavoces que había aterrizado el avión, y los viajeros que recogían sus equipajes iban saliendo en grupos. Ella se había puesto en pie y se aproximó a la salida, para poder dominar mejor la llegada de los viajeros.

Trató de comunicarse con el móvil, pero luego pensó que seguramente él lo llevaría apagado.

Eran ya las doce menos cuarto de la noche, y cada vez eran más escasos los que salían. Un hombre alto y delgado llamó su atención, y su corazón dio un brinco. Pero una mujer se le acercó, él la tomó de los hombros y se besaron en las mejillas.

Estaba cada vez más nerviosa. A las doce ya todo el mundo había salido, y unos empleados cerraron las puertas. Ella tomó asiento de nuevo, y un muchacho moreno se la quedó mirando, intrigado. Iba uniformado, y ella se levantó de un salto y se acercó a él.

-¿Trabaja usted aquí? -Él asintió con la cabeza.

-Sí, ¿necesita usted algo? -Ella aspiró hondo.

-¿Queda algún pasajero del avión que llegó a las once y media de París?

-¿A las once y media? Pues no, señorita. ¿Esperaba a alguien?

-Ella se mordió los labios y tardó en contestar. Tenía las manos sudorosas.

-No... ¿Sabe si llega esta noche a esta terminal algún otro avión?

-¿De París? Me temo que no. No hay más aviones de París esta noche, lo siento.

Ella suspiró. Se le estaba haciendo tardísimo, y pensó que su madre ya estaría de vuelta en casa. Antes de abandonar el aeropuerto intentó llamarlo varias veces. Y como única respuesta una voz impersonal en el teléfono decía:

-El número marcado no existe.

EL BOLSO

La muchacha era encantadora. Delgada y esbelta, tenía unos bonitos ojos verdes, sombreados por hermosas pestañas. Había puesto mucha ilusión en su traje de novia, y la verdad era que se adaptaba s su cuerpo como un guante, realzando su estrecha cintura, y dejando ver apenas el nacimiento de sus bonitos pechos...

El novio era más alto que ella, y vestía de oscuro, con una camisa de un blanco deslumbrante, y corbata gris de seda natural. La verdad era que hacían una hermosa pareja, y además contaban con la simpatía de todos sus parientes y amigos.

-Son tal para cual -decían las amigas. -Los dos inteligentes, cultos y, sobre todo guapos.

-Es cierto, van a tener unos hijos preciosos y seguro que los educan muy bien. Son tan agradables...

Tanto el novio como ella eran abogados, y trabajaban ambos en un conocido bufete de la ciudad. Las compañeras de trabajo estaban entusiasmadas.

-Sí, yo lo dije desde el principio, estaba segura de que congeniarían, y ya veis...

Los padres de él eran personas conocidas, y contaban con numerosos amigos en las altas esferas de la ciudad.

El padre de ella era un médico famoso, uno de los más caros, y tanto unos como otros gozaban de una posición económica envidiable.

-Es el mejor -se comentaba. -Como cardiólogo, posiblemente no lo haya mejor en el país.

La madre era escritora de novelas policíacas, y había adquirido también fama. Sus libros se exponían en las mejores librerías.

-No sé cómo se te ocurren tantas historias, y tan interesantes y variadas. Eres estupenda, y estoy orgullosa de ser amiga tuya -le solían decir.

Las dos familias habían coincidido en elegir para la fiesta de la boda el mejor hotel de la ciudad. Gran parte de los invitados de fuera se alojaban allí.

-Es un hotel buenísimo -habían comentado.

La fiesta estaba en su apogeo. Las parejas bailaban, y de pronto la luz se apagó. Hubo una exclamación general y todos se detuvieron, esperando. A todo esto, la madre del novio lanzó un grito.

-¡Mi bolso!

-¿Qué ocurre con tu bolso? -le dijo el marido.

-Alguien me lo ha quitado -pronunció, con voz temblorosa.

-¿Que te lo han quitado? No es posible. Será que se ha caído.

-No sé...

La luz se había encendido de nuevo. La mandíbula del hombre se tensó, y cuando miró el rostro de su esposa vio que había enrojecido. Dio un vistazo alrededor, y le pareció ver el bolso debajo de una silla. Uno de los invitados, que estaba junto a ellos y había escuchado su conversación, se agachó un momento y lo cogió del suelo. Era un bolso negro de fiesta, bordado con lentejuelas y abalorios.

-Creo que este es tu bolso, querida -le dijo. La madre del novio parecía confusa.

-Hubiera jurado que alguien me dio un tirón. Su marido pareció recriminarla.

-No tiene ninguna importancia, mujer. Lo más fácil es que hayas tropezado con alguien y lo hayas dejado caer...

-Está bien, está bien.

La fiesta continuó, los músicos habían reanudado la pieza, y todos siguieron bailando. Los felices novios habían cortado la tarta nupcial, y después de brindar se dirigieron a la salida del salón.

-¿Se van de viaje ahora?

-Sí -dijo la madre de la novia. Han preferido salir esta noche.

Se quedó pensativa. Sólo ella sabía que, aprovechando los minutos en que se fue la luz, había empujado el bolso de su consuegra dejándolo caer al suelo. Enseguida se agachó a cogerlo, y al mismo tiempo extrajo de él una bonita pitillera de oro que guardó en su bolsillo.

Ella pensó que había tenido suerte. Era incapaz de dominar aquel impulso, y se dio cuenta de que el peligro de ser descubierta constituía uno de los mayores atractivos de su vicio.

Pero no contaba con la habilidad de su marido. Él, con disimulo, había sacado la pitillera del bolsillo de su esposa y, dirigiéndose a la madre del novio, le puso una mano en el brazo.

-Perdona -dijo, sonriente. -Creo que se te ha caído esto.

-Sí si... claro, es mi pitillera. ¿Dónde estaba? -Él señaló un lugar cercano.

-Estaba ahí -dijo, -En el suelo al lado del sofá.

-Vaya -exclamó ella, sonriendo a su vez. -He estado a punto de perderla... Se ve que ha sido al caer el bolso al suelo. Quizá, si no la encuentras tú, la hubiera hallado cualquiera del hotel, y vete tú a saber...

-Cuanto me alegro -dijo él cogiéndola del brazo. -Es verdad que hay que tener cuidado, pero esta vez ha habido suerte.

Él fue hacia su mujer, y la miró de frente. A pesar de su edad, sus ojos verdes, sombreados de largas pestañas, eran tan hermosos como los de su hija.

-Estás preciosa -le dijo, abrazándola. Luego murmuró a su oído:

-Querida, me las has hecho pasar moradas con ese vicio tuyo. Todos tenemos alguno, y ser cleptómana no es de ninguna manera el mayor. Pero date cuenta: con lo que has hecho hoy, has podido desbaratar la boda de tu hija...

EL ALUD

Todo había ocurrido en el último fin de semana del año. Había nevado mucho, así que todos los puertos de la sierra estaban cubiertos de nieve.

Éramos una pandilla de amigos que solíamos hacer planes juntos, pero aquella vez algunos habían decidido acudir a esquiar, mientras que otros optamos por viajar hacia el sur, donde las temperaturas eran mucho más benignas.

En el primer grupo iban dos hermanos gemelos exactamente iguales, Enrique y Javier. Además iban dos chicas que acababan de empezar sus carreras en la Universidad, y una pareja de novios formada por Roberto y Lucía. Con ellos viajaban otros tres amigos, a los que conocíamos desde niños.

Salimos todos a la vez. Los gemelos y las chicas viajaban en el mismo automóvil, que pertenecía a uno de ellos. Los novios iban solos en otro coche, y los tres amigos llevaban un todoterreno de un modelo bastante antiguo.

Mis cuatro compañeros y yo lo hacíamos en una furgoneta, propiedad de mi padre, que me la había dejado para la ocasión.

-Espero que me la devuelvas intacta. Como ya sabes, no hace nada que la he mandado pintar. El motor es nuevo también, así que tienes que cuidarla como a la niña de tus ojos.

-Descuida, papá, tendré mucho cuidado, y además el viaje no es demasiado largo. Y no tendremos que viajar por carreteras heladas, como ellos.

-Bueno, a ver si es verdad.

Ya otras veces habíamos estado esquiando por allá, pero esta vez pensaban ellos que la excursión sería mucho más interesante, a causa del buen estado de las pistas. Solíamos parar en un pequeño albergue que tenía varias habitaciones y un agradable restaurante, y donde se disfrutaba de todo lo necesario para pasarlo bien en tan buena compañía.

-¿Iréis allí? -les pregunté, y Javier asintió, dubitativo.

-Eso parece -dijo.

-Claro, allí se está la mar de bien -corroboró su hermano. -Vamos a pasar unos días fantásticos, lo siento por vosotros, que os lo vais a perder.

-Bueno, no te preocupes -le dije, sonriendo. -Ya nos las arreglaremos de alguna manera.

Justo antes de salir estuve charlando a solas con Javier. No parecía estar muy contento.

-¿Te ocurre algo? -le pregunté, extrañado, y él se encogió de hombros.

-Roberto tiene suerte -me dijo por toda respuesta. Yo me mordí los labios y lo miré con cierta lástima.

-¿Por qué lo dices, por Lucía? ¿Todavía no la has olvidado? -Le puse la mano en el hombro y lo obligué a mirarme de frente. Él me observó un momento y luego bajó la mirada.

-¿Cómo quieres que la olvide, si los estoy viendo a todas horas?

No supe qué decir. La verdad es que los dos habían sido novios en el instituto. Ella lo había dejado, pero eran ambos demasiado jóvenes como para que Javier no se hubiera recuperado todavía.

-No es sano que pienses así -le dije, convencido. -Creo que debes conocer a otras chicas, tú tienes éxito con ellas... Quizá no deberías seguir en el grupo, digo yo. No creo que te convenga. -Él me miró con el ceño fruncido.

-¿Pretendes echarme? ¡Pues faltaría más! Yo estoy desde el principio y él, en cambio, ha sido el último en llegar. Y parece que se lo merece todo. ¿No has visto lo pedante que es?

Yo traté de calmarlo y lo cogí del brazo.

-Vamos, olvídalo, no pienses más en eso -le dije, pero tenía muy poca esperanza de que me hiciera caso.

***

De lo ocurrido en la montaña nos enteramos una semana después. Pensábamos haber vuelto al mismo tiempo, justo para empezar las clases, pero cuando volvimos nosotros nos encontramos con la sorpresa de que ellos habían llegado hacía un par de días. Además, faltaban Roberto y Javier.

-Qué raro -comentó un compañero. -¿Por qué habrán vuelto tan pronto? ¿No iban a pasarlo tan bien?

Pero no tardamos en conocer la causa de su vuelta y todo lo ocurrido.

Al parecer, los vientos habían sido tan fuertes que al tercer día habían provocado un alud. Fue una de las chicas quien me lo contó.

-Ha sido horroroso -dijo, muy nerviosa. -Ojalá hubiéramos ido con vosotros al sur. -Yo la observé, intrigado.

-Cuéntame, por favor. ¿Qué ha ocurrido?

-Llegamos al albergue y estupendamente, como siempre -dijo ella. -El primer día lo pasamos genial, pero el segundo tuvimos ya dificultades, a causa del viento. Estábamos todos juntos sentados alrededor de la chimenea, calentándonos al fuego, cuando dijeron en la tele que al día siguiente se levantarían grandes vientos en la montaña, por lo que aconsejaban a los esquiadores que tuvieran mucha precaución.

-Mañana, nosotras preferimos quedarnos -dije yo, y mi compañera estuvo de acuerdo. No valía la pena exponerse, y era mejor aguardar a que el viento amainara. Lo mismo dijeron los chicos. Pero...

-¿Qué ocurrió? -Mi amiga aspiró hondo y movió la cabeza.

-Pues, en realidad, la culpa de lo que pasó la tuvo Roberto. Se puso de pie y comentó que en las noticias solían exagerar el peligro...

-Eso lo dicen para que la gente se asuste, se quede en los hoteles, y allí se gasten el dinero -rio. -Pero no pasa nada, las pistas están estupendas y no existe peligro ninguno. ¿O es que no sois capaces de esquiar si sopla un poco de viento?

-Sigo diciendo que yo no me muevo de aquí -insistí. -Los demás, podéis hacer lo que queráis.

Efectivamente, por la mañana la pareja y los dos gemelos, además de los tres chicos se empeñaron en salir -siguió ella. -Yo llevé a revelar mis fotografías en la tienda que hay en la planta baja, y Elena y yo nos dedicamos todo el día a jugar a las cartas y a ver la televisión. Pero a primera hora de la tarde... -la muchacha se estremeció.

-¿Qué ocurrió? -le pregunté yo, y ella cerró los ojos y tardó en contestar.

–Era ya por la tarde cuando se oyó un gran estruendo en la montaña -pronunció despacio. -Nunca habíamos oído nada semejante, y el encargado del albergue nos dijo que se trataba de un alud.

-¿Y ellos estaban fuera? -pregunté. -Ella asintió con la cabeza.

-El viento bramaba cuando pudieron alcanzar el albergue -murmuró. -Venían helados, y faltaban Roberto y Javier. Al parecer se habían separado del resto, y los habían perdido de vista.

Se detuvo un momento y se cubrió el rostro con las manos.

-Regresaron los chicos, y también Lucía y Enrique, pero se hacía tarde y los otros dos no volvían. Estuvimos aguardando un rato y pensamos que se habrían guarecido en algún lado. Pero Enrique estaba muy nervioso y dijo que iba a buscarlos. Quisimos convencerlo de que era una locura, pero no pudimos conseguirlo.

-Habían pasado varias horas cuando Enrique volvió con su hermano -siguió. -Les preguntamos por Roberto, pero nos dijo Javier que lo había visto escalando cuando llegó el alud, y al parecer la nieve lo había sepultado.

-Por la mañana, el viento se detuvo. Varios socorristas estuvieron rastreando con perros, pero no apareció.

Yo la escuchaba, horrorizado, y ella siguió diciendo:

-Avisaron a la policía de montaña. Había ya pocas probabilidades de hallar a Roberto con vida, pero antes de abandonar la búsqueda, utilizaron un helicóptero para seguir buscando.

-Madre mía, qué horror -dije yo. Ella estaba a punto de echarse a llorar.

-Tardaron dos días en encontrarlo -murmuró. -Y lo hallaron muerto, casi hundido en la nieve. Ni siquiera lo trajeron al albergue, sino que directamente lo llevaron al puesto de policía de montaña, y luego a la morgue, donde sigue todavía.

-Pero bueno, vaya tragedia...

-Y no te he contado lo peor...

-Y, ¿qué es lo peor?

-Pues, que estando en esto llegó al albergue un socorrista que venía a comprar provisiones para volver a la montaña.

Ella había cerrado los ojos de nuevo, aspiró hondo y casi susurró:

-Estábamos todos los del grupo cenando en el comedor, cuando al parecer entró el socorrista. Yo no me di cuenta de nada pero, según me dijeron luego, el hombre abandonó el comedor y pidió hablar con un oficial de policía que estaba en el albergue.

-En el comedor hay un asesino -le dijo, y el otro mostró su extrañeza.

-Pero, ¿qué está diciendo? ¿Que ha visto a un asesino en el albergue?

Estuvieron hablando un rato, y parece que el socorrista le contó una historia espeluznante.

Ella se detuvo un momento. Yo estaba en ascuas, y mi amiga prosiguió:

-Le dijo que el alud lo había cogido en plena montaña, pero logró esquivarlo, y se había guarecido detrás de unas rocas.

-¿Y?...

-Contó que, estando allí, había distinguido a dos personas en lo alto de un acantilado. En realidad estaban situados por encima del alud, cosa que lo tranquilizó.

Mi amiga había suspirado, y siguió diciendo en voz baja:

-Pero no habían pasado unos minutos cuando pudo ver perfectamente a uno de los hombres empujando al otro, que rodó cuesta abajo, yendo a hundirse en la nieve.

-Y a ese, ¿se lo encontró luego en el albergue? -Ella asintió.

-Sí. Según dijo, lo acababa de ver en el comedor. Y, ¿sabes quién era? -Yo me impacientaba.

-Vamos, termina ya, por favor.

-Pues nada menos que Javier. Así que Enrique tuvo que ver cómo la policía se llevaba a su hermano. No los dejaron despedirse, y ni siquiera pudieron intercambiar una sola palabra. Ha sido una lástima que ese muchacho no haya podido olvidar a Lucía, después de tanto tiempo.

-Ya se lo dije yo -comenté. -Tenía una fijación insana...

EL COLLAR

Se estaba celebrando la fiesta de fin de año en el lujoso casino de la ciudad.

El edificio estaba rodeado de hermosos jardines. Había un césped muy cuidado, y caminillos trazados con losas de mármol. Los muros eran de piedra, y junto a la entrada había una fuente de pared, de donde surgía una artística cascada de agua.

Allí se había congregado la gente de mayor categoría en la ciudad, y casi todos se conocían entre ellos.

El salón de baile era una habitación grande y alegre, con techos muy altos decorados con pinturas de temas alegóricos. En la puerta que daba al vestíbulo, así como en las ventanas, había cortinas de terciopelo lisas y amarillas. Los muebles eran antiguos y de hermosa línea, contrastando con los suelos de mármol brillante.

Una escalera con pasamanos de nogal comunicaba el vestíbulo con el piso alto, y se prolongaba en una barandilla alrededor de toda la pieza. En el techo del vestíbulo había gruesas vigas oscuras. y tanto en la planta baja como en la alta se habían colocado jarrones con plantas de interior.

Encima de los bonitos muebles del salón de baile podían admirarse cerámicas floreadas, y sobre las mesas había copas de vidrio transparente, con el pie del mismo material color negro, preparadas para servir el champán. La mesa principal descansaba sobre una alfombra china con fondo amarillo y motivos de flores.

Pegados a los muros había sillones y sofás de caoba, con patas torneadas y tapizados en terciopelo gris. Fuera, a través de los cristales cuadrados, se divisaba el jardín con los faroles encendidos.

Los caballeros iban de etiqueta, las señoras vestían de largo, y todas lucían sus mejores alhajas.

El baile de fin de año estaba en su apogeo, y las parejas danzaban en el centro del salón, sobre una pista de madera.

Un joven de treinta y pocos años, muy alto y delgado y elegantemente vestido, que lucía una agradable sonrisa y una bonita dentadura. estaba bailando con una muchacha menuda, con un hermoso cabello rubio y unos grandes ojos azules.

Pese a que la chica era muy guapa, su pareja tenía fija la atención en una señora de edad, que bailaba con un elegante caballero de cabello canoso.

La señora vestía un traje de noche de corte perfecto. Con su estrecha cintura y su amplio busto, su figura tenía algo de anticuado, pese a su perfección.

Iba discretamente maquillada, y sus abundantes cabellos castaños se peinaban en un artístico moño sobre la nuca. Sus grandes ojos oscuros estaban adornados por largas pestañas, y sus cejas eran finas y bien dibujadas. Sus manos eran alargadas y nerviosas.

-¿Quién es esa? -le preguntó él. -¿La conoces? -Ella le contestó en voz baja:

-Sí, la conozco de siempre. Es amiga de mis padres, y el que baila con ella es su marido. Y son marqueses, ¿sabes?

-Vaya -dijo él.

Llegaron las doce de la noche y la orquesta de detuvo. También lo hicieron las parejas, y mientras sonaban las campanadas de las doce se apagaron las luces. Muchos aprovecharon la ocasión para besarse, o felicitarse el año nuevo. El joven se acercó a su pareja, la besó suavemente en los labios y ella se sobresaltó.

-¿Qué haces? -Él contestó en voz baja.

-Te deseo un feliz año nuevo -le dijo.

-Lo mismo digo -le sonrió ella, sin que él pudiera distinguir los dos lindos hoyuelos que se le marcaron en ambas mejillas.

Por fin se había encendido la luz. Los camareros estaban sirviendo el champán, y todos brindaron. Las botellas vacías fueron depositadas en varias mesas alargadas, y sustituidas por otras, que ocuparon su lugar. Todo el mundo reía, y algunas copas se quebraron, derramándose el líquido en el suelo.

El humo de los cigarrillos había tornado la atmósfera densa, y podían apreciarse las sucesivas capas horizontales.

La orquesta había saludado el año nuevo atacando una animada pieza, y de nuevo todos giraron al compás. De pronto la marquesa, llevándose al cuello la mano, lanzó una exclamación. Su esposo la tomó de los hombros.

-¿Qué ocurre? -preguntó. Ella se había puesto roja.

-Es... es mi collar. ¿No ves que no lo llevo? -Él la observó.

-Es cierto, lo tenías cuando hemos empezado a bailar. ¿Qué ha ocurrido?

Ella aspiró hondo y procuró calmarse.

-No sé, se conoce que se ha desabrochado. Debe estar caído en el suelo.

Él la había cogido del brazo, y juntos se dirigieron al lugar donde estaba la orquesta. El hombre subió al estrado, se acercó al director y le dijo unas palabras al oído:

-Haga que se detengan, por favor. Mi esposa ha perdido el collar, que se le debe haber caído, y pueden pisarlo. -Él otro frunció el ceño, e hizo un gesto a los músicos para que pararan.

-¿Cuándo ha ocurrido eso? -El hombre dudó.

-Pues... no sé exactamente. Estábamos bailando y hasta ahora no nos hemos percatado...

-¿Cómo era el collar?

-Era de una sola vuelta de diamantes, pero muy valiosos -dijo él.

Todos se habían detenido, y el director de orquesta tomó un micrófono en la mano.

-Perdonen la interrupción. Una dama ha perdido un collar, y debe haber caído al suelo. Si son tan amables, hagan el favor de abandonar la pista. Siento las molestias que les causo...

Todo el mundo se apartó y fijó la mirada en la pista, pero sobre la tarima encerada no se distinguía objeto ninguno.

-Pero no está el collar... -dijo la señora en voz baja. -¿Cómo puede ser?

Hubo un rumor de voces, pero nadie habló en alta voz.

Un hombre alto y robusto se había subido a la plataforma de los músicos, y tomó el micrófono de manos del director de orquesta. Hizo un gesto a varias personas que estaban en la sala, y carraspeó.

-Van a cerrarse las puertas -dijo con voz grave, y cuatro hombres se apresuraron a cerrarlas. -Por si no lo saben, soy el detective del casino. No quiero que se alarmen, pero les ruego que presten su ayuda para que podamos encontrar el collar. -Se detuvo un momento, y luego prosiguió: -Por favor, ocupen los asientos. Los iremos llamando, se registrará a todo el mundo, y podrán ir saliendo.

Dio un vistazo alrededor, y pudo ver la expresión de disgusto en todas las caras.

-Les ruego que tengan calma, se trata de una medida necesaria -dijo. -Se les retendrá lo imprescindible. Comprendan, por desgracia se ha cometido un robo, y tengo que cumplir con mi deber.

Hubo toda clase de comentarios. Los hombres fueron registrados por los policías, y las señoras por las camareras. Todos los bolsos se vaciaron, y los bolsillos de los caballeros.

-Tengan paciencia, por favor. Si todos colaboran, terminaremos mucho antes.

Después de cacheados todos los presentes, se estuvieron registrando los muebles. Se apartaron los cojines, y las alfombras fueron retiradas. Se miró incluso dentro de las copas, pero el collar no apareció.

-Parece que se lo hubiera tragado la tierra -dijo uno de los vigilantes del casino. -Pero, ¿estamos seguros de que la señora decía la verdad? -El detective lo observó, muy serio.

-Por supuesto -afirmó. -Ella no es una persona cualquiera. Su marido es socio del casino desde hace mucho tiempo, y además es un hombre muy rico. De ninguna forma se hubiera prestado a semejante engaño.

-De acuerdo, perdone -dijo el vigilante. -Es que todo ha sido tan raro...

***

-Ha sido una buena jugada -le dijo el camarero al día siguiente al hombre que desayunaba con él. Eran las nueve de la mañana y habían quedado en un bar. El camarero vestía hoy de paisano; el otro era un muchacho delgado y alto, bastante agraciado, y al sonreír mostraba una dentadura perfecta. Llevaba un traje azul marino, y al brazo una gabardina clara.

-Y que lo digas -rio. -En realidad, temí que el marido me hubiera descubierto in fraganti. Menos mal que el apagón fue bastante largo... Me dio tiempo a deslizar el collar en la botella de champán que habíamos dicho, y que estaba mediada... -El otro asintió.

-Te lo dije, no había fallo: como el cristal no es transparente, sino traslúcido, aunque todos lo tuvieron a la vista, nadie se percató. Los diamantes se quedaron abajo, invisibles -El muchacho afirmó con un gesto.

-Hubo un momento en que dudé, mientras la botella estaba sobre la mesa central, con tanta gente alrededor... Por eso, en cuanto pude la cambié de lugar y la llevé a la repisa, en donde tenías que recogerla. -El camarero sonreía también.

-Todo lo hiciste perfectamente -dijo, y el otro asintió.

-También tú cumpliste con lo tuyo.

-Eso fue lo de menos. No tuve más que recogerla en la bandeja, y junto con otras la llevé a la cocina. Con mucho disimulo la volqué, recogí los diamantes y me los guardé en el bolsillo. Luego, en mi casa, los metí en una bolsa. Aquí los tienes.

-Estupendo, en poco tiempo tendrás noticias mías. -Él le había entregado la bolsa y el otro la guardó en una cartera de mano. El camarero lo observó, curioso.

Por cierto, ¿y la chica con la que bailabas?

Él arrugó la frente...

-¿La chica? Era un encanto, de lo más inocente. No se enteró de nada...

-Claro, la tenías en el bote, como a todas. Cómo iba se iba a figurar que el tipo que bailaba con ella era un perfecto ladrón, con una habilidad digna del mejor ilusionista... -El muchacho disimuló una sonrisa. Tomó un sorbo de café paladeándolo apreciativamente.

-Vamos, no me adules, que a este paso me lo voy a creer...

EL PINTALABIOS

Era un espectáculo dantesco. La mujer estaba caída de bruces sobre el tocador, y la sangre que brotaba de una herida en la cabeza teñía sus cabellos rubios esparcidos, resbalando por el mueble y formando un charco oscuro sobre la moqueta color crema.

La había encontrado la asistenta, que acudía a la casa a las nueve de la mañana, e inmediatamente se había puesto al habla con la policía.

Ellos tardaron pocos minutos en acudir, y se encontraron con un panorama devastador: la habitación estaba totalmente en desorden, todos los cajones estaban abiertos y había numerosas prendas de ropa esparcidas por el suelo y encima de la cama.

-Pasen por aquí, hagan el favor -indicó ella, y los tres policías uniformados entraron en el dormitorio. Inmediatamente la vieron, aunque el rostro se ocultaba a causa de la postura.

-¿Cuándo la ha encontrado? -preguntó el inspector, un hombre de perfil regular y pequeñas orejas. Tenía el cabello negro y recortado, y había a los lados de su boca un rictus de preocupación.

-He llegado a la casa a las nueve en punto, y ya en la cocina me han extrañado que la señora no hubiera dejado en el fregadero los cubiertos de la cena, como suele hacer. El inspector se había adelantado, y retirándole el cabello consiguió verle el rostro.

-No quiero moverla, hasta que los fotógrafos no hayan venido a tomar las fotografías.

De todas formas, estaba a la vista que era una mujer hermosísima. Era estremecedor ver sus cabellos de un color rubio casi platino, que habían absorbido gran parte de la sangre que brotó de la terrible herida. Sus facciones eran hermosas, su boca carnosa y grande, pero proporcionada, y sus brazos blancos y bien torneados. Vestía un traje de lentejuelas negras y grises, que se ceñía a su figura, y en el suelo junto a ella había caído una prenda, algo así como una suave capa de piel.

La muchacha se adelantó un paso. Era una chica sencilla, con el cabello castaño en una corta melena. Tenía ojos grandes y expresivos y las cejas arqueadas. Vestía una falda de tablones y una blusa camisera.

-Al principio pensé que habría cenado en la calle -dijo, pensativa -Pero también me llamó la atención que la ventana del vestíbulo estuviera cerrada, cuando ella suele dejarla abierta para que se ventile la casa, y soy yo quien la cierra luego.

-Entonces, ¿Qué hizo?

-Pues... me dirigí al dormitorio, pensando que quizá estuviera enferma y no se hubiera levantado de la cama.

-Y, ¿qué pensó cuando la vio?

Cuando entré, las contraventanas estaban cerradas y sólo un hilo de luz alumbraba la habitación. Sí que distinguí la silueta caída sobre el tocador, pero pensé que quizá se había quedado dormida.

-Luego, abrió las ventanas...

-Sí, claro está. Y entonces pude ver claramente lo que había sucedido. Estaba tan asustada que pensé llamar a casa de los vecinos, pero luego pensé que era mejor llamar a la policía.

-Sí, desde luego que sí.

-¿Qué hizo usted? ¿Tocó algo dentro de la habitación? -Ella denegó vivamente.

-De ninguna manera. Sé de sobra que en un caso así no puede tocarse nada.

-¿Ni siquiera movió el cuerpo de la señora para comprobar si estaba muerta? -Ella lo negó de nuevo.

-No me hizo falta, no había más que ver la herida de la cabeza, y la cantidad de sangre que había perdido.

-¿En qué trabajaba la señora? -La chica pareció dudar.

-Era... bueno, era bailarina de revista, o algo así. Me dijo una vez que era Streep-girl, pero yo no sé lo que es eso. Como yo no la entendía lo escribió en un papel, pero tampoco me enteré. Sólo sé que la señora era muy guapa, y tenía un vestuario precioso. Además, como eran cosas del teatro, salía por las noches y regresaba de madrugada.

-El policía disimuló una sonrisa.

-Vaya, vaya -comentó, pero luego se puso serio.

-¿Era casada la señora?

-Oh, no. Yo no lo conocí, pero ella me dijo que su marido había muerto cuando los dos eran muy jóvenes.

-¿Así que era viuda?

-Pues parece que sí. Pero le aseguro que no necesitaba a nadie, ella sabía muy bien ganarse la vida.

-¿Tenía algún pariente cercano?

-Ah, sí, sus padres viven con una hermana en un pueblo de Extremadura, pero apenas los conozco. Luego está... su hermano, que vive aquí. Ese viene de cuando en cuando.

-¿Sabe usted las señas del hermano?

-Yo no las sé, pero ella lo tendrá anotado en la agenda.

-¿Dónde está la agenda?

-La tiene en un mueble del salón, al lado del teléfono. Aguarde un momento, que ahora se la traigo.

Ella salió un momento y volvió con una agenda encuadernada en piel.

-Ahí puede encontrar su teléfono. Se llama Federico...

-Ya.

-¿Puede decirse de su señora que era una viuda rica?

-Bueno, dicho así... Quiero decir que lo que tenía no lo había heredado de nadie, que ella ganaba con creces para lo necesario, y mucho más.

-¿Solía guardar mucho dinero en la casa? -Ella contestó sin dudar.

-No guardaba más de lo necesario, y lo pagaba todo con tarjeta. El resto, lo metía en el banco. Así que sólo han podido llevarse unos cuantos billetes que había en el bolso... Lo digo, porque el bolso estaba abierto en una silla, y he visto que falta el billetero. Se lo había regalado su hermano, y era de piel de cocodrilo...

-Ya, ya. Su señora tendría muchos amigos... -Ella tardó en contestar.

-Pues no lo crea. Yo no le conocía muchas amistades masculinas.

-Pero alguna tendría, ¿no?

-Sí, señor. Estando yo en la casa la visitaba un caballero con muy buena pinta, pero... hace tiempo que no ha venido por aquí. Sé que era extranjero, y tenía un nombre muy raro. Ahora, al parecer, tiene un amigo mucho más joven, pero ni siquiera lo conozco. Lo sé, porque cuando llama por teléfono no tiene voz de hombre mayor. Parece simpático, y no como el otro...

-¿Es que el otro no lo era?

-Al principio, sí. Pero luego oí que discutían mucho por teléfono. Y no es que yo estuviera pendiente, se lo aseguro, es que en esta casa se oye todo...

-Claro, claro está.

El inspector hizo varias llamadas, entre ellas al hermano de la fallecida Poco tiempo después sonó el timbre, y la muchacha abrió la puerta. Eran los fotógrafos de la policía, y los acompañaban el forense y el juez. Cuando iba a cerrar, llegaron dos agentes más, vestidos de paisano, que se unieron a los tres que ya estaban dentro. La chica se dirigió al que ya conocía, que parecía el jefe.

-Bueno, yo los dejo, tengo que hacer varias cosas en la cocina. Como seguramente vendrá el hermano, tengo que prepararle la comida, como siempre hago, y limpiar un poco el resto de la casa.

***

Estuvieron recogiendo las pruebas. Uno de los agentes espolvoreó varios objetos y tomó las huellas, mientras el médico forense reconocía el cadáver.

-Indudablemente, la muerte ha sido producida por la gran herida que tiene en la cabeza, hecha por algún objeto pesado. -El inspector se volvió.

-De ser así, el asesino lo ha llevado consigo. No hemos hallado nada parecido.

-Claro, es natural. En la autopsia podremos comprobar el contenido de su estómago, para saber si había comido antes de morir, y qué pudo tomar.

-¿Ha visto que sólo tiene pintado el labio superior? -preguntó uno de los fotógrafos, y el médico asintió.

-¿Usted también se ha dado cuenta?

-Se estaba maquillando cuando la golpearon. Ni siquiera pudo pintarse el labio de abajo.

-Es muy cierto -corroboró el forense.

La mujer tenía la mano derecha cerrada, y el médico la abrió con cuidado.

-Está claro que se estaba pintando -señaló. -Todavía sostenía la barra en la mano. -El inspector se quedó pensativo.

-Sí que es curioso -comentó en voz baja. -El doctor movió la cabeza.

-Creo que aquí se ha simulado un robo, pro el motivo del asesinato ha sido otro muy distinto. En fin, son ustedes los que tienen que investigar el caso...

El juez había ordenado el levantamiento del cadáver. De nuevo sonó el timbre, y ahora llegaron los dos empleados de la ambulancia, que se encargaron de bajar el cuerpo para ingresarlo en el servicio de patología, a fin de que el forense realizara la autopsia.

El inspector se había llevado la agenda a la comisaría, y la estuvo estudiando con toda atención. Sacó un lápiz rojo del bolsillo, y subrayó algunas de las direcciones y teléfonos.

-Vamos a ver qué dice el hermanito -murmuró.

El hombre había acudido al mediodía a casa de la hermana, y allí la asistenta le estuvo contando lo ocurrido.

-Se la han llevado ya -le dijo.- Puede usted comer, le tengo la comida hecha.

-Muchas gracias, mujer, pero no tengo ningún apetito...

Eran ya las seis de la tarde cuando se presentó en comisaría. Parecía deshecho, y sus ojos mostraban que había estado llorando. Era un muchacho joven, de elevada estatura, de aspecto atlético y facciones angulosas. Lucía un atuendo deportivo, camiseta negra con chaqueta de pana. Sus manos eran fuertes y alargadas.

-Pero, ¿cómo ha podido ocurrir?-preguntó, y no pudo contener un sollozo. ¿Qué les ha contado la asistenta?

-Pues... que esta mañana ha sido ella quien ha encontrado el cadáver. Enseguida nos ha telefoneado, denunciando los hechos.

¿Quién ha podido hacer algo así? -gimió. El inspector aspiró hondo.

-Eso es lo que quisiera yo saber. La asistenta no sabe nada. Según el forense, el crimen se cometió ayer por la noche, sobre las diez. El hecho de no tener nada en el estómago lo corrobora ya que, según la chica, ella solía cenar a las once, antes de acudir al espectáculo.

El hermano se había puesto tenso.

-¿Es que le han realizado la autopsia? -El otro afirmó.

-Comprenda que tiene que ser así. Hay que conocer al detalle todo lo ocurrido, y el cuerpo nos lo dice casi todo. No dude que lo tendremos al corriente de cualquier novedad.

***

El actual amigo de la artista era un hombre joven y bien parecido, con una negra barba y el cabello también negro, largo hasta los hombros. Tenía una profunda mirada en sus ojos oscuros.

-Siéntese -le indicó el inspector. -¿Qué estaba haciendo ayer sobre las diez de la noche? Él no dudó al contestar:

-Salí con unos amigos a tomar una copa. El policía lo miró de frente.

-¿No acudió a buscar a su amiga para acompañarla a su trabajo? -Él movió la cabeza a ambos lados.

-No, ya le digo que estuve dando un paseo con tres amigos míos hasta las doce de la noche. Aproveché que ella parecía tener un compromiso, y me pidió que la dejara sola. -El policía arrugó el ceño.

-¿Un compromiso? ¿con quién? -El otro contestó enseguida.

-Pues mire, no lo sé. Y era raro, porque siempre la acompañaba, e incluso aguardaba a que terminara su trabajo para llevarla a casa. Me extrañó mucho, pero no quise preguntar, ya que no había salido de ella decírmelo.

-Comprendo -dijo el inspector. -Si no le importa, dele a mi ayudante los nombres y teléfonos de sus tres amigos.

-Cómo no -dijo él. -No hay inconveniente. ¿Alguna cosa más?

-No, y gracias por venir. -Él se puso de pie y le tendió la mano.

-No tiene que dármelas, yo soy el primero que desea que todo se aclare. Estoy a su disposición a la hora que sea.

No fue tan fácil conectar con la antigua pareja de la artista. No contestó al teléfono en toda la tarde, tampoco por la noche, y hasta el día siguiente al mediodía no pudieron dar con él. Por fin, el teléfono del inspector sonó a las doce y media.

-Le paso la llamada -le dijo el ayudante. -Es el tipo con quien quería hablar.

El que estaba al otro lado de la línea habló con ronca voz. Después de haberse identificado, preguntó:

-¿Cuál es el motivo de su llamada? -El policía no dio muchas explicaciones. Dijo que se tratabas de un asunto urgente y le dio las señas de la comisaría.

-¿A qué hora puede venir? -le preguntó, y el otro tardó en contestar.

-Pues mire, qué quiere que le diga, cualquier hora me supone un trastorno. Soy un hombre muy ocupado, ¿sabe?

-Está bien, si quiere yo lo visitaré en su oficina. -El hombre carraspeó.

-¿Aquí? No, desde luego que no. ¿Le parece bien a las cinco de la tarde? Podría aprovechar un hueco...

-Está bien, a las cinco lo espero en la comisaría.

Había tenido tiempo de comunicarse con los tres amigos del deportista, y los tres habían corroborado lo dicho por él. Todos estaban consternados por la noticia, y se prestaron sin dudarlo a colaborar con la policía.

-Es terrible -había dicho el último. -Una mujer tan guapa...

Estaban dando las cinco en el reloj del vestíbulo cuando un policía de paisano llamó a la puerta del inspector.

-Un hombre pregunta por usted. -Él estaba sentado ante su mesa de trabajo y se puso de pie.

-Dile que pase -indicó. -Lo estaba esperando.

Se oyeron pasos fuera, y apareció en la puerta el interfecto. El policía lo observó con curiosidad. Era un hombre de mediana edad, robusto, con enormes lentes que cubrían unos ojos de búho. Vestía muy bien, y su cara estaba sombría y gris, del mismo gris moteado de su traje.

-Pase, por favor, y siéntese -indicó, sentándose a su vez. Le agradezco que haya encontrado un hueco para venir. -El otro tomó asiento en un sillón de cuero negro.

-¿Qué se le ofrece? -preguntó. El comisario aspiró hondo.

-¿No se lo imagina? -le dijo, y él se mostró extrañado.

-¿Qué tengo que imaginar? No entiendo nada...

La puerta había quedado entreabierta, y el policía se encargó de cerrarla. Luego se sentó en una silla, enfrente del recién llegado.

-Espero que no se sorprenda si le digo que antes de anoche una conocida suya ha sido asesinada -Él se puso en guardia y su mandíbula se tensó.

-¿Qué me está diciendo? ¿A quién han matado? -El inspector se había puesto serio.

-Alguien lo vio a usted sobre las diez de la noche, cuando entraba en casa de su antigua amiga -mintió. -¿Qué había ocurrido? ¿Es que lo dejó a usted por otro más joven? -El recién llegado no pestañeó. Trató de sonreír, pero se había puesto pálido.

-Pero, ¿quién ha dicho que me vio? Yo no... yo no he matado a nadie. -El policía se había puesto en pie, y dio unos pasos para interceptar la salida.

-Sabemos que ustedes tuvieron una larga relación -explicó. -Y también, que fue ella quien rompió con usted.

-¿Está soñando? -preguntó el hombre, pero su aspecto era de estar derrotado. Le temblaban las manos, y había empezado a sudar. -¿En qué se basa para acusarme? -El otro contestó:

-Me baso en que el amigo actual no pudo hacerlo, y usted sí. Por de pronto no tiene coartada, porque lo hubiera dicho.-Él se mordió los labios.

-¿Qué dice? Pudo hacerlo cualquiera... -El policía denegó.

-Usted pensó que simulando un robo, íbamos a descartar otros motivos.

-Qué imaginación... -El comisario siguió hablando despacio:

-Ella conocía al asesino, porque al morir se estaba pintando los labios al espejo, y cuando la hallaron todavía sostenía la barra en la mano... De haberse alarmado, hubiera soltado la barra sobre el tocador.

El hombre estaba mudo, y el otro añadió:

-Queda usted detenido -le dijo. -Ahora mismo lo enviaremos a la cárcel, y será el juez quien decida si es culpable o no.